

The book cover features a stylized, layered illustration. At the top, the title is written in blue text against a warm, orange and yellow sky with a few birds. Below the title, a range of blue mountains is visible. In the middle ground, a body of water reflects the sky and mountains, with several dark evergreen trees on the shore. In the foreground, a city skyline is depicted in dark purple and blue silhouettes. On the left side of the foreground, the Statue of Liberty is shown in a similar dark color, holding a torch and a tablet. The author's name is written in white cursive at the bottom, and a small circular logo with a figure is in the bottom right corner.

En busca de un
lugar llamado
hogar

Chloe Collins



En busca de un
lugar llamado
hogar

Chloe Collins



Copyright ©2024 Chloe Collins.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Epílogo

Notas de la autora

Parte I



Capítulo 1

Sentada en mi despacho después de doce horas de viaje, me pongo a reflexionar sobre mi vida. ¡Dos años de pura adrenalina, de zigzagueos promocionando la marca de cosméticos que me tiene completamente enamorada! Acompañando a modelos en estas travesías, viviendo un sinfín de experiencias que ni en mis sueños más locos imaginé.

Me encanta lo que hago, más que eso, ¡lo adoro! Pero al mirar hacia atrás en este momento, me doy cuenta de que la vorágine me ha dejado exhausta. Y eso que tengo mi pequeño rincón en el Upper East Side, un coche elegante y un salario que, para llevar solo dos años en esto, da que hablar. Pero claro, el sacrificio de una dedicación exclusiva tiene su precio: no hay tiempo para gastar el dinero ni con quién compartirlo. Ni para el sexo tengo tiempo ¡pero eso es lo de menos! Aunque, siendo sincera, algún que otro rollito esporádico con algún modelo se ha colado por ahí.

Anoche, tras una maratónica charla telefónica de casi tres horas, decidí hablar con mi jefe. Sí, mientras seleccionaba máscaras de pestañas y pintalabios para todas las modelos de un desfile, cerraba acuerdos para una campaña del próximo año y trataba de comer algo. ¡Así es mi día a día! Soy la directora de Marketing de una gran empresa que lleva campañas publicitarias para grandes marcas de cosméticos, por lo que siempre estoy en modo *on*. Pero esta vez, la conversación iba en serio: necesitaba un descanso, ¡unas merecidas vacaciones! En dos años, solo me había cogido un día libre, y fue para acompañar a mi madre a una operación ambulatoria, nada grave pero necesaria.

Mis intentos por disfrutar unas vacaciones en verano y en Navidad habían sido en vano. Así que, en pleno febrero, decidí cogerme una semana. La discusión con mi jefe fue épica, pero dejé todo organizado para que Steven, mi amigo y mano derecha experto en moda, se encargase de los asuntos importantes.

—Cariño, no puedes irte. ¡Será el apocalipsis sin ti! —exclama Steven con su voz amanerada, entrando como un torbellino.

Steven es único, un amigo extravagante que, al principio, puede caer mal, pero una vez lo conoces es como un osito de peluche con todo el drama de Hollywood. Aunque a veces parece una reina del drama.

—Steven, mi amor, estás más que cualificado para tomar las riendas durante mi ausencia. Además, solo será una semana.

—¿Una semana?! ¡¡OMG!! ¡¡Imposible!! —vuelve a exclamar como si fuera un delito—. ¡Esto se va a pique, Dakota! ¡Te lo digo desde ya! Si te vas, esto se hunde... —comienza a abanicarse y a ponerse la mano en la frente como si se mareara.

La verdad es que como actor de Hollywood no tendría precio.

—Cielo mío, tienes que tener más confianza en ti. Si no supiera que puedes hacerlo, no te dejaría al frente. Estás capacitado, solo falta que tengas fe en ti mismo. Tienes un potencial increíble, ¡confía en mí!

—Voy a hacerte caso. Pero quiero que sepas que, si surge algún problema, le diré al jefe que es cosa tuya.

—Por supuesto, asumiré todas las responsabilidades. No te preocupes por eso.

Una vez está más repuesto, le doy las directrices de todo lo que tiene que hacer en mi ausencia.

Cuando ya casi lo tengo al día, me pregunta:

—Y, por cierto, ¿a dónde te vas?

—Aún no lo tengo decidido, pero me iré a algún lugar recóndito, donde nada ni nadie pueda perturbarme. Voy a tirar una moneda al aire y donde caiga en el mapa, ¡allí estaré!

—¿En serio? ¡¡Estás loca, Dakota!! Los viajes hay que planearlos con tiempo, hay que mirar el alojamiento, lo que vas a visitar...

—Yo voy a descansar. Mientras haya una cama, buenas vistas y me den de comer, lo demás es secundario.

—¡¡Si tú lo dices, *darling*!!

—Sí, cariño, no necesito lujos. Eso lo tengo todos los días en el trabajo. Quiero algo normal donde pueda descansar lejos de la ciudad, no pido más.

—Pues ya me contarás.

Tras concretar algunas cosas, le cedo el mando a Steven, que se sienta en mi silla como si fuera el gran jefe. Parece mentira que hace un par de horas no quisiera asumir el puesto y ahora esté ahí sentado como si llevara haciéndolo toda la vida. ¿No me habrá mentido y en realidad quería estar ahí desde el principio? Decido no darle más vueltas; Steven no es de esa clase. Sin embargo, una vocecilla dentro de mí me dice que algo no está del todo bien. No sé si marcharme alegre o un poco preocupada.

Espero por su bien y, ¡qué narices!, por el mío. Que no se le ocurra hacer una locura. No obstante, la decisión está tomada y ahora solo me queda decidir a dónde me voy, hacer la maleta, comprar los billetes y marcharme a disfrutar de mis merecidas vacaciones. ¡Que así sea!

Capítulo 2

Al llegar a mi apartamento, me sumerjo en el apasionante mundo de las páginas de viajes. Mi objetivo: encontrar ese rincón de paz donde la tranquilidad sea la dueña del lugar. Tras dos horas de búsqueda, descubro un sitio que parece un oasis de calma, cerca de Aspen, Colorado. Es un hospedaje familiar con una granja anexa, perfecto para quienes quieran cabalgar y disfrutar de las espectaculares vistas de las montañas, especialmente en estas fechas nevadas.

Sé que está a ocho horas en avión, pero soy una veterana en viajes largos, y la promesa de una semana rodeada de naturaleza y paz me impulsa. ¿Qué más se puede pedir? Además, si de repente me antoja de bullicio, siempre puedo dar un salto a Aspen, que no está lejos de Leadville, el destino elegido. Sin pensarlo demasiado, reservo el lugar y los vuelos. Mañana, al alba, partiré hacia ese refugio. Llegaré temprano a Aspen y desde allí alquilaré un coche.

Mientras preparo mi maleta, pienso en el frío de Nueva York y que en Aspen será aún peor. Meto ropa abrigada y, si necesito más, siempre tendré la ciudad a mi disposición.

Cansada y con apenas comida en el estómago, estoy nerviosa. Son mis primeras vacaciones después de mucho tiempo, y la emoción me hace sentir mariposas en la barriga.

Cuando era niña, nuestras vacaciones consistían en visitar a mis abuelos en Filadelfia. Aunque no era un destino de lujo, mis padres no se podían permitir mucho más. Toda la fortuna que tengo ahora es gracias a mis esfuerzos, ya que mis abuelos, siendo yo su única nieta, costearon todos mis estudios con sus ahorros. Me considero afortunada por haber tenido su apoyo incondicional. Tras su pérdida, les llevo flores cada vez que tengo oportunidad, como muestra de mi amor y agradecimiento por todo lo que hicieron por mí.



El despertador suena, y tras una ducha y un café, me visto con premura y pido un taxi que me lleva directamente al JFK. La ciudad aún se despierta a estas horas, pero ya hay tráfico. Realizo la facturación y el *check-in*, y me dirijo a la zona de embarque. Podría dar una vuelta por las tiendas, pero solo quiero descansar. He traído un libro de Nora Roberts que tenía ganas de leer, *Identity*. Es una de mis autoras favoritas y esta historia policiaca y de suspense promete.

Me sumerjo en la lectura hasta que anuncian mi vuelo. Me encamino hacia la puerta de embarque, donde me espera un asiento en primera clase. Puedo permitírmelo, y para estas únicas vacaciones en dos años, ¡no escatimaré en gastos!

Al embarcar, me acomodo. Viajar en primera clase tiene sus lujos, y aunque ya estoy acostumbrada, esta vez lo disfruto en soledad. Por lo general, viajo por trabajo, a menudo con modelos que suelen ser algo molestas en el avión. Pero esta vez, estoy encantada de poder recostarme y simplemente disfrutar de la maravilla de no pensar en nada. Así, me adentro en un estado de duermevela durante prácticamente todo el vuelo, y las azafatas no me despiertan hasta que escucho al piloto anunciando el aterrizaje.

Es increíble lo bien que se viaja cuando estás completamente relajada y sin preocupaciones. Bueno, hay una preocupación, estoy segura de que mis vacaciones pasarán más rápido de lo que ha durado este vuelo. Así que he decidido disfrutarlas al máximo sin hacer nada más que descansar. Eso es lo que me he propuesto desde que me desperté.

En cuanto tomamos tierra, espero en la cinta mi maleta y recojo el coche de alquiler que

previamente había reservado. Como algo antes de salir del aeropuerto y después pongo rumbo a Leadville. Son casi dos horas, pero no tengo ninguna prisa. Cuando hice la reserva, comuniqué que llegaría a partir de las cuatro, por lo que imagino que no me esperarán antes de esa hora.

Pongo música con mi reproductor y la primera canción que suena es *You belong with me* de Taylor Swift. Me pongo a cantar como una loca, recordando los tiempos en que fui la chica invisible suspirando por el chico guapo que se enamoraba de la chica inadecuada. A día de hoy, aún me veo como el patito feo del cuento, esperando el día en que me convierta en cisne. No sé si ese día llegará.

Canción tras canción, llego a Leadville y al lugar donde me hospedaré. El sitio es impresionante: una granja con caballos, ganado vacuno y grandes hectáreas. Estaciono el vehículo y pregunto a un vaquero que se encuentra con las vacas adónde debo dirigirme, ya que no parece haber mucha más gente. Parece que las reservas del hotel en estas fechas escasean, aunque no estoy segura.

—Buenas tardes, buen hombre —le digo—, ¿podría ayudarme?

Levanta la vista un momento de su tarea, mirándome de mala gana, y musita:

—Señorita, ¿no ve que estoy muy liado? Si se ha perdido, la carretera por la que venía es la que la llevará de regreso a Aspen.

—No, no me he perdido. Busco al dueño..., tengo una reserva para una semana en el hotel...

Vuelve a levantar la vista aún más enfadado y, elevando el tono de voz, comenta:

—¡Eso es imposible! El hotel está cerrado.

Regreso al coche. Como soy una mujer precavida, pese a que tengo la reserva en el correo, la he traído impresa. Cojo los papeles y se los enseño.

—Ve, no hay ningún error, aquí está.

—No sé mueva de aquí, esto ha sido un malentendido. Ahora mismo lo soluciono.

Y dejándome allí plantada, se marcha a grandes zancadas en dirección a la casa.

Capítulo 3

Espero con paciencia durante diez minutos, pero al ver que el hombre no hace acto de presencia, musito enfadada:

—¿Dónde demonios se ha metido?

—¿Hablas conmigo? —me pregunta otro hombre que aparece de la nada. O al menos eso creo, ya que estoy tan concentrada maldiciendo al otro que ni sé de dónde ha salido.

—No, disculpa. Aunque, si eres tan amable, hace unos trece minutos estaba hablando con un hombre alto, moreno, de ojos azules y que llevaba un sombrero negro de cowboy. Me ha dicho que vendría a hablar conmigo para aclarar el tema de mi hospedaje.

—¡Ah! El señor Sanders. Está hablando por teléfono con su hermana. No parece muy contento. No obstante, la llevaré con él. ¡Acompáñame!

Lo sigo sin rechistar. Cualquier cosa es mejor que seguir esperando en este lugar cuyo frío comienza a calar en los huesos.

Me lleva a lo que parece la recepción del hotel y comienzo a escuchar las voces del hombre que conocí hace más de quince minutos. ¡Sí, lo reconozco, soy una obsesionada del tiempo! Aunque ahora estoy de vacaciones y no debería mirar mi reloj cada veinte segundos, pero es de formación profesional, me sale solo; no puedo evitarlo.

—¡Diane! Tienes que venir, este lío lo has provocado tú —le escucho decir—. No voy a discutir más, si no vienes, la echo y listo.

¿Eso va por mí? Espero que no, porque no estoy dispuesta a irme. Después de ocho horas en avión y dos en coche, de aquí no me mueven ni con una grúa. ¡Estas son mis vacaciones y ni él ni nadie me las van a arruinar!

Sale de una especie de salón tan rápido que no se da cuenta de que estoy allí plantada.

—¿Qué demonios hace aquí?! —me pregunta al verme—. Le dije que me esperara fuera.

—Un señor muy amable me ha acompañado aquí al ver que tardaba y que seguramente podría quedarme congelada allí esperando —concluyo.

No es cierto del todo. El hombre no ha dicho nada, pero estoy segura de que lo ha hecho con ese motivo. ¡Si sabré yo interpretar la cara de la gente y más la que demuestra buen corazón!

—Está bien, pero que sepa que, como le dije antes, hay un problema con su reserva.

—¿Y qué problema hay, si se puede saber?

—El problema es que el hotel lleva un tiempo inactivo. Mi hermana se olvidó de cerrar la página web, así que no podemos alojarla aquí... En Aspen hay muy buenos lugares donde alojarla. No se preocupe por el dinero; si me da un número de cuenta, se lo reintegraremos lo antes posible. ¿Sabe volver?

—Ya, pero lo siento. He volado desde Nueva York, ¿sabe acaso dónde está?

—Señorita, soy de pueblo, pero no soy tonto. ¡Tengo una carrera en Veterinaria!

—Perfecto, pues que sepa que puedo denunciarlos por publicidad engañosa. ¡No pueden mantener una página abierta y no ofrecer un servicio! Así que, si no quieren que eso sea lo que haga, deben preparar mi habitación de inmediato.

—¿Por qué demonios quiere quedarse aquí? Le estoy diciendo que Aspen tiene unos lugares estupendos donde alojarle, sitios para comer, ir de compras, ¡todo lo que usted quiera! Esto no tiene absolutamente nada para usted —comenta prejuzgando—. Ahora mismo le puedo

reintegrar el dinero. Le haré un cheque.

—Es que no quiero ir a Aspen, ni que me reintegren el dinero. ¡Yo lo único que quiero es quedarme aquí!

—Lo siento, señorita, pero eso es inviable. ¡El hotel lleva un año cerrado!

—Pues entonces vaya preparando la cartera, porque les voy a poner una demanda que no van a tener dinero para pagarme —le digo con chulería.

Yo no soy así, pero estas son mis únicas vacaciones y no estoy dispuesta a que nadie me las arruine, ¡y menos un vaquero chulito!

Le oigo maldecir entre dientes y de nuevo sale de allí como alma que lleva el diablo con el teléfono en la mano; parece que va a llamar a alguien. No sé con quién habla esta vez, pero parece moderar la voz, pues no me estoy enterando de nada.

Moviendo los dedos, haciendo sonar mis perfectas uñas sobre la mesa de recepción, comienzo a impacientarme. Han pasado exactamente cinco minutos, cinco largos minutos en los que de nuevo no sé absolutamente nada de lo que va a pasar conmigo en los próximos instantes, y cuando por fin lo veo salir del salón con cara airada, me dice:

—Está bien, puede quedarse, pero tendrá que esperar dos horas. Mi hermana está viniendo de Aspen. Ella se encargará de todo.

—¿Y qué voy a hacer yo hasta entonces? —le pregunto contrariada.

—¡Admirar el paisaje! —responde sin más y se marcha.

La verdad es que he venido a descansar, así que tampoco está mal dar una vuelta y reconocer el terreno mientras tanto. ¡Y eso es lo que hago! Salgo de la recepción y decido inspeccionar la zona para hacer tiempo hasta que la hermana de ese hombre llegue.

Capítulo 4

Me aventuro a explorar la magnífica extensión de la granja. ¡Es un terreno inmenso! No soy buena calculando, pero apostaría a que tiene más de tres o cuatro mil hectáreas. Aquí encuentro ganado vacuno, ovino y, más adelante, majestuosos caballos. Además, vislumbro lo que parece ser la parte destinada al hotel, un espacio que imagino está dedicado a la doma y enseñanza de equitación. A lo lejos, donde no me he atrevido a llegar, parece haber un sereno lago. También hay tierras de cultivo, pero no se aprecia nada plantado en ellas en este momento. Supongo que, dada la temporada del año, no se observa aún el fruto de la tierra.

El dueño de esta finca debe poseer una fortuna considerable, ya que mantenerla en estas condiciones requiere una inversión sustancial en personal. Aunque, por lo que veo, en la actualidad no hay mucha actividad, considerando que el hotel está cerrado y parece no haber demanda para clases de equitación.

Decido regresar cuando diviso al hombre con el que tuve mi primer encontronazo, del cual ni siquiera sé el nombre, montado a caballo. Pienso que se dirige hacia mí para decirme algo, pero no; simplemente pasa de largo, y eso me irrita aún más.

«¡Será prepotente!» Decido regresar, consciente de la extensa caminata que me espera. Estimo que, para cuando llegue al hotel, habrán pasado casi dos horas. Este lugar es inmenso y hermoso, no puedo negarlo. No me equivoqué con el destino, aunque siento que sí lo hice con los dueños. Al menos, ese individuo es un auténtico déspota.

Con los auriculares puestos y mi música, regreso con el acompañamiento de Billie Eilish y su canción *Lovely*. Esta cantante es una de mis favoritas, y suelo ponerla en muchas ocasiones. Además, esta canción me fascina. Así que, ajena a todo, me sumerjo en su melodía y en la letra sin percatarme de que el vaquero me sigue de cerca, hasta que la canción termina. Al parecer no le he prestado atención debido al volumen alto de la música mientras él me estaba hablando. Hastiado de ser ignorado, se coloca frente a mí, y me sobresalto al quitarme los auriculares.

—¡No debe deambular por la propiedad de esa manera! ¿No es consciente de que cualquiera que vayamos cabalgando podemos arrollarla?

—Caballero, creo que lo más sensato sería que «cualquiera que vaya cabalgando» —recalco con ironía— vaya mirando por donde va.

—Lo mismo podría decir de usted, señorita.

—Es cierto, pero el que lleva un caballo y va a toda velocidad es usted. Yo no haría daño ni a una mosca... —le suelto totalmente enfadada.

No suelo ser tan descortés, pero este hombre me saca totalmente de quicio. Es arrogante y demasiado chulo para mi gusto. Sé que no me quiere aquí, pero yo no tengo la culpa de que su hermana —según entiendo— no quitara el anuncio, y ahora tengo que estar aquí una semana. No es mi problema, sino el suyo.

Le veo fruncir el ceño y musitar algo para sus adentros. No consigo averiguar qué es, así que decido volver a ponerme los auriculares y continuar con mi música. Imagino que está fastidiado por mi presencia y comportamiento, pero no estoy segura de qué está sucediendo. Escucho relinchar al caballo, interpretando que le ha clavado las espuelas, y se aleja a toda velocidad en dirección al hotel.

—¡Hala, qué animal! —suelto sin poder evitarlo.

Estoy segura de que el pobre caballo habrá sufrido de lo lindo. Y mira que no hay cosa que me repatee más que hagan daño a un animal. Murmuro entre dientes miles de improperios, nada apropiados para una señorita, y continuó andando.

Capítulo 5

Del vehículo se apea una mujer, acompañada de una niña de unos doce o trece años. De inmediato, la niña corre hacia quien supongo será su tío y lo abraza. Se envuelven en un abrazo cálido y duradero. Su hermana sonrío mientras los observa ajena a mi presencia. Cuando finalmente la mujer nota que estoy ahí, sonrío y se acerca a mí.

—Disculpa, debes ser la señorita Montgomery. Pero mi hija lleva mucho sin ver a su tío, y a mí se me cae la baba cada vez que los veo juntos... —susurra.

Sonrío, pues me encantaría haber tenido una relación así con mi padre o algún familiar. Aunque quiero mucho a mi madre, no somos una familia afectuosa.

—No te preocupes, está bien. Ya he esperado dos horas, un poco más...

—Lamento el malentendido. Es una larga historia... —susurra de nuevo—. Mi hermano no está pasando por un buen momento personal.

Estoy tentada de preguntar qué le pasa, pero en el fondo no me importa ese prepotente. Sus problemas no justifican cómo me ha tratado. Él tiene un negocio y, ante todo, debería comportarse correctamente con la gente, dejando sus problemas a un lado.

Hacemos una pausa, como si ella misma comprendiera que la excusa no es suficiente.

—Te enseñaré la habitación; seguramente tendré que limpiarla, hace tiempo que no las usamos. Si te parece, por las molestias, podemos ofrecerte un día más...

—Tengo el vuelo reservado y mis vacaciones son limitadas...

—Entonces te abonaremos uno de los días que has pagado... Es lo mínimo que podemos hacer.

Veo a su hermano mirarla con desdén, pero ella no se amilana.

—No es necesario —respondo.

—Lo sé, pero así es como hacemos las cosas por aquí. Y ahora vamos a ver la habitación.

Me lleva al lugar donde antes estuve hablando con ese odioso hombre —cuyo nombre aún desconozco— y se detiene frente a unas escaleras, que parecen conducir a las habitaciones.

—¡Disculpame por no presentarme! ¡Qué torpeza la mía! Soy Diane, Diane McDonald, y entiendo que mi hermano tampoco lo ha hecho —asiento para indicarle que así es—. Mi hermano se llama Maverick Sanders. Por supuesto, yo he adoptado el apellido de casada, y mi hija se llama Tessa. Hechas las presentaciones, ya podemos seguir.

Su hija y su hermano no nos acompañan; la verdad es que no sé el motivo y tampoco me importa. Diane sube las escaleras y yo la sigo. Al llegar arriba, comenta:

—Hay varias habitaciones sin usar. Actualmente, muchas de ellas están ocupadas por el personal, ya que hace un par de meses, las casas donde mi hermano y ellos vivían sufrieron un incendio que las destruyó por completo, y tuvieron que derribarlas. Como ahora mismo el hotel está en desuso, mi hermano ha decidido que tanto él como la gente que trabaja aquí las habite hasta que se puedan construir nuevas viviendas.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida—, lo lamento —concluyo sinceramente.

Recorremos un pasillo y me señala dos puertas.

—Esas dos habitaciones están disponibles. Yo elegiría la de la derecha; tiene unas vistas espectaculares. No obstante, las vemos, y elige tú la que más te guste. Hay otras dos habitaciones más disponibles.

Siguiendo sus indicaciones, revisamos ambas estancias. La que ella me ha señalado es la

mejor, sin duda. Aunque estoy tentada de ver las siguientes, decido que la mejor opción es quedarme con esa habitación.

—Diane, no necesito ver las otras dos habitaciones. Esta es perfecta.

—Pues dame media hora, a lo sumo una, y la tendré lista para ti.

—Me gustaría darme una ducha mientras tanto. ¿Sería posible?

—Por supuesto. Toma las llaves —me entrega un manojito enorme, unas toallas limpias y me indica cual de las habitaciones está vacías.

—Perfecto entonces, muchas gracias...

Salgo de la habitación, cojo el manojito de llaves. Sin darle más vueltas, elijo una llave y no consigo abrir la puerta, otra y voy probando, como soy incapaz de abrir con todas al final voy probando en el resto de habitaciones, no es lo más sensato pero al final doy con la llave que abre la de enfrente. ¿Para qué irme más lejos? No creo que pasa nada, solo serán unos minutos, entro, asegurándome antes de que no haya nadie.

Es una habitación muy ordenada; solo me detengo un momento, ya que tengo muchas ganas de darme una buena ducha. Voy directa al baño, me desnudo mientras enciendo el agua caliente y, al meterme en la ducha, sonrío satisfecha al comprobar que funciona. —No será el primer hotel al que he ido y no había agua caliente—. Cierro los ojos, disfruto de la ducha y del agua cayendo sobre mi cuerpo.

No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado, pero cuando me siento satisfecha y, tras enjabonar y aclarar mi cuerpo, decido salir. Entonces me doy cuenta de que no podría haber elegido peor la habitación, ya que delante de mí está plantado Maverick Sanders, quien me mira entre enfadado y asombrado de verme allí.

Capítulo 6

—¿Qué demonios hace en mi habitación?! —exclama sin apartar la vista de mis piernas desnudas.

Sin amilanarme ni un segundo, porque creo que no es manera de tratar a un huésped, le respondo con un tono decidido:

—Su hermana me dio permiso para utilizar cualquier habitación y darme una ducha. ¡Esas fueron sus palabras textuales! Deje de mirarme como si fuera un baboso. ¿Acaso no ha visto una mujer desnuda en su vida?

—¡No se crea el ombligo del mundo, señorita! Usted es más bien del montón.

—¡Ja! Pues para ser del montón, me ha escaneado con la mirada. ¡Apostaría que después les contará a sus amigos hasta los lunares que tengo, e incluso tendrá fantasías sexuales conmigo esta noche! —Al escucharme decir eso, frunce el ceño hasta enfurecerse. Si pudiera, estoy segura de en este momento me sacaría a puñetazos del que debe ser su dormitorio.

Vale, ahí me he pasado un poco. No soy de esas mujeres que presumen de lo guapas que son y están todo el día haciéndose selfis para Instagram. ¡Ni mucho menos! Si revisas mis redes sociales, creo que llevan sin actualizarse casi desde que empecé a trabajar. Antes era una loca obsesiva de estas, pero ahora apenas tengo tiempo para comer o respirar, mucho menos para las redes sociales.

—¡Es usted una engreída! Como le he dicho, no se crea el ombligo del mundo. Será una persona importante, pero, créame, he estado con mujeres mucho más guapas que usted.

—¿Tengo que darle la enhorabuena por ello? —pregunto con sarcasmo.

En ese momento, imagino que alertada por las voces cada vez más altas, aparece Diane.

—¿Qué ocurre aquí?

—Diane, ¿le has dicho tú a la señorita...? —¡Ay que joderse, ni siquiera se acuerda de mi nombre! Su hermana lo interrumpe para echarle un capote.

—Señorita Montgomery —interviene.

—Eso... Quería decirte si le has comentado a la señorita Montgomery que puede usar mi habitación para ducharse.

Ella asiente y lo mira enfadada.

—Le dije que podía usar cualquier habitación para darse una ducha hasta que yo terminara de arreglar la suya. ¿Qué problema tienes, Mav? —le pregunta.

¿Mav? Entiendo que es una abreviatura de Maverick, pero nunca lo había escuchado.

—Que podrías haberme consultado antes de dejarla entrar en mi habitación. Es mi espacio privado y no me gusta que nadie invada mi intimidad.

—Yo no he hecho tal cosa —intervengo—. He entrado directa al baño, nada más —respondo, porque es la verdad. No he tenido la intención de husmear ni cotillear nada que pudiera querer esconder.

—¿Y cómo sé que dice la verdad?

—¡Porque hay que confiar en la gente! —concluye su hermana—. Además, ella parece buena persona. Yo me responsabilizo.

Le regalo una bonita sonrisa agradeciéndole el gesto, tras mirar a su hermano, quien sigue contrariado. Con un gesto, ella me indica que la acompañe a la otra habitación, dejándolo allí solo.

—No le hagas caso. Como te he comentado, no está pasando por un buen momento.

Aunque, como se suele decir, a veces es mucho ruido y pocas nueces.

Dibujo una sonrisa cínica en esta ocasión, porque ese hombre parece haberse ensañado conmigo, y aunque su hermana parece no darse cuenta, yo tengo claro que no le caigo nada bien. Creo que es personal, pero no se lo diré a Diane.

—Lo que necesites, házmelo saber, y espero que disfrutes de la estancia aquí. Yo me quedaré este fin de semana; después tengo que trabajar, y Tessa irá al instituto, pero me aseguraré de que Mav te trate bien o le daré una patada en sus partes —suelta, y yo abro bien los ojos al escuchar cómo ha dicho esa expresión.

Ella suelta una carcajada y yo me contagio.

—Disculpa, quiero mucho a mi hermano, pero a veces me dan ganas de darle una buena patada para que espabile de una vez. Ahora te dejo que descanses mientras voy ultimando la cena. ¡La servimos a las ocho, en el salón! Si tienes cualquier duda, ¡te dejo mi número de teléfono! —dice, entregándome una tarjeta.

—Muchas gracias, Diane.

—¡De nada, Dakota! —me estrecha la mano y se marcha.

La verdad es que me cae de maravilla. Su hermano, en cambio, no me puede caer peor. ¿Cómo es posible que dos personas de la misma familia y que comparten genes sean como dos polos opuestos?

Siempre dicen que en cada familia hay una oveja negra, y en este caso, él debe ser la de la suya.

Sigo envuelta en la toalla que me llevé de su ducha y me estoy quedando helada, así que me visto sin dejar de pensar en ese hombre tan desagradable, y empiezo a deshacer la maleta, la cual imagino han subido a la habitación mientras me duchaba, pues yo las dejé en la puerta entendiendo que sería el hotel, como suele ser habitual, quien te lleve el equipaje a tu habitación.

«Nota mental: dar las gracias a Diane por ello». Sonrío.

Durante el resto de la tarde me dedico a colocar mi equipaje en el armario y el aparador, hasta que llega la hora de la cena.

Capítulo 7

A las ocho ni un minuto arriba ni uno abajo, porque soy de esas personas que lleva la puntualidad a rajatabla, me encuentro en el comedor del hotel. Me sorprende al notar la ausencia de cualquier alma.

—¡Vaya, si no hay nadie aquí! —musito.

—Hola, Dakota —comenta Diane, entrando con su hija Tessa—. La gente está a punto de llegar —añade, supongo que me habrá escuchado.

—¡Ah! Es que soy de esas personas a las que les incomoda un poco que la gente llegue tarde —indico.

Y es cierto, me molesta muchísimo quedar con alguien —especialmente por trabajo, ya que la impuntualidad me pone aún más nerviosa— y que esa persona o esas personas no sean puntuales.

—Hemos tenido un pequeño percance en la cocina, no es nada grave —dice Diane al ver cómo arqueo mis cejas en señal de sorpresa—. Ya está solucionado, pero algunos de los trabajadores han tenido que intervenir y se han marchado más tarde.

—¡Lo lamento! —digo a modo de disculpa por mi inoportuno comentario.

Como ella no ha querido explicarme más, no seré yo quien indague en el tema, aunque por dentro me muero por saberlo. También soy de las que les gusta un chisme más que una hamburguesa. Sin embargo, también soy muy discreta y si alguna persona no quiere contarme ese cotilleo, tampoco soy de los que indagan hasta sacar la esencia del mismo. Simplemente, si doy con él, pues bienvenido sea.

Al cabo de cinco minutos, empieza a llegar la gente. Agradezco que Diane no haya dicho nada más, se ha dedicado a colocar las mesas y yo he esperado mirando la estancia, que es antigua, pero se conserva bien, con algunos cuadros de comida colgados en las paredes.

Todos me miran de manera extraña y, salvo el hombre que me llevó hasta Maverick y me saluda con cordialidad, el resto pasa sin siquiera hacer un gesto con la cabeza. Cada uno parece tener un lugar asignado en la estancia y lo va ocupando, pero yo no tengo muy claro dónde debo situarme.

—Señorita Montgomery —me dice ahora Diane con cordialidad—, si le apetece, puede sentarse esta noche con nosotros. Sería un placer que nos acompañara hoy —concluye.

No hay ni rastro de su hermano, pero cuando me siento a la mesa, observo que hay un plato de más.

—Mi hermano vendrá dentro de un rato, se ha puesto de parto una ternera.

—¡Ah! ¡Qué interesante! —digo con sarcasmo.

La verdad es que no me interesa en absoluto, pero no quiero ser descortés.

—¿Has visto alguna vez un ternero recién nacido? Son adorables —me indica.

Niego, y la verdad es que me pica la curiosidad.

—Cuando terminemos de cenar, podemos ir a verlo, si te apetece. Verás qué maravilla.

Asiento y, al cabo de un rato, veo a su hermano venir. Pensé que vendría sucio y maloliente, pero, en contra de mis predicciones, llega limpio y con el pelo mojado. Tiene pinta de que está recién duchado.

Si soy sincera conmigo misma, diré que es un hombre atractivo. Sin embargo, me cae tan

mal que no puedo verlo con ojos de hombre guapo y, por ello, nunca tendría nada con él. Además, he venido aquí de vacaciones; no pretendo tener nada con ningún hombre y, si lo tuviera, desde luego no sería él.

Perdida en mis pensamientos, no me percaté de que se ha sentado a mi lado.

¡Estaba claro! ¿Dónde se iba a sentar si habían dejado el hueco entre su sobrina y yo?

A veces tengo unas cosas que no son ni medio normales, aunque tenía la esperanza de que la niña se cambiara de sitio.

—¡Que aproveche! —dice, mirando a su hermana de manera intimidatoria, imagino que será por haberme sentado a su lado.

—Gracias —contesto y después lo hacen ellas dos.

—He invitado a la señorita Montgomery a que nos acompañe esta noche, espero que no te moleste.

Farfulla algo ininteligible y después sonrío de manera irónica.

—Por supuesto que no.

—¡Estupendo! También le he comentado que estabas tardando porque estabas trayendo al mundo un ternero. Seguro que luego podrás enseñárselo.

—¡Yo también quiero ir! —se apunta Tessa y yo me siento aliviada con el ofrecimiento de la niña.

—Lo sé, cariño, pero tú puedes ir mañana. Es tarde y ya sabes que hay que respetar las horas de sueño, si no, mañana no habrá quien te aguante.

—¡¡Mamá!! —gruñe enfadada.

—Cielo, las normas son las normas.

—No seas tan estricta con tu hija, es fin de semana —le reprocha su hermano.

—Cuando seas padre, me entenderás. Mi hija —dice, mirándome a mí—, es un amor, pero tiene un problema: cuando no duerme las horas reglamentarias, se despierta como si fuera un *gremlin*.

La miro asombrada, no sé muy bien qué es.

—¿No has visto nunca la película de *Los gremlins*? Bueno, quizás seas muy joven. Pues era como un muñequito muy mono —dice, sacando su móvil para enseñarme una imagen— que cuando se mojaba se reproducía, pero ese no era el problema en sí. El problema era que esos seres no podían comer después de medianoche porque se convertían en unos monstruos horripilantes. Pues eso es lo que le pasa a mi hija si no duerme, que se convierte en el *gremlin* malo.

Todos soltamos una carcajada, menos la niña que pone cara enfadada.

—Eso no es cierto —replica.

—Cariño mío, sí que lo es, pero te queremos igual.

De nuevo veo el gesto contrariado de la niña y no puedo más que sonreír.

Capítulo 8

La cena, excepto por ese toque gracioso de Diane con su hija, ha transcurrido en un silencio incómodo. Cuando concluye, vacilo entre expresar mi cansancio o acompañar a ese desagradable hombre que me ha lanzado miradas despectivas toda la noche. Diane, sin embargo, me sorprende:

—Verás qué bonito es darle un biberón al ternero.

—¿Y eso?

—A veces, las vacas primerizas no tienen suficiente leche. Por eso las ayudamos con biberones, como a los humanos. ¿Te animas?

La verdad es que no tengo instinto maternal, pero he venido aquí para desconectar y probar cosas nuevas, ¿no?

—No llevo la ropa adecuada —respondo.

—Tranquila, hay ropa de trabajo allí.

—De acuerdo —contesto.

No sé si es cosa mía, pero parece que Diane intenta que haga las paces con su hermano. ¿O busca algo más?

«¡Son cosas mías!», me digo.

Seguro que solo intenta ser amable. Otra vez esa mirada cargada de rabia y mal humor. Pero ¿qué demonios le he hecho yo a este hombre?

Salimos de allí, nos despedimos de su hermana y la niña —esta última se marcha bastante enfadada a la cama— y, sin mediar palabra, nos dirigimos a la granja. Él, a grandes zancadas; yo, tratando de seguirlo. ¡Será cabrón! Parece que lo hace a propósito para perderme de vista.

Cuando llego, al final le he perdido de vista, me está esperando en la puerta con aires de vaquero chulesco.

—¡Ya era hora! —suelta, mirándome con desidia.

—¿Qué demonios te he hecho yo? —le pregunto sin poder aguantar más. Estoy tan cansada de él.

—Venir aquí —responde con chulería.

—Pues no pienso irme hasta dentro de una semana, así que vas a tener que aguantarte.

—¡Eso ya lo veremos, niñata!

Entra en el granero a toda velocidad sin facilitarme la ropa de trabajo que, según su hermana, hay que ponerse antes de hacerlo.

«¿En serio me ha llamado *niñata*?», pienso. ¡Será cabrón! Juro que, aunque sea lo último que haga, como me la juegue ahora, se va a acordar de mí. Este no sabe con quién se las gasta.

Lo sigo sin ponerme nada. Pero al ver unas botas de goma, sin importarme de quién son, me las pongo. Al menos no pisaré caca de vaca. Lo busco por la nave y lo encuentro con el ternero. Ya le está dando el biberón.

¡Capullo! Me encantaría dárselo a mí, para eso he venido, pero tampoco me rebajaré. Observo cómo lo hace. La verdad es que no entiendo cómo puede mostrar tanta ternura hacia un animal tan grande y ser tan cabronazo conmigo.

—Cielo, no te atreves a darle tú el biberón —escucho la voz de Diane y me sobresalto.

Miro a su hermano para ver qué le responde. Yo no quiero contarle la verdad, esa mujer es

muy amable y no tiene ninguna culpa de que él sea un cretino.

—El ternero estaba un poco asustado y no quería que le diera una coz —salta el muy cabrón.

—¡Tonterías! Las mujeres tenemos mucha mano con esto.

Abre la puerta y tira de mi mano. Le quita a su hermano el biberón y me lo entrega, explicándome cómo debo hacerlo. Veo cómo el capullo cambia el gesto. ¡Que se joda!

Me va dando instrucciones mientras lo acaricio con la otra mano y ello le sujeta.

—¿Ves qué fácil?

Su hermano es un mero espectador. Cuando terminamos, sonrío satisfecha. La sensación ha sido maravillosa, no puedo negarlo.

—¿Te ha gustado? —cuestiona Diane.

—Mucho, además, parece un animal muy dócil.

—Acabará pesando quinientos o seiscientos kilos. Verás lo dócil que será después —comenta con ironía.

—Para eso tiene que pasar un tiempo —le responde su hermana—. Y ahora todos a la cama, el día ha sido largo.

Me agarra del brazo y yo la sigo. Parece entender que la tensión entre su hermano y yo sigue latente. Cuando llegamos al hotel, se despide. Ella está alojada en la zona de abajo. Yo intento subir las escaleras lo más rápido posible para no tener que encontrarme con Maverick, pero tengo mala suerte. Al llegar a mi puerta, aparece de repente, debe haberlas subido de dos en dos, y me acorrala antes de abrir.

—Podrás engañar a mi hermana con esa carita bonita y esa actitud de chica guay de ciudad, pero aquí no tienes nada que hacer. Como te he dicho, te irás en cuanto mi hermana se vaya de aquí.

—¿Quieres apostar? —lo desafío.

Odio que la gente me rete y más un tío como él, que parece que te perdona la vida y te deja respirar solo cuando él quiere. Por desgracia, he conocido a hombres como él, machirulos que se creen que, porque eres mujer, tendrías que estar en casa y no trabajando.

—Por supuesto.

—Perfecto. Si consigo quedarme toda la semana, me reintegrarás el importe que he pagado de la reserva; en cambio, si me voy antes, abonaré el doble de lo pagado.

Lo piensa por un momento y al final suelta:

—Acepto.

—Pues tenemos un trato —digo, extendiendo la mano.

Duda por un momento y expongo:

—Siempre que hay una apuesta, se suele sellar con un apretón de manos. No tengo la peste ni te voy a pegar ninguna enfermedad venérea —musito enfadada.

A regañadientes, me estrecha la mano. Juro que por un momento la sensación que siento cuando me toca es extraña, y los dos soltamos la mano con rapidez, como si nos hubiéramos dado corriente.

Capítulo 9

En cuanto suelta mi mano, abro la puerta y entro en mi habitación sin darle tiempo a reaccionar. Ha sido como si su contacto me quemara y, siendo sincera, es la primera vez que me pasa algo así con un hombre. La sensación no me ha gustado nada.

¿Qué demonios acaba de pasar? No lo sé, pero no tengo la menor intención de descubrirlo de nuevo. Me meto en la cama y doy vueltas sin poder conciliar el sueño. Solo pienso en lo sucedido y, finalmente, hastiada, hago lo que no debería: abrir el ordenador.

«No ha pasado un solo día y ya estás de vuelta a la carga», oigo la voz de mi conciencia regañándome. Y no le falta razón, pero lo hago solo para distraerme un rato. En cuanto logre borrar este incidente de mi mente, juro solemnemente dejarlo estar.

«No jures tanto, guapa», me replica de nuevo. Me sorprendo al comprobar que apenas tengo correos electrónicos. ¿Cómo es posible? Generalmente, tengo la bandeja de entrada saturada. ¿Habrá sido Steven quien los ha leído o simplemente los ha desviado a su correo?

Cuando lo compruebo, resulta ser lo segundo. Parece que ha enviado un correo desde mi cuenta, indicando que estaré de vacaciones y que por favor le envíen lo importante a él. CONCLUSIÓN: como todos consideran que sus correos son importantes, imagino que se los están enviando. Pero las cosas no se hacen así. Siempre se suele poner en copia a la persona de vacaciones, porque cuando regrese tendré que enterarme de todo.

Me parece que dejarlo al mando del barco no fue la decisión más acertada. Parecía un santo, pero el tipo es más astuto que un conejo, y me espero cualquier cosa cuando vuelva.

«Lo mismo, cuando regreses, ni siquiera tienes trabajo», sugiere mi voz interna. No creo que sea para tanto, pero seguro que habrá gente que quiera tratar con él. Yo soy muy estricta en mi trabajo, mientras que él es muy zalamero, y a algunos clientes les encanta que los adulen y halaguen; por supuesto, yo no hago esas cosas y, en contrapunto, él sí las hace.

Más enfadada aún que cuando decidí ojear mi correo, cierro el portátil y me tiro en la cama. ¿Es que nada puede salir bien en estas vacaciones? ¿Qué demonios he hecho yo para merecer esto?

Turbada, intento descansar, pero no lo consigo. Pasadas las once de la noche, decido salir a que me dé un poco el aire. No son horas ideales y, la verdad, el tiempo tampoco acompaña, pero necesito un poco de paz interior y sé que el lugar es idóneo para descansar un poco mi cerebro. Además, he visto en la entrada una pequeña mecedora, así que decido bajar y sentarme un rato. Estoy segura de que observando el firmamento podré desconectar.

Y así, sentada bajo el cielo estrellado, intento dejar la mente en blanco. Es muy pero que muy difícil. No soy de esas personas que lo consiga; todo lo contrario. Generalmente, cuando estoy trabajando, mi mente funciona a mil por hora y mientras estoy haciendo una cosa estoy pensando en cuatro a la vez. No me extraña que esté tan estresada, ahora me doy cuenta de ello. Por eso, intento meditar. Me enseñaron una vez, cuando estuve en Tailandia. Ellos practican el budismo y, como tal, la meditación forma parte de su vida cotidiana. Había cursos para principiantes en varios templos de Chiang Mai. Un día que tuve libre, decidí acudir, ya que un cliente me lo había recomendado; la verdad es que debió verme muy estresada.

Pongo en práctica lo aprendido y parece que va haciendo efecto, porque poco a poco me voy relajando, tanto, que no sé en qué momento cierro los ojos y me quedo dormida.

Capítulo 10

Me despierto en mi cama y no tengo idea de cómo he llegado aquí, pero juraría que anoche me quedé dormida en la mecedora de la entrada, después de observar las estrellas y meditar como aprendí en Tailandia.

«¿Estás segura?», me pregunta mi yo interno.

¡Vaya! La verdad es que ya no lo estoy tanto. Tal vez estaba medio dormida, me levanté y fui a la cama. Ahora estoy dudando.

Sí, es posible que así sea, porque, si no, ¿cómo demonios he llegado aquí? Por más que intento encontrar una respuesta, no la encuentro. Al final, llego a la conclusión de que probablemente me desperté en un duermevela y me fui a dormir.

Sin querer darle más vueltas, me visto y bajo a desayunar. Según lo que me explicó Diane durante la cena, hay un horario para todo. Lo entiendo en parte, pero si tienen huéspedes, deberían ofrecer un servicio más amplio.

«Recuerda que no eres una huésped, estás aquí de rebote», me hace saber mi yo interior.

Y es cierto, Diane no cerró la página de reservas, pero a todos los efectos el hotel no está operativo. De hecho, ayer consulté las reservas y decía «cerrado temporalmente». Su hermano debe haberle indicado que, para evitar más problemas, desactive el servicio de reservas.

Bajo al salón donde cenamos anoche y veo que la gente ya está dispuesta con sus desayunos. No parece un self-service como en otros hoteles, sino que hay una persona sirviendo café y una bandeja con algunos dulces.

—Buenos días, señorita, ¿qué desea tomar? —me pregunta con educación.

—Buenos días, un expreso doble y un zumo de naranja natural.

Escucho una risa detrás de mí, que no es otra que la de mi querido enemigo aquí.

—El café doble y el zumo tendrás que dejarlos para otro momento, bonita. Confórmate con una fruta —me dice con chulería y le hace una señal a la camarera.

En ese momento llega Diane y, al ver que su hermano está bromeando con la camarera, le pregunta:

—¿Qué pasa aquí?

—Nada, he pedido un expreso doble y un zumo de naranja natural para desayunar y parece que no es posible.

—Por supuesto que es posible. Sarah, haz que se lo preparen de inmediato.

Maverick me mira con malicia y yo sonrío por otra batalla ganada. Sé que, en cuanto mañana se marche su hermana, vendrán cuatro días de infierno hasta que me vaya, pero al menos estos dos días aquí, con Diane, voy a saborearlos al máximo.

Después..., después ya se verá.

Me siento en una mesa y Diane llega de inmediato, sentándose a mi lado, mientras Maverick está con su sobrina en otra.

—Disculpa a mi hermano, lo de ser servicial no es su estilo. ¿Qué tal has dormido? Por cierto...

—Tranquila, ya sé que no le caigo demasiado bien. Y respondiendo a tu pregunta, bien, aunque me ha pasado una cosa muy curiosa.

—¿Sí? Cuenta, cuenta —interviene, dándole un sorbo a su café.

Hago lo mismo con el mío, que no es por ser ingrata, pero no está lo que se dice bueno, y mi

cara me delata al poner un gesto de disgusto.

—¿No está bien? —pregunta al verme.

—Digamos que los he probado mejores, pero tranquila, soy bastante especial para el café.

—Diré que te preparen uno mejor. ¡No hay problema!

—En serio, Diane, no es necesario.

—¡Por supuesto que lo es! Y ahora, mientras te lo preparan, preguntaré por el dichoso zumo y me cuentas lo que te ha ocurrido. Soy muy curiosa.

Sonríó cuando me quita la taza —bueno, más bien me la arrebató de las manos sin poder rebatirle de nuevo— y le dice algo a la camarera, que creo que coqueteaba con Maverick. Parece estar echándole la bronca y, al cabo de un minuto, diría que incluso menos, vuelve con una taza de café y un zumo.

Veo a su hermano poner cara de enfado y de nuevo sonrío por ello. No sé por qué me tiene tanta inquina, pero eso me hace disfrutar como una niña pequeña, no puedo evitarlo.

Diane me entrega la taza y yo le regalo una sonrisa.

—Muchas gracias, no obstante, no hacía falta, de verdad...

—Sí hacía, y ahora cuenta, que me tienes en ascuas.

Suelto una pequeña carcajada y de nuevo veo cómo su hermano me brinda una mirada furibunda, lo que hace que mi sonrisa aumente aún más.

—Verás, anoche no podía dormir —no le digo que el causante fue su hermano—, así que empecé a ojear mis correos y me enfadé mucho cuando vi que mi compañero de trabajo me la está jugando —le comento sin darle demasiados detalles.

—¿En serio? ¡Qué cabrón! —salta elevando la voz y todos los presentes la miran—. ¡Perdón! —expone al ver que se ha excedido en el tono—. Aunque imagino que eso no es todo, ¿verdad?

—Exacto. Estaba tan enfadada que decidí bajar a tomar el aire y, como tenéis esa mecedora tan estupenda— Ella sonrío y entiendo que tiene una historia detrás que después seguramente me contará—, me senté a contemplar las estrellas y el paisaje. Después, como eso no me calmaba, decidí ponerme a meditar. Estuve una vez en Tailandia y en un centro budista me enseñaron a hacerlo.

—¿En serio has estado en Tailandia y sabes meditar?

—Sí, la verdad es que he viajado mucho estos dos últimos años, demasiado para mi gusto —le confieso—. La cuestión es que me quedé dormida y no sé muy bien cómo he llegado a la cama, porque me he despertado en mi habitación.

Ella me mira un poco sorprendida al principio, aunque después veo un gesto extraño en su cara que no entiendo, y le pregunto:

—¿Ocurre algo?

—No, nada. Seguramente te despertaste medio dormida y subiste a la cama.

—Eso mismo he pensado yo, porque no crees que alguien me llevara, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué va! Y por cierto, la mecedora era de mi tatarabuela, se la hizo a mano mi tatarabuelo como regalo de boda. Tiene tanta historia en esta familia, pues ha ido pasando de padres a hijos, la hemos ido restaurando, claro.

—Sabía que sería algo así; en cuanto la he mencionado, tus ojos se han iluminado. Es preciosa, por cierto.

—Sí que lo es —responde con una sonrisa de emoción.

Finalizamos el desayuno y, con él, la charla. Me ha gustado compartir este ratito con Diane. Me encanta esta mujer; es increíble, nada que ver con el capullo de su hermano.

Parte II



Capítulo 11

Escucho la puerta de la habitación de enfrente y deduzco que mi vecinita, esa que detesto desde que me dijo que venía a fastidiarme la vida, no puede dormir.

¡Que se joda! Aunque siendo sincero, ya somos dos.

Decido fisgonear —como diría mi difunta madre— para ver qué hace.

La ventana de mi habitación da a la puerta principal, así que será fácil localizarla. Pero no consigo ver dónde ha ido. Pensé que saldría a dar un paseo, pero después de un rato, no hay ni rastro de ella. Harto de esperar, bajo yo también y la veo dormitando en la mecedora de mi difunta tatarabuela, esa que mi hermana se empeña en tener en la entrada como una reliquia familiar. Si por mí fuera, ya estaría en el cuarto de los trastos viejos, como tantas otras cosas que mis padres dejaron aquí y que me cansé de ver. Mi hermana es una sentimental.

Durante unos segundos, dudo qué hacer, dejarla ahí dormida y que se muera de frío o llevarla a su habitación. Mi lado maligno, en principio, gana la batalla, pero al final, mi lado más responsable prima. Si le pasa algo, me sentiré responsable y no puedo dejar que algo malo le pase, aunque me caiga tremendamente mal. La tomo en brazos y ella no se resiste, sino todo lo contrario, sus brazos se enganchan a mi cuello y, aunque en un primer momento abre los ojos por una décima de segundo y me mira, de inmediato los cierra.

Es un peso pluma; me maravilla lo poco que pesa. Mi novia, Catherine —y pensar en ella me destroza el alma—, no era tan ligera, y si soy sincero conmigo mismo tampoco olía tan bien como ella.

¿Por qué demonios la estoy comparando con Catherine? Esta mujer no le llega ni a la suela del zapato. Sin embargo, mientras la subo en brazos, mi imaginación no deja de volar, mis fosas nasales siguen aspirando ese olor afrutado que desprende y que me embelesa de tal manera que empieza a volverse loco.

Por fin, llego a su habitación y consigo, como puedo, abrir la puerta y, no sin antes echar un rápido vistazo, la deposito en la cama. Durante unos segundos más, la observo y después, con delicadeza, la tapo. Vuelvo a deleitarme un poco más observándola y me voy de allí bastante atormentado por la situación.

Si antes me costaba dormir, ahora me es imposible conciliar el sueño. Doy vueltas y vueltas y, cuando por fin caigo dormido, me veo envuelto en un sueño prohibido, al menos para mí. No me gusta soñar con encuentros sexuales con mujeres que no sean Catherine, pero una vez más, esa mujer, Dakota, se cuela en mi mente, invadiéndola. Me despierto sobresaltado, jadeando y con el cuerpo empapado en sudor, sin poder evitar haberme tocado inconscientemente hasta alcanzar el éxtasis.

Enfadado y frustrado a partes iguales, miro el reloj y son casi las seis de la mañana, así que me levanto, me doy una ducha y decido dar una vuelta por la granja. Es temprano aún, pero al menos ocuparé mi mente en algo que no sea ella.

¿Por qué demonios ha invadido mis sueños esta noche si la odio? «Quizás sea una señal para que pases página, amigo», me dicta mi conciencia. Sin embargo, no le hago caso. Sé que ha pasado casi un año desde la pérdida de mi prometida, pero no quiero hacerlo. Ella siempre será el amor de mi vida, y no estoy dispuesto a permitir que nadie más ocupe su lugar.

Centrado en el nuevo ternero y en el resto del ganado, me olvido un par de horas de lo

sucedido. Sin embargo, cuando llega la hora del desayuno, ahí está ella de nuevo con sus aires de grandeza. Aunque intento hacer de las mías, mi hermana está muy al tanto para salvarla.

Doy gracias a que mi sobrina se sienta conmigo y se me olvida todo. La verdad es que Tessa me quiere mucho, y aunque no nos vemos tanto como me gustaría —pues no voy a visitarla, sino que son ellos los que vienen de vez en cuando—, aprovechamos al máximo el tiempo juntos cada vez que están aquí de visita.

—Tío Mac, ¿estás enfadado? —me pregunta.

—No, cielo, claro que no.

—Tienes esa arruga en la frente que te sale cuando estás enfadado —me dice y me sorprende, porque ni yo mismo me había percatado de ello.

—¿Cómo siendo tan pequeña eres tan lista?

—Mi madre también me lo dice. Entonces, ¿estás enfadado?

—Digamos que un poco molesto.

—¿Y qué es lo que te molesta? ¿Yo puedo hacer algo?

—Darme un abrazo, por ejemplo. Tus abrazos siempre me ayudan mucho —le respondo, evitando tener que ser sincero sobre la verdadera causa de mi malestar.

Ella, de inmediato, hace lo que le pido y yo la estrecho entre mis brazos; sin duda, mi enfado casi se desvanece. Tessa tiene el don especial de reparar muchas de mis heridas. Doy gracias al cielo por tenerla en mi vida; si no fuera por ella, estaría totalmente perdido. Aunque mi hermana es un gran apoyo, en situaciones como estas, la necesito más que nunca.

Capítulo 12

Una vez terminamos de desayunar, mi sobrina Tessa y yo salimos del salón. Cuando estoy a punto de dirigirme a mis quehaceres, mi hermana me intercepta.

—¿A ti qué demonios te pasa con Dakota? Ayer te dejé claro que debías tratarla bien, pero parece que no te entra en esa dura sesera, hermano.

—Y eso hago... Ayer, se quedó dormida en la vieja mecedora de la tatarabuela y fui gentil al subirla a su cama —respondo con chulería—. Si fuera un capullo, la habría dejado morir de frío, ¿no crees?

—¡Vaya! Entonces ella tenía razón —expone mi hermana.

—¿En qué tenía razón? —pregunto curioso.

—¡Cosas de mujeres! —me responde con una sonrisa que no me gusta nada.

—¡Ahora vas a contármelo! —le exijo enfadado.

—Cuando seas un buen hermano y mejor persona con ella.

—¡No me jodas, Diane!

Pero en ese momento su teléfono suena y sonrío.

—Tengo que contestar a esta llamada. Es mi jefa.

Se aparta un momento y la veo hablar al aparato gesticulando bastante con las manos. No parece demasiado contenta, y cuando cuelga se acerca y comenta:

—Tengo que irme, ha surgido algo urgente. Volveré mañana. ¿Te importa que Tessa se quede aquí? Le prometí que pasaría el fin de semana y, si ahora le digo que volvemos a Aspen, puede matarme...

—¿No quiere pasar el fin de semana con sus amigas?

—La verdad es que no tiene demasiadas amigas —confiesa.

—Te lo dije, Tessa era feliz en Leadville, con sus amigas. Tú y tu marido decidisteis mudaros sin pensar en vuestra hija y ahora ella sufre las consecuencias.

Mi hermana se queda callada porque sabe que tengo razón y, después de un rato cambiando de tema, pregunta:

—Entonces, ¿te importa que se quede contigo?

—Por supuesto que no. Sabes que adoro a mi sobrina.

—Gracias, hermanito.

Me da un beso en la mejilla —menuda cara dura tiene— y se marcha. Habla con su hija y, aunque al principio Tessa parece disgustada, después la niña se acerca a mí y me dice:

—Me gusta estar contigo, ¿podemos ir a ver al ternero?

—Tengo algunas cosas que hacer primero, pero, si te parece, vendré dentro de una hora.

—¡Una hora! —exclama, y sé que si no cumplo mi promesa se enfadará.

—¡Ni un minuto más! —le digo, mirando el reloj.

—Ella pone una alarma en su móvil última generación y se marcha a pasear.

Tengo que darme prisa en organizar a los trabajadores. Quizás sea un poco obsesivo, pero me gusta revisar las tareas de mis empleados todos los días. No es que vayan a descarriarse ni mucho menos, pero en algunas ocasiones, sí que es cierto que se relajan un poco si no los superviso de cerca. Y siendo sincero, con todo lo que tengo encima —el retraso en tres cuotas de la hipoteca de la granja y un préstamo personal en el cual también estoy demorándome en el

pago—, no puedo dejar que ellos descuiden sus trabajos de ordeño y demás quehaceres, que es de lo que subsistimos hasta la llegada de la primavera y, con ella, del fruto de las tierras.

Ya sé que podría hacer caso a mi hermana, contratar a alguien y reflotar el hotel, pero meter a más personal por ahora es inviable. Cuando ella y su marido trabajaban aquí, al menos seguíamos manteniendo también las clases de equitación. Ahora mismo, ya nadie o casi nadie viene. Una o dos clases por semana.

Cuando me doy cuenta, apenas quedan cinco minutos para la hora convenida y estoy a más de cinco minutos de distancia del hotel. No voy a llegar y la cobertura aquí es escasa. Aunque no me agrada espolear mucho a los caballos, esta vez es por una promesa que le he hecho a mi sobrina.

Rayo, así se llama el caballo, como su propio nombre indica, es el caballo más veloz que hay en la granja. Creo que nunca ha corrido tan deprisa como ahora, y cuando llego al hotel, la veo en la sala común —es el lugar donde hemos quedado— con Dakota. Ella le está pintando las uñas y tienen la mesa que parece un salón de belleza. Me acerco con cuidado —para no ser visto— y escucho la conversación; mi sobrina parece estar encantada con lo que le está diciendo.

—Cielo, créeme, aunque ahora me veas como soy, una persona que tiene más de quinientos mil seguidores en redes sociales, yo también tuve una infancia muy complicada, pasando por algún problema serio de salud. Y créeme cuando te digo que las verdaderas amigas son aquellas que te quieren sin importar cómo vistes, si te maquillas o llevas gafas, *brackets*, seas gorda o delgada. Yo ya te sigo en todas las redes y ahora mismo nos hacemos mil fotos y me etiquetas las veces que quieras durante mi estancia aquí. Seguro que dará mucha envidia. —Veo cómo mi sobrina ensancha su sonrisa y ella continúa—: Puedes quedarte con todas las muestras que hay aquí de maquillaje y todos estos pintauñas. Es más, tengo más cositas en mi cuarto que puedo darte, cielo. Pero tú eres una adolescente preciosa, de gran corazón. Y si esas chicas no te aceptan, ellas se lo pierden, y si no le gustas a ese chico, entonces, ¡que le den, él se lo pierde! Eres muy joven, ya tendrás tiempo de encontrar a muchos chicos...

Carraspeo porque eso de los chicos no me ha gustado nada y creo que esta conversación tiene que llegar a su fin.

—Siento llegar tarde, Tessa.

—¡No me había dado cuenta, tío Mav! Tranquilo, estaba con Dak. Ya sabes, cosas de chicas.

—¡Claro!

—Por cierto, ¿puede venir con nosotros a cabalgar?

No me hace ninguna gracia. Primero mi hermana y ahora mi sobrina, sin embargo, la veo poner esa cara que me roba el corazón y digo:

—Si ella quiere.

—No hace falta. Además, no creo que tenga la ropa ni el calzado apropiado.

—Seguro que algo podremos hacer —suelto al fin.

Mi sobrina da saltitos de alegría y yo maldigo por haber sido tan servicial.

—¡De acuerdo, entonces!

—A las cinco en las caballerizas.

Ella asiente y se marcha. Tessa me da uno de esos abrazos suyos y yo suelto un largo suspiro de resignación. Esta niña va a volverme loco.

Capítulo 13

A las cinco de la tarde, mi sobrina ya está en las caballerizas con su traje, botas y hasta el casco para montar a caballo. Sin embargo, la señorita de ciudad no ha hecho acto de presencia.

—Tessa, nos vamos.

—A la gente hay que darle cinco minutos de cortesía —me dice—. Esta mañana tú has llegado diez minutos tarde —comenta regañándome.

Pensé que no se había enterado, sin embargo, no se le escapa nada.

—¿Creías que no me había dado cuenta? Sé que has estado escuchando nuestra conversación, tío Mav. Y también sé que Dakota te gusta, por eso no quieres que venga con nosotros.

—¡¿Qué?! No te montes historias, sobrina. Esa pija de ciudad no es para nada mi tipo.

Un carraspeo detrás de mí me indica que la mencionada está justo detrás de mí.

¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

«Si no fueras tan bocazas», me grita mi yo interior.

—Perdón por el retraso, bueno, en realidad solo llego un minuto tarde y es porque Diane me indicó que había ropa para montar en su dormitorio.

Me doy la vuelta y la veo ya ataviada con la misma. Le queda un poco holgada, pero realmente no está mal.

«¿Qué tienes que decir ahora de lo que ha dicho tu sobrina?», de nuevo interviene mi subconsciente.

Tú te callas, grito dentro de mí para que no me hable más.

—De acuerdo, pues si ya estamos listos.

—Disculpa, yo no he montado nunca a caballo; tendrás que darme unas lecciones básicas.

—Normal, la gente de ciudad —musito.

—La gente de ciudad sabemos hacer muchas cosas, aunque no te lo creas —me rebato.

—No me cabe ninguna duda —respondo con recochineo.

—¡Haya paz! —interviene Tessa, que entiende que esto no va a ir bien.

Ella es la que le explica cómo debe tomar las riendas del caballo, cómo debe poner el pie en la montura y cómo debe subirse. Pero es tan bajita que no consigue hacerlo cuando lo intenta, y yo suelto una carcajada cuando al tercer intento...

—¡Muy gracioso! Me gustaría ver cómo te desenvuelves con un ordenador, dado lo prehistórico que es tu teléfono. Diría que es de la edad de Cromañón, vamos, como tú, claro.

Tessa suelta una carcajada y ella también. Me enfadan tanto que la cojo en brazos y la subo al caballo con mal humor.

—Como soy un cromañón, ya estás arriba, si no, tardaríamos una eternidad y a este paso se nos haría de noche y no habríamos salido de aquí.

Ella me mira enfurecida; sin embargo, no le hago caso y ordeno a mi caballo para que comience el paseo. Tessa espera a que ella haga lo mismo según le ha indicado y se coloca a su lado.

Decido no llevar un ritmo rápido. Vamos a trote y, por el momento, parece defenderse bien. Aunque mi lado maligno me hace aumentar la velocidad cuando las veo charlando muy animadas.

Ellas, al principio, no se dan cuenta de que lo he hecho, y cuando se percatan, casi me han perdido de vista, por lo que Tessa le indica algo para que acelere. Sin embargo, no sé qué demonios hace, pero el caballo se descontrola y comienza a galopar desbocado. Tengo que correr tras ella y, cuando la alcanzo, agarro las riendas y tiro con fuerza para frenarlo. Y, efectivamente, el caballo se detiene justo en el borde del lago. Sin embargo, Dakota sale disparada de la silla, cayendo de lleno en el agua helada, que aún conserva una fina capa de hielo en esta época del año, y se quiebra con su caída.

—No sé nadar —la escucho gritar mientras se hunde.

¡Joder! Farfullo, quitándome las botas a toda velocidad. ¡Lo que me faltaba! Sin pensarlo dos veces, me tiro al agua cuando veo que Dakota ya no emerge para respirar.

¡Doy fe de que el agua está congelada! Sin perder un instante, me sumerjo en busca de ella. Me lleva un rato encontrarla; no podría determinar el tiempo. Pero finalmente, la localizo y nado rápido hacia ella. Con esfuerzo, la arrastro hasta la orilla. Doy gracias de que la fina capa de hielo se haya roto, permitiéndonos salir.

—¡Tío Mav! ¿Estáis bien? —pregunta Tessa que acaba de llegar.

—Dakota se ha caído al lago.

Está congelada y parece que no respira, así que comienzo a hacerle la RCP con el boca a boca y el masaje cardíaco. Repito el proceso una y otra vez, sin señales de mejoría. Justo cuando empiezo a sentir que todo está perdido, ella expulsa el agua que ha debido tragar y comienza a respirar de nuevo.

—Tessa, por favor, ve al hotel y diles que llamen al médico. Nosotros iremos a mi casa y encenderé la chimenea para entrar en calor. Llévate, si puedes, el caballo de Dakota.

—¿Estaréis bien?

—Claro.

Mi sobrina se apresura a hacer lo que le he pedido, mientras yo tomo a Dakota en brazos. Está temblando. Es comprensible, está helada y apenas reacciona. Yo también tengo frío, pero estoy en mejores condiciones. Montamos en mi caballo y, agarrándola tan fuerte como puedo, galopamos hasta mi casa dentro de la propiedad.

Capítulo 14

Cabalgo a toda velocidad, sujetando con firmeza el cuerpo tembloroso de Dakota contra el mío. El frío empieza a hacer estragos en ambos. Al llegar a mi casa, que lleva más de un año deshabitada desde antes de la muerte de Catherine, busco la llave de repuesto que tengo escondida detrás de una maceta. Algo que debe de saber más de uno de mis trabajadores, pero no creo que se atrevan a entrar sin mi permiso. Abro la puerta lo más rápido que puedo, con Dakota aún en brazos, y entramos en la oscura casa. Activo los plomos y la acomodo sobre el sofá. Está tiritando mucho, así que antes de ir a buscar leña para encender el fuego, subo al piso superior y recojo todas las mantas que encuentro. Antes de volver a su lado, compruebo que el calentador ya funciona, enciendo la ducha para que agua comience a salir caliente. Una vez la chimenea esté lista, un baño caliente nos ayudará a entrar en calor.

La cubro con las mantas mientras preparo todo para encender la antigua —pero no por ello grande y eficiente— lumbre. No tarda mucho en arder, ya que la leña está bastante seca. Doy gracias por ello, ahora mismo necesitamos calor lo más rápido posible.

—Dakota, no te duermas —le digo en cuanto ya tengo esa tarea hecha.

Al ver que no responde, la cargo en mis brazos y la llevo a la ducha. Necesito que no se quede dormida. Después de haber estado sumergida en el agua fría y sin respiración, existe la posibilidad de que haya sufrido algún tipo de daño. No quiero que se duerma.

Así que comienzo a desvestirla. Sé que en otras circunstancias no sería decoroso, pero tengo ropa de Catherine aquí; la verdad es que no he tirado nada. Debería haberlo hecho, pero es muy doloroso.

—¿Qué demonios haces? —me pregunta un poco más repuesta.

—Tienes que darte una ducha caliente para entrar en calor. Tranquila, te daré ropa seca después.

—Puedo sola —me contesta sin apenas fuerzas.

—¡Está bien! —le respondo, enfadado.

No pretendo aprovecharme de la situación ni verla desnuda; eso es lo que menos me preocupa en este momento, si es lo que está pensando. Sin embargo, cuando está a punto de terminar, casi se cae y tengo que volver a sujetarla; doy gracias a que estaba vigilándola por el rabillo del ojo.

—Gracias... —musita—. Aunque me gustaría que no mirases...

—No eres mi tipo —le respondo, irritado.

—Tampoco tú el mío —contesta ella.

—Ya me lo imagino —le replico y empiezo a desvestirme. Aprovecharé el agua y me meteré con ella.

—¿Qué demonios haces? —pregunta en tono enfadado.

—Ya que no soy tu tipo y que tengo que ayudarte, me ducharé a la vez, yo también estoy helado.

No parece contenta con la situación, sin embargo, al final parece acceder.

El agua caliente cae con fuerza, envolviéndonos en un reconfortante abrazo de calor. Aunque siento que la temperatura es un poco alta para mi gusto, a Dakota parece agradarle. Después de un rato bajo el chorro, decido que lo mejor será salir, ponernos ropa seca y

calentarnos junto a la chimenea.

—Creo que ya es suficiente —le digo.

—De acuerdo.

La envuelvo con la toalla, y no se queja. De nuevo la observo por el rabillo del ojo y noto —no son ilusiones mías— que ella también me observa mientras me seco.

—Seguro que esos modelos con los que seguramente te has acostado tendrán buenos cuerpos, pero no será de trabajarlos en el campo como el mío —digo con malicia.

—No me acuesto con modelos; además, no sabes si me gustan los hombres o las mujeres. No sabes nada de mí.

En eso tiene razón, ¿y si la estoy juzgando sin saber siquiera qué orientación sexual tiene? No obstante, juraría que me ha mirado.

«¡Que más quisieras, amigo!», habla mi yo interior para recordarme que evidentemente soy estúpido.

No digo nada más y, en silencio, nos dirigimos a la que era mi habitación —ella a un paso muy lento, rechazando mi ayuda—. Le proporciono algunas prendas de Catherine y la dejo sola para que se vista tranquila, mientras yo hago bajo al salón. Dándole un poco de margen, y aguardo la llegada del médico.

Es probable que tarde entre media y una hora. Entre que Tessa ha llegado al hotel para avisar a los trabajadores y ellos lo hayan llamado; y luego él llega hasta nuestra granja, es lo menos que se puede tardar.

Capítulo 15

El tiempo parece pasar bastante despacio y ella cada vez está más apagada, por lo que decido hablarle. La verdad es que no sé qué decir; suelo ser muy parco en palabras, y no tengo facilidad para conversar con desconocidos.

—Habrás salido con muchos modelos, ¿no?

—¿Por qué piensas eso? —me pregunta a la defensiva.

¡Sí es que a veces soy idiota! ¿Quién pregunta eso?

—Lo digo porque por tu trabajo te relacionarás sobre todo con modelos.

—¿Y? ¿A qué viene eso? ¿Por qué te interesas por mi vida?

—Simplemente era por conversar... Te estás quedando dormida y, no sé, una mujer cómo tú...

—¿Cómo yo? ¡¿Qué?!

Arqueo mis hombros. No sé muy bien qué responder. Me gustaría decirle que pienso que es muy guapa. Sin embargo, no digo nada, porque cuando hablo es incluso peor, no hago más que meter la pata, y su enfado es cada vez más patente.

—¡Eres un capullo!

«Sí que lo eres, colega», me replica mi conciencia.

Y no les falta razón a ninguno de los dos.

No pretendo ofenderla, nada más lejos de la realidad. Parece que no me ha entendido bien, a veces no suelo explicarme con claridad, como he dicho no soy muy hábil con las palabras.

De nuevo el silencio se apodera de la sala. Está temblando y no lo comprendo. Yo hace rato que he entrado en calor y en este momento incluso me sobra el jersey.

—¿Sigues teniendo frío?

Me mira sin decir nada. Luego, tras fijar mis ojos en ella de manera inquisitoria, responde:

—Un poco.

Me acerco a ella con cautela y comienzo a frotar sus brazos suavemente. Su gesto contrariado me indica que está incómoda, sin embargo, no dejo de friccionarla para darle calor. Aunque la he cubierto con una manta, sigue temblando de frío.

—¿Ya está bien? ¿Qué pretendes?

—No pretendo nada. Solamente quiero que entres en calor. No es normal que estés tan fría. La temperatura de la vivienda es de más de treinta grados, yo incluso tengo calor y tú, en cambio, estás helada. No entiendo nada.

Ella no responde y sigue tiritando. Decido que el calor humano es lo mejor. Así que me acerco más, aparto la manta y nos cubro a ambos con ella. Sé que es posible que me lleve un cachete, porque lo que estoy haciendo es bastante inmoral hasta para mí, pero no se me ocurre otra forma de hacer para que deje de temblar.

En contra de todo pronóstico, no dice nada. En cuanto me acerco más, noto que tiene la frente caliente.

—Tienes fiebre, por eso tienes ese descontrol de temperatura. Espero que el médico venga pronto. ¿Te duele la cabeza?

—Estoy bien —responde secamente.

Sin embargo, al ponerle la mano en la frente, compruebo que está ardiendo.

—No lo estás. ¿Por qué eres tan cabezota? Solo intento ayudarte.

De nuevo se queda en silencio y decido buscar algo para ponérselo en la frente e intentar bajarle la fiebre. Sé que mi ausencia le puede provocar más frío, pero no puedo quedarme quieto. En este momento, la situación me parece un *déjà vu* de lo vivido con Catherine. Aunque las circunstancias no son las mismas, pues ella tuvo un accidente, pero no voy a dejar que otra mujer muera en mis brazos. No voy a permitirlo.

Cojo un trapo de la cocina, lo humedezco y regreso al salón. Cuando llego, parece que se ha desmayado. Maldigo para mis adentros.

—¡Vamos, Dakota! ¡No me hagas esto! —le digo, zarandeándola.

Al cabo de unos segundos, vuelve en sí.

—Eres una mujer fuerte, creo que muy fuerte e independiente —le digo—, así que haznos un favor y aguanta.

Le pongo en la frente el paño mojado y nos tumbamos al lado de la chimenea porque su cuerpo sigue frío. Rezo todo lo que sé, pues no soy una persona creyente, y cuando de nuevo parece perder la conciencia, solo se me ocurre una locura para que no se desmaye otra vez: besarla.

Al principio no reacciona, pero, en cuanto introduzco mi lengua en su boca, ella reacciona luchando, como desafiándome, y los dos nos perdemos en ese beso. Un beso que debe significar algo muy diferente para cada uno. Para mí, es el primero después de más de un año. Aunque me he acostado con Sarah una vez, solo fue sexo y, por supuesto, no hubo ni un solo beso en la boca. Y para ella..., para ella no sé qué significa, pero se ha despertado y, ¡joder de qué manera!

Nos separamos cuando escuchamos que están llamando a la puerta. ¡Es el médico!

El hombre entra y la examina con premura, determinando que lo mejor es llevarla al hospital. Sin perder tiempo, nos dirigimos rápidamente al hospital de Aspen.

Capítulo 16

No me agrada conducir, así que es el médico quien lleva el vehículo. Durante el trayecto, he llamado a Diane, quien acudirá al hospital. Tessa también ha querido acompañarnos; de hecho, va en el asiento trasero, agarrando la mano de Dakota.

Estoy nervioso. El beso me ha trastornado por completo. Jamás imaginé que volvería a experimentar algo así después de Catherine. Su trágico accidente me sumió en una profunda depresión. Durante meses, me encerré en mí mismo y abandoné todo. Es cierto que no tuve la culpa, pero el peso de la pérdida me aplastó.

Regresábamos de un fin de semana juntos cuando un conductor borracho chocó contra nosotros. Yo conducía, pero ella sufrió las peores consecuencias. Durante una semana, se debatió entre la vida y la muerte, y en las escasas horas que estuvo consciente, me hizo prometerle que sería feliz. Yo apenas sufrí lesiones físicas; lo más difícil fue enfrentar su pérdida y darme cuenta de que la mujer de la que llevaba toda la vida enamorado y con la que pensaba compartir el resto de mis días se había desvanecido para siempre.

Nadie me dijo entonces que sería fácil seguir adelante, ni que la vida no nos pondría obstáculos. Sin embargo, más de un año después, aquí estoy, sintiéndome extraño por besar a otra mujer. Aunque sé que es lo que Catherine quería, siento que ahora mismo la estoy traicionando. Además, Dakota no me atrae para nada; no es el tipo de mujer que me gusta. Catherine era morena, de ojos azules, voluptuosa; nada que ver con ella, que es rubia, de ojos castaños y una mujer bastante enclenque, para qué voy a negarlo.

Cierro los ojos, intentando borrar lo que me ha hecho sentir y tratando de rememorar algún momento bonito con Catherine. Pero para ser sincero conmigo mismo, cada vez me cuesta más retenerlos en mi memoria; es como si se fueran destruyendo poco a poco.

Llegamos al hospital, y doy gracias de que el trayecto ha sido corto. Con rapidez, la meten en un box, y yo espero con Tessa en la sala de espera. Mi hermana me ha dicho que llegará en una hora y media aproximadamente.

El tiempo pasa, y no tenemos ninguna noticia de Dakota. Cuando llega mi hermana, pregunta en recepción. El primer golpe nos lo llevamos cuando cuestionan si somos familiares. Diane sale al paso diciendo que es su futura cuñada y yo su prometido, y que estoy muy nervioso por conocer su estado.

¿En serio? No podría haber dicho que somos sus hermanos o algo por el estilo.

—Ya te vale, Diane —la regaña cuando volvemos a la sala de espera.

—¿Y qué querías que hiciera? No nos van a dar ninguna información si no decimos algo así. En cuanto entremos, yo se lo explicaré a Dakota; seguro que lo entenderá.

—Seguro —comento resignado.

Después del beso, ahora esto. Estoy seguro de que va a pensar que soy un acosador. ¡Madre mía!

Tras varias horas de espera, los médicos salen a hablar con nosotros.

—Buenas tardes, disculpen la demora. Hoy hemos tenido un día muy complicado con un accidente múltiple y tenemos los boxes llenos —explica sin entrar en más detalles—. En cuanto a la señorita Montgomery, tras el accidente, presentaba síntomas de congelación. Según el médico que la atendió inicialmente, estuvo durante al menos una hora intentando aumentar su

temperatura corporal, sin éxito. Esto se debe a sus antecedentes de anorexia, los cuales afectaron su circulación sanguínea y le causaron una sensación constante de frío. Además, la paciente tiene problemas de corazón, y el esfuerzo de la reanimación tras caer al lago ha afectado a su ritmo cardíaco, lo que contribuye a que aún sienta frío a pesar de haber alcanzado la temperatura corporal adecuada.

Me quedo bastante perplejo sin saber qué decir. La verdad es que la consideraba una mujer enclenque, pero ahora me doy cuenta de que es tan menuda debido a su problema con la anorexia.

—¿Y ahora qué debemos hacer? —pregunta mi hermana al ver que yo, su supuesto prometido, debería reaccionar, y no ha sido así.

—Por el momento, la paciente está estable, y le hemos planteado varias opciones. Sin embargo, su deseo es irse a casa. Sería prudente que mantuvieran una conversación con ella para discutir los riesgos involucrados. Es importante que comprenda que su condición cardíaca es delicada y que, a pesar de su juventud, su corazón funciona solo al cuarenta por ciento de su capacidad normal.

—Hablaemos con ella. Gracias, doctor —vuelve a anticiparse mi hermana.

—Pueden pasar a verla, pero les pido que no la alteren. Debe descansar y, por supuesto, es necesario desaconsejarle la idea de irse a casa hoy.

—¡Por supuesto! —concluyo yo.

—Vaya, hermanito, ya era hora; pareces una marioneta en mis manos —comenta mi hermana, enfadada.

—No soy nada suyo, lo sabes —le respondo indignado.

—De cara a la galería, eres su prometido. Deberías haber estado un poco más presente.

—Sabes que esa mujer y yo no somos lo que se dice amigos.

—Lo sé, pero por tu culpa se ha caído al lago.

—¿Por mi culpa? —pregunto, indignado.

—Tessa me lo ha contado todo.

—¡Lo que me faltaba! Que mi sobrina se ponga de su lado. ¡Esto es el colmo!

Decido salir para tomar un poco de aire fresco. Mi hermana y mi sobrina se marchan; imagino que a ver a Dakota. Por mi parte, prefiero tomarme un momento. Sé que mi reacción no parece la de un prometido, pero también puede parecer que la noticia me ha afectado y necesito un respiro. La verdad es que me da un poco igual lo que piensen de mí; necesito salir de aquí. Estoy cansado y hastiado.

Capítulo 17

Después de calmarme un poco, dando una vuelta por las inmediaciones del hospital, regreso al interior. Mi hermana me espera y su cara de indignación lo dice todo.

—¿Dónde estabas?

—Dando un paseo...

—Tengo que irme y creo que deberías quedarte con ella. Como te he dicho, esto es culpa tuya —suelta mi hermana, y yo decido no entrar en más polémicas.

Desde luego, mi hermana es única. Se le ha metido en la cabeza que soy el responsable y no va a cambiar de parecer. Sin embargo, tampoco tengo la intención de dejar a Dakota sola. Lo que ha dicho el doctor me ha dejado bastante confundido. ¿Y si le sucediera algo? Al final, terminaría creyendo que de verdad ha sido por mi culpa.

—Está bien, pero que conste que no me siento responsable de lo sucedido, sino que ha sido por ella, que es muy competitiva.

—Lo que tú digas. Que pases buena noche, Mac. Hablamos... —Me da un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Diane.

Antes de subir, decido pasar por el restaurante y comprar algo para cenar, un bocadillo que voy comiendo de camino a la habitación que me ha indicado mi hermana. Cuando llego, ya he terminado de comer. No me molesto en llamar —cosa que no está bien— y cuando ella me ve, su gesto relajado cambia a uno de contrariedad.

—¡No sé qué demonios haces aquí!

—Vengo a quedarme contigo.

—No es necesario, soy mayorcita —responde, enfadada.

—Bueno, el médico nos ha explicado que tu corazón...

—El médico no debería haber hablado de mi salud a unos extraños. ¡Ah, perdona, qué tonta soy! ¡Que eres mi prometido! —exclama con ironía.

—Eso ha sido cosa de mi hermana; yo no he tenido nada que ver —contesto a la defensiva.

—Sin embargo, tú no has desmentido la farsa.

—¿Y qué querías que hiciera? Era la única manera que teníamos de saber algo sobre tu estado.

—Y de paso enterarte de todos mis problemas y de cosas que no necesitabas saber, sobre todo cosas de mi pasado.

—Nosotros no sabíamos que el médico se iría de la lengua.

Suspira, contrariada. Sinceramente, nosotros no tenemos la culpa de que ese hombre haya hablado de más. Aunque es cierto que si, en realidad soy su prometido, ¿debería saberlo? Quizás no; hay personas que no conocen todo el pasado de sus parejas. La verdad es que el médico ha sido demasiado indiscreto.

—Puede que tengas razón —afirma.

—Creo que la tengo, sin embargo, no voy a discutir contigo. ¿Cómo te encuentras?

—¡De maravilla! ¿No me ves? —responde con ironía.

—Dakota, solo me preocupo por ti.

—¿Ahora? O es que ahora te gusto.

—¡No es eso! No eres mi tipo, ya te lo dije —me anticipo.

—¿Ah, no? Pues no me queda demasiado claro, porque me besaste y no fue un beso inocente —comenta, confundida.

Tiene razón, fue un beso largo, intenso y realmente significó mucho más de lo que me hubiera gustado.

—Lo hice porque no quería que te durmieras.

—Si tú lo dices... Me parece que está todo aclarado, que no significó nada, al menos para mí.

—Por supuesto, no significó nada —le respondo algo turbado.

—Si me disculpas, voy a intentar dormir, ya que no me dejan marcharme.

—Claro, buenas noches, Dakota.

—Buenas noches, Maverick.

Cierra los ojos y su respiración poco a poco se va ralentizando hasta que se queda dormida. Sin embargo, yo soy incapaz de dormir. El sillón es muy incómodo y, además, todo lo sucedido me ha pasado factura y no dejo de darles vueltas una y otra vez a ese beso y a sus palabras.

¿No ha sentido lo que he sentido yo? Habría jurado que entre los dos había habido una conexión, pero parece ser que no la hubo, que todo fue producto de mi imaginación.

Me muevo inquieto durante las primeras horas de la noche, y creo que al final, a altas horas de la madrugada, consigo conciliar un poco el sueño. Y es Catherine quien se apodera de ellos.

Es agradable al principio: hablamos, reímos, pero al final regreso a aquella noche y todo se vuelve negro y trágico, haciendo que me despierte sobresaltado. Sin querer, hago que Dakota se despierte y me mire contrariada.

—Lo siento —le pido un poco avergonzado.

Ella no dice nada. Aún es temprano, aunque estando en un hospital, estoy seguro de que las enfermeras no tardarán en aparecer para hacer la ronda de termómetro, sueros y demás; es por eso que imagino que Dakota se ha molestado, porque sabe que en breve le tocará despertarse y es posible que ya no pueda quedarse dormida.

Se da media vuelta, dejando la mano con la vía sobre su cuerpo y cerrando de nuevo los ojos. Sin embargo, tal y como he vaticinado, nada más quedarse dormida, aparecen las enfermeras. Ella chasquea la lengua en señal de desagrado, aunque no le vale de nada, pues ellas comienzan a hacer su trabajo sin importarles su enfado ni su indiferencia.

Imagino que estarán más que acostumbradas a esas expresiones, por lo que ya ni se inmutan. Concluyen su tarea y se marchan.

—Intentaré dormir un rato hasta que me llegue el desayuno.

—Claro, descansa; yo bajaré a tomar un café.

—Como quieras.

Sé que la he molestado y prefiero darle un poco de espacio. Así que me marchó, ya que tampoco creo que pueda pegar ojo.

Capítulo 18

En cuanto vuelvo de desayunar, el ir y venir en la habitación es impresionante. Me doy cuenta de que en mi rancho es lo mismo; antes de subir, he llamado a mi personal para asegurarme de que todo va bien. Sí, admito que soy maniático y me gusta que todo esté en orden, sin cabos sueltos. Si estuviera allí, habría supervisado personalmente que todos estuvieran trabajando antes de comenzar mis tareas diarias, como hago cada mañana. Ahora, tengo que confiar en que lo hagan, y espero que así sea, o habrá consecuencias. Mi hermana me dice que soy desconfiado, y sí, me cuesta delegar; lo sé, por eso no todos quieren trabajar para mí.

En cuanto la última enfermera sale de la habitación, Dakota gruñe malhumorada.

—Pensé que te habías marchado, podrías haberme hecho ese favor, ya que cuando venga el médico le pediré el alta.

—Y dime, ¿cómo piensas volver al rancho?

¡Buena pregunta! Ni siquiera tengo transporte, aunque le he comentado a uno de mis trabajadores, Mike, que venga a buscarnos en caso de recibir noticias favorables.

—La verdad, soy capaz de marcharme sin mis pertenencias con tal de no volver allí.

—¿El portátil también? —pregunto con curiosidad, noto su cara de malestar al no haber caído en ese detalle y continúo—: Lo dudo mucho, además, tienes toda la documentación allí; no irías muy lejos —añado con malicia.

Vale, estoy siendo un capullo arrogante, pero ella no debería haberse puesto tan chula haciéndome saber que no quiere volver a mi hogar.

—Mandaré a alguien a que recoja mis cosas y me las lleve al aeropuerto.

—Ayer el médico nos dijo que debes descansar. Lo primero que creo es que deberías permanecer algún tiempo más en el hospital, y lo segundo, no considero conveniente que te marches tan deprisa. No estás en situación de viajar.

—¿Y a ti qué más te da? —pregunta, desconcertada.

—¿La verdad? —Hago esa pregunta más para mí que para ella—. No me gustaría sentirme culpable si al final te pasara algo.

—En el fondo sí te sientes responsable.

—Para nada —le digo, haciendo un gesto con mi mano para restarle importancia—, sin embargo, si no hago lo posible para convencerte y luego te pasa algo, entonces sí que lo haré.

—Si tú lo dices. Aunque en el fondo sabes perfectamente que eres el culpable.

No tengo tiempo para discutir de nuevo con ella porque en ese momento llega el médico. Dado que todos piensan que somos pareja y que vamos a casarnos, nadie cuestiona mi presencia, salvo ella, que se siente incómoda cuando vuelve a hablar de su situación.

—Señorita Montgomery, sería recomendable que se quedara un par de días más en el hospital. Debería tratar de convencerla, al fin y al cabo, usted es su prometido —se dirige a mí después de intentar persuadirla.

—Mi chica es muy cabezota —comento, mirándola con una sonrisa fingida—. He intentado convencerla, pero no hay manera. Cuando se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hacerle cambiar de opinión. Créame, doctor, es imposible. No obstante, le prometo que la cuidaré bien y, si surge algún problema, volveremos de inmediato al hospital.

—Me fío de usted, caballero. Tengo su palabra.

—Claro.

—Entonces, voy a ir preparando los papeles del alta.

El médico se marcha y ella me mira enfadada, y yo sonrío por mi buena actuación. Al cabo de un rato, una enfermera aparece para quitarle la vía y dice:

—Le diría que si necesita ayuda para vestirse, pero con semejante novio tengo claro que no necesita ayuda.

Yo sonrío por el piropo que acaba de lanzarme; ella, en cambio, no responde y pone su cara de enfado.

—¡Mujer, no te enfades! —le contesto cuando la enfermera se marcha—, menudo piropo te ha echado.

—Dirás a ti, ¿no, listillo?

—A los dos, a ti por tener semejante novio —digo, pasando las dos manos desde la cabeza hasta mi cintura— y a mí por la parte que me toca.

—¡Qué gracioso! Ahora, si me disculpas, tengo que vestirme.

Me pongo muy serio. ¿Podrá hacerlo? Sé que está muy débil y no sé si va a poder hacerlo sola o tendré que ayudarla.

—Ahora en serio —comienzo—, ¿necesitas que te ayude?

—Puedo sola, no me hace falta tu ayuda.

Sin embargo, cuando se va a incorporar de la cama, si no es porque estoy rápido, casi se cae.

—Ya veo... ¿Por qué no me dejas que te eche una mano? ¿Por qué no tratamos de olvidar por unos días lo que ha pasado entre los dos?

—No necesito que ningún hombre cuide de mí.

—Vale, lo entiendo, sé que eres una mujer independiente y te admiro, pero necesitas ayuda —le digo todavía agarrándola del brazo.

Estamos demasiado cerca y tengo que admitir que no sé por qué, estoy poniéndome algo nervioso. Mi corazón está agitado.

—Está bien, pero no pienses ni por un momento que esto supone que te he perdonado o que voy a enamorarme de ti, no eres para nada mi tipo.

—Tranquila, tú tampoco eres el mío.

—Entonces, si estamos de acuerdo los dos, por favor, acércame la ropa del armario, no sé si podré llegar hasta él.

—Siéntate en la cama, anda.

Doy gracias por distanciarme de ella un segundo. Lo he dicho muy convencido, igual que ayer: ella no es la mujer de la que yo me enamoraría, pero entonces... ¿por qué mi corazón se ha puesto a palpar de esa manera?

Sin querer ahondar más en esos sentimientos, le acerco la ropa y me doy la vuelta para dejarle un poco de intimidad.

—Si necesitas...

—Estoy bien —me corta.

—De acuerdo, voy a llamar a mi empleado para que nos venga a recoger.

—¡Ajá!

Y salgo de la habitación, donde por un breve momento me ha parecido que la atmósfera se ha enrarecido, con un incómodo silencio instalado entre los dos y, al menos por mi parte, unas ganas locas de haberla ayudado para poder acariciar más profundamente su fina y delicada piel.

¿Me estaré volviendo loco?

«Me temo que un poco sí, amigo».

Capítulo 19

Mike ha venido a buscarnos y en cuanto Dakota tiene los papeles del alta, nos marchamos. Durante el trayecto, reina un silencio sepulcral en el coche, salvo por la radio que emite canciones románticas, muy conocidas, pero que a mí no me gustan en absoluto. Estoy absorto en mis pensamientos y apenas les presto atención.

Al notar la incómoda situación, mi empleado decide darme algo de conversación. No somos muy habladores ninguno de los dos, pero queremos evitar el ambiente tenso que parece haber entre Dakota y yo.

—Jefe, ayer el día transcurrió con total normalidad —comenta.

—Gracias, Mike, por ocuparte de todo en mi ausencia —le respondo.

—Ha sido un honor, como siempre.

Mike siempre se ha encargado de organizar al personal en mi ausencia desde el accidente que tuve con Catherine, cuando pasé varias semanas en el hospital hasta su muerte. También cuando estuve encerrado unos meses después. Es un buen hombre, pero tiene un defecto: es un jugador empedernido. A veces, se distrae de su camino y llega a casa con un ojo morado o un brazo roto porque le han dado alguna paliza por deber dinero. Lo ayudé una vez, pero no estoy en una situación económica holgada como para prestarle dinero. Además, cada uno debe librar sus propias batallas, así que lo lamento por él, pero lo único que puedo hacer para ayudarlo es seguir manteniéndolo en el trabajo. Otro en mi lugar lo hubiera echado a la calle.

Seguimos conversando de trabajo y, de vez en cuando, observo de reojo a Dakota, que va sumida en sus pensamientos. Hasta que llegamos al rancho.

Me bajo deprisa del vehículo para ayudarla, pero es tan cabezota que, cuando intento hacerlo, ya se ha apeado. Le he indicado a Mike que nos deje en mi antigua casa; aquí estaremos más tranquilos.

—¿Dónde estamos? —me pregunta.

—¿No lo recuerdas? Estuvimos aquí ayer, cuando tuviste el accidente. Es mi antigua casa. Estarás más tranquila aquí. He pedido que recogieran tus cosas de tu habitación.

—Si te soy sincera, no me acuerdo. Y no tenías permiso para que tocaran mis cosas.

—Lo hizo Sarah, tranquila.

—¡Vaya! ¿La mujer que coqueteaba contigo el otro día en el comedor, no?

¿Qué problema tiene con ella? ¿Acaso está celosa? Borro de mi mente esa estúpida pregunta; solo son deseos míos.

—Solo somos amigos, y he creído que sería la persona más indicada para recoger tus cosas, ya que mi hermana no podía hacerlo. Disculpa si te ha molestado.

—No pasa nada. Voy a buscar un viaje de vuelta.

—Deberías descansar; aún te quedan un par de días de reposo.

—No voy a estar aquí ni un minuto más de lo que sea necesario —contesta indignada.

—Como quieras, pero ya has escuchado al médico, estás muy débil, deberías descansar.

—Si hubiera hecho caso a todos los médicos que han pasado por mi vida.

—Seguramente ahora no te encontrarías en esta situación —la interrumpo molesto.

—¿Y tú qué demonios sabrás de mi vida? ¿Me he metido yo en la tuya? ¿No, verdad? ¿Pues no te atrevas a juzgarme siquiera? ¡¡No sabes nada de mí!, ¡de mi pasado! —grita, enfadada.

—Lo siento, tienes razón —le digo en un intento de calmarla, acercándome a ella. Voy a tocarla, pero ella me aparta con un manotazo. Está demasiado alterada y no quiero que su corazón empeore—. No debí decir eso... Simplemente me preocupo por ti, ¿es tan difícil de entender?

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

Mi respiración se agita, espiro e inspiro un par de veces.

—Porque ya perdí a alguien una vez por mi culpa y no quiero volver a sentirme tan culpable de nuevo, no creo que pueda soportarlo otra vez. Aunque apenas te conozca, no puedo... —suelto por fin.

—¿Así que por fin admites que fue culpa tuya?!

—En parte sí, pero también tuya. Los dos somos muy temperamentales.

—Vale, tienes razón. Ahora creo que voy a tumbarme un poco, estoy muy cansada. ¿Me dices dónde puedo hacerlo?

—Claro.

La acompaño al dormitorio principal. Desde que Catherine murió, ya no he podido dormir allí, sino en la otra habitación. Prefiero que ella descanse en esa cama.

—Puedes descansar aquí, seguro que dormirás muy bien. Es una buena cama, con un colchón estupendo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque era mi cama, pero hace tiempo que ya no duermo en ella, tranquila —le digo al ver su gesto contrariado.

—De acuerdo. Voy a descansar y cuando me despierte, tomaré una decisión.

—Como quieras, pero insisto en que te quedes unos días hasta que estés mejor.

—Lo pensaré —me contesta.

No insisto más; es mejor dejar las cosas así. Es demasiado testaruda. Creo que, cuando lo piense bien, aceptará. No está en condiciones de viajar, espero, por su bien, que así sea.

Capítulo 20

He decidido quedarme hoy en casa; total, el día ya está perdido y, por alguna extraña razón, he presentido que debía cuidar de ella, y no me he equivocado. No ha pasado ni una hora cuando Dakota empieza a hablar en sueños. Al principio, pienso que se ha despertado y está teniendo una conversación por teléfono, así que me acerco despacio para no parecer un curioso. Sin embargo, compruebo que está dormida a través de la puerta está entreabierta, pero deduzco que está teniendo una pesadilla. Se remueve inquieta, dice cosas incongruentes, por lo que decido despertarla.

Me mira de pronto desorientada y malhumorada al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre?! ¿Por qué me has despertado?

—Estabas teniendo una pesadilla.

—Lo dudo mucho —me responde enfadada—. Lo único que querías era fastidiarme.

¿Por qué esta mujer siempre está a la defensiva conmigo? ¿Qué demonios le he hecho?

«Existir», me responde mi conciencia dañina.

Y parece que eso debe ser, porque sigue mirándome con esos ojos tan oscuros y furiosos que asustarían incluso a cualquier animal feroz.

—¿Sabes qué? —le respondo, cansado de su actitud—, haz lo que quieras y piensa lo que te dé la gana. Para ti, soy un capullo integral, pues ya está. Tengo que trabajar, así, que ahí te quedas. Hay comida en la nevera y, si quieres marcharte, ya sabes dónde está la puerta —le digo y salgo malhumorado.

¡Estoy muy cansado! Esa actitud, esa pose de mujer fatal, me agota totalmente. No puedo con ella, Si quiere irse, que se vaya. Su decisión ya no será responsabilidad mía. He hecho todo lo que está en mi mano y no tengo por qué sentirme responsable de una mujer que no se quiere recuperar, que no quiere descansar y que parece odiarme.

En ese momento, mi teléfono móvil suena, es Diane.

—Hola, hermanita, dime —respondo con tono tirante.

—Hola, Mav, ¿cómo está Dakota?

—A las mil maravillas —digo con ironía.

—¿De verdad? Pásamela y déjame hablar con ella.

—Ahora no se puede poner, está en la ducha.

—¿En serio? —responde ella desconfiada.

—No, la verdad es que no. He salido fuera porque no puedo con esa mujer.

—Vamos, hermano, tienes que cuidar de ella. Si le pasa algo, será nuestra responsabilidad.

—No puedo cuidar de una persona que no se deja. Si quieres, ven tú a hacerlo. Al fin y al cabo, esto es por tu culpa: te olvidaste de quitar el anuncio y ella vino aquí. Si no hubieras sido tan incompetente, nada de esto habría sucedido —le suelto a mi hermana.

Sé que estoy siendo muy duro con ella, pero estoy tan frustrado por esa mujer que están saliendo de mi boca cosas que no debería haber dicho.

—Maverick, voy a obviar lo que estás diciendo porque me consta que estás molesto y sé que no piensas lo que dices. Sin embargo, todo esto es por tu culpa, no mía. Si tú no hubieras abandonado durante meses tu trabajo, dejado la gestión del rancho a un jugador empedernido...

No le permito seguir hablando y cuelgo el teléfono. Hemos tenido esta conversación cientos

de veces y siempre acabamos discutiendo, sacando a relucir más problemas, reprochándonos todo, consiguiendo que estemos sin hablarnos durante días, incluso semanas. Siempre soy yo quien cede porque quiero hablar con Tessa.

Claro que estuve desaparecido, pero ¿cómo estaría ella si perdiera al amor de su vida? ¿Por qué no empatiza un poco y se pone en mi lugar? Ojalá por una vez en su vida pensara un poco más en mí y menos en ella. La quiero, adoro a mi hermana y a mi sobrina; mi cuñado es un caso aparte. En mi opinión él es el verdadero culpable de todo esto, para qué voy a negarlo. De hecho, sigo sin hablarle desde que se fue de aquí.

Mi hermana vuelve a llamarme, pero evito la llamada. Lo intenta otras dos veces y se da por vencida. Ahora mismo solo quiero estar a solas, sin mujeres que me consuman la paciencia, así que doy un paseo, reviso los caballos y durante un rato, me quedo en los establos, con esos poderosos animales que me dan tanto trabajo como paz.

Parte III



Capítulo 21

¿He sido muy borde?

«Definitivamente sí», me responde mi fuero interno.

Y la verdad es que tengo que admitir que estaba durmiendo; creo que tenía un sueño agitado porque estoy sudada, y él tenía razón al despertarme por eso, pero es que no puedo dejar de pensar en él y ese beso. También en las palabras de: «no significó nada».

«Serás idiota, la primera que lo dijo fuiste tú», me rebate mi conciencia.

Vale, es cierto, pero se lo dije porque su explicación fue que me besó para evitar que me durmiera.

«Aunque en el fondo tú y yo sabemos que fue el mejor de toda tu vida», vuelve a la carga mi maldita voz interior.

No te pases.

Aunque si soy sincera conmigo misma, debo admitir que su beso me hizo sentir mucho más de lo que me hubiera gustado. Y es que tengo tantos traumas y fantasmas que arrastrar; mi infancia fue muy complicada y, para empezar, odio a los tíos como Maverick. Es como esos jugadores de fútbol americano que siempre se lían con las animadoras, es decir, como Sarah, y menosprecian a las mujeres como yo, que en el instituto era más bien rellenita. De ahí mis problemas de anorexia, que comenzaron cuando me enamoré del chico más popular del instituto y quise entrar en el equipo de las animadoras. Por supuesto, yo era más del tipo de las chicas empollonas, así que no encajaba para nada; ni intelectual ni físicamente. Me obsesioné de tal manera que dejé de comer y de estudiar, tratando de ser popular y parecerme a esas niñas ricas y pijas. ¿Qué conseguí? Absolutamente nada positivo, porque cuando pensé que finalmente me habían aceptado, descubrí que solo me utilizaban para que las ayudara con los exámenes. Mientras tanto, yo caía en una espira destructiva con la comida que pronto fue a más y, sin darme cuenta, se había convertido en una peligrosa enfermedad que me llevó al hospital. Estuve al borde de la muerte por culpa de un puñado de estúpidas y un niño que ni siquiera se fijaba en mí.

Por eso, aunque suene mal decirlo, siento aversión por los hombres guapos y corpulentos. No niego que he tenido encuentros con varios modelos masculinos, pero solo han sido por el mero hecho de tener sexo. No me interesan ni sus cuerpos ni ellos como personas.

¿Soy superficial?

«Cariño, simplemente satisfaces tus deseos carnales, eso no es ser superficial, los hombres llevan haciéndolo cientos de años».

Sé que es así. No obstante, a veces me siento sucia, como si estuviera haciendo algo indecoroso. Y cuando termino, tengo la necesidad de quitarme toda la ropa y darme una ducha.

Nunca he tenido una relación. No creo que llegue a tener una jamás. Quizás sea el trabajo, quizás sea el trauma del pasado. Estuve loca por ese chico, Cleave, y esas perras que creí mis amigas me hicieron pensar que él sentía lo mismo por mí.

La cuestión es que tengo un trauma, según dice mi terapeuta, sin superar, y hasta que no lo haga, mi actitud con los hombres es como es: hostil, antipática y nada propensa a mantener una conversación amigable con ellos.

Sin embargo, soy consciente de que, aunque la relación con Maverick comenzó igual de

mal, tanto por su parte como por la mía, pues sé que mi presencia en este rancho no era bien recibida, ahora mismo él se está esforzando por cuidarme. ¿Y cómo se lo estoy pagando yo? Siendo de nuevo una persona antipática, impertinente y maleducada.

¿Debería intentar al menos comportarme un poco mejor?

«No creo que necesites la respuesta, ya la sabes», me dice mi subconsciente.

Claro que la sé. La teoría siempre es lo más fácil; la práctica, como en cualquier cosa de la vida, es lo más difícil.

Respiro hondo, cierro los ojos y cojo mi teléfono. He tomado una decisión. Creo que me he vuelto loca, pero es lo mejor para mi salud. Este lugar es el indicado para curarme. ¿La compañía? No sé si es la correcta, dada nuestra relación, aunque voy a intentar hacer todo lo posible a partir de ahora, para que, al menos por mi parte, no haya confrontación.

Busco en la agenda el teléfono de mi jefe, respiro hondo un par de veces y, cuando creo que estoy preparada, le doy a marcar.

Capítulo 22

Uno, dos, tres y hasta cuatro tonos. Cuando estoy a punto de colgar, mi jefe, con esa voz tan pesarosa que lo caracteriza, finalmente responde.

—Hola, Dakota, ¿cuándo vuelves? —me pregunta.

—Hola, Williams, pues verás, te llamo por eso... He sufrido un accidente y tendré que estar varios días, puede que una semana, espero que no sea más, en reposo.

—¿En serio? ¡No me jodas, Dakota! Tienes que volver ya. ¡Esto es un desastre sin ti!

Eso digo yo. ¿En serio? En lugar de preguntar por lo que me ha pasado, me dice que es un desastre y, malhumorada, le contesto:

—Lo siento, pero la vida es así. Después te mandaré el parte de baja. Estamos en contacto —no le doy opción a nada más. Cuelgo el teléfono y decido llamar al hospital para hablar con el médico. Esta mañana me comentó que, si necesitaba un parte de baja, me lo haría sin problema. Evidentemente, le dije que no era necesario, pero ahora, después de la actitud de mi jefe, lo voy a hacer.

¡No me lo puedo creer! Entiendo que es su empresa, pero es la primera vez en dos años que me cojo vacaciones y que me sucede algo. En lugar de preocuparse por mi salud, me ha contestado de malos modos.

Tras hablar con la centralita y después de pasar con la enfermera de la planta, me comunican que le pasarán nota al doctor para que se ponga en contacto conmigo. También le he facilitado el correo electrónico a la enfermera por si acaso. No sé nada de Maverick y, cuando cuelgo la llamada, decido telefonar a su hermana.

—Hola, Diane.

—Dakota, ¿cómo estás? —me pregunta con esa bonita voz.

—Bueno, enfadada, frustrada.

—¿Es por mi hermano? Juro que al final tendré que ir a darle una patada en el culo.

—No, esta vez no ha sido él, sino mi jefe.

Le cuento lo sucedido y me comenta que los hombres tienen la sensibilidad en sus partes nobles. Eso me hace reír, no voy a negarlo. Me encanta esta mujer. Tras charlar un rato más, me promete que vendrá a verme en cuanto le sea posible. Además, sabiendo que voy a quedarme más tiempo, seguro que lo hará el fin de semana.

Al finalizar la charla, veo que tengo dos llamadas perdidas de Williams. No voy a responderle. Es un cretino y, si quiere algo, que me mande un mensaje o un wasap.

Cuando reviso mi correo, veo que el médico me ha enviado el parte de baja por quince días. En ese momento, decido que, o estoy muy cansada de estar aquí o le van a dar por saco a la empresa, ya que pienso tomarme todo ese tiempo.

Se lo reenvío a Williams y me contesta con un simple: «Recibido».

Me parece perfecto. Es cierto que no he respondido a sus llamadas perdidas y que he sido un poco cabezota. Sin embargo, existen otros medios para demostrar interés por alguien y su actitud además ha sido bastante reprochable. Por eso, no tengo intención de cambiar mi postura. ¿Podría tener consecuencias? Es posible. No obstante, en este momento, y por primera vez en toda mi vida, voy a pensar en mí y no en la empresa.

¡Que se joda!

«Así me gusta, deberías haberlo hecho antes», me reprocha mi yo interno.

Debería, es cierto. Aunque nunca es tarde, así que ahora mismo estoy decidida a priorizarme a mí misma.

Me tumbo de nuevo en la cama y, aunque no consigo dormirme, sí me quedo en un estado relajado hasta que escucho la puerta abrirse y sé que tengo que enfrentarme a otro hombre. En esta ocasión, debo bajar mis humos, pedir perdón y, sobre todo, comenzar a comportarme de manera más amable y considerada.

«¿Estás segura de que vas a poder hacerlo?»

Voy a intentarlo. Será difícil porque él es del tipo de hombre que no me gusta, pero tengo que hacer un esfuerzo. No se puede meter a todos en el mismo saco.

Me levanto de la cama y salgo al pasillo. Me lo encuentro de frente y noto en su expresión signos de cansancio. Entiendo que pasar la noche en el hospital y luego trabajar pueden haberle pasado factura.

—Hola, ¿podemos hablar? —le digo calmada.

—¿Vas a meterte más conmigo? Porque sinceramente estoy muy cansado y lo que menos me apetece es hablar. Quiero darme una ducha y descansar. Por cierto, ¿has comido algo?

Niego con la cabeza. Entre mi enfado y que tampoco sea una persona que coma mucho, no he tenido apetito.

—¿De verdad? Haz el favor de comer algo, necesitas recuperar fuerzas. Yo voy a darme una ducha. Después hablamos de lo que quieras —me dice.

—De acuerdo.

No es que tenga ganas de comer, pero admito que tiene razón. Aunque me jode admitirlo, y más teniendo en cuenta que ha sido él quien me lo ha dicho.

«¿Quién eres tú y qué ha pasado con Dakota Montgomery?», me pregunta mi yo interno.

En la cocina encuentro varios platos cocinados, probablemente los ha traído él del hotel. Degusto un poco de cada uno de ellos, como una gallina picoteando de aquí para allá. Sé que no está bien, que parezco una niña malcriada, pero, como he dicho, no tengo mucha hambre. Sin embargo, sé que tengo que comer algo si no quiero volver a discutir con él, y por mi bien.

Subo de nuevo y en el pasillo me lo encuentro, esta vez saliendo del baño envuelto en una toalla, y no sé por qué narices me quedo embobada mirándolo. Hay que reconocer que es uno de esos hombres espectaculares que, aunque no quieras mirar, tienes que hacerlo. Bien podría ser modelo por su cuerpo escultural y podría figurar perfectamente en un calendario de tíos macizos.

Aparto la vista de inmediato cuando me pilla in fraganti.

—No tardo nada. En seguida estoy contigo —me dice, entrando en la habitación contigua a la mía.

Asiento y respiro hondo. Soy idiota, ni siquiera he podido responder de la impresión que me ha dado verlo. Lo mismo me pasaba con el chico del que estaba enamorada en el instituto. Tengo que recomponerme.

Cierro los ojos, cuento hasta diez y, cuando los abro, ya está allí plantado con ropa cómoda, mirándome expectante, y yo no sé ni qué decir.

Capítulo 23

Permanezco en silencio durante un rato y él no dice nada. Me da mi espacio; imagino que no quiere molestarme más y casi lo agradezco. Verlo casi desnudo ha removido muchos sentimientos del pasado. Aunque no es la misma persona, de algún modo me la ha recordado.

Cuando finalmente me recompongo, empiezo a hablar:

—Verás... —comienzo con la voz algo quebrada—, al final he decidido quedarme aquí el tiempo necesario hasta mi recuperación. —Él enarca las cejas en señal de sorpresa.

Entiendo que después de lo sucedido hace un rato lo que menos se esperaba era escuchar esas palabras, pero las cosas como son.

—Me parece una elección muy acertada.

—Por ello —continúo—, tendremos que llegar a un acuerdo económico en lo que se refiere al alquiler de tu casa. Me gustaría vivir sola, no voy a negártelo.

—Eso es imposible, mi casa no se alquila. Hoy te he traído aquí para que estés más tranquila, pero si quieres quedarte tendrá que ser en el hotel.

—Necesito tranquilidad, Maverick, esto está bastante retirado de todos y de todo.

—Precisamente por eso y en tu estado, no deberías estar sola. Además, ya te he dicho que mi casa no se alquila.

—Pon la cantidad, todo el mundo tiene un precio. Tengo dinero.

Lo veo reflexionar durante unos minutos. Por lo poco que pude escuchar de una conversación que tuvo con su hermana, no está demasiado bien económicamente. Quizás eso lo haga entrar en razón.

—No puedes estar aquí sola.

—¿Y si aceptara que tú también estuvieras, te quedases y durmieras en la habitación contigua? —le digo, aunque sé que no es una buena idea.

—No me gusta vivir aquí —respondo secamente. Esta casa trae consigo demasiados recuerdos dolorosos y que todavía no puedo afrontar.

—Tu hermana —le digo, y puede que me lleve una mala contestación por cotilla— me comentó que tu prometida tuvo un accidente y falleció. Lo lamento. ¿Es por eso que no quieres quedarte?

—No me gusta hablar de mi vida personal con extraños.

—A mí tampoco, y el médico te ha contado una parte de mi pasado bastante oscura, así que para ser justos, a lo mejor podrías contármelo.

Lo medita un rato y al final contesta sin mirarme:

—Exacto, esta casa me recuerda a ella, es doloroso para mí.

—Tenemos que afrontar nuestros traumas. Si huimos de ellos, nunca podremos superarlos.

No contesta y simplemente se limita a encogerse de hombros. Ese gesto no sé muy bien qué quiere decir, pero él permanece callado y yo decido, por el momento, no ahondar más en el tema.

El silencio se apodera de nosotros por un rato, hasta que decide poner un poco de música. No es nada moderno, más bien algo antiguo. No sabría identificar al artista, pero es agradable de escuchar. Mientras tanto, él añade leña a la chimenea para avivar un poco más el fuego.

—¿Estás cómoda?

—La verdad es que esta casa es muy acogedora.

—Sí, el lugar es idílico y en la casa, como dices, se está muy bien. Puedes quedarte.

—No hemos hablado de dinero —le digo sorprendida por su cambio de opinión tan repentino.

—Puedes pagar lo mismo que cuesta el día en el hotel.

—No creo que sea justo. El hotel no ofrece las mismas comodidades que una casa particular.

—Entonces, pon tú el precio —dice sin más.

—Deberías hacerlo tú. Si no, podrías no hacer un buen negocio —comento con una sonrisa pícaro.

—Ya estoy acostumbrado, de ahí que me encuentre en una mala situación financiera —responde sin tapujos.

—Tranquilo, soy una persona justa y responsable. No me gusta aprovecharme de la gente, al igual que tampoco me gusta que la gente se aproveche de mi trabajo. ¿Qué te parece si fijamos el precio en mil dólares por una quincena?

—¿Vas a quedarte quince días? —pregunta, incrédulo.

—Pensaba hacerlo una semana, pero tengo un jefe que es un capullo y el médico me ha dado la baja por ese periodo, así que sí, creo que me quedaré todo ese tiempo, si te parece bien, claro.

—Por supuesto, es solo que esta mañana tenías prisa por marcharte y ahora...

—Ahora me he dado cuenta de que lo único importante es mi salud —le corto.

—Me alegro de que te des cuenta y que no haya sido tarde.

—Yo también me alegro, la verdad, y te lo agradezco, ya que es gracias a ti.

Me mira incrédulo y sonrío.

«Vaya, vaya, amiga. Le has regalado ya dos sonrisas en menos de media hora. ¿Estás coqueteando con él?».

Ni mucho menos, le respondo a mi yo interior.

¡Faltaría más! Lo único que hago es ser amable porque me ha abierto los ojos.

—¿Te quedarás aquí conmigo? —le pregunto, ya que no ha dicho nada sobre esa cuestión.

—Lo vamos viendo sobre la marcha —dice sin responderme—. Hoy sí, tranquila. Más tarde me acercaré a por la cena. Ahora disfrutemos de una tarde tranquila; pronto se pondrá el sol y desde aquí la vista es espectacular, ya lo verás.

Tal como ha dicho, desde el gran ventanal que hay en el salón podemos admirar las montañas y cómo poco a poco el sol se adentra entre las mismas. Es una visión increíble, que sin duda se quedará grabada en mi memoria para siempre.

—Tenías razón, el anochecer ha sido impresionante.

—Pues el amanecer...

—Mañana estaré atenta.

—Voy a por la cena, en un rato regreso.

—De acuerdo, gracias.

Lo veo salir de la casa ataviado con un gran abrigo y no sé por qué me siento desconsolada. ¿Soy idiota? Hace solo unas horas lo odiaba. Sin embargo, esta tarde con él, en silencio junto a la chimenea, escuchando música y luego contemplando el atardecer, me he sentido en paz por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 24

La cena transcurre con total normalidad, charlamos como dos adultos intercambiando experiencias laborales. Él me cuenta sobre el rancho y yo le explico detalles de mi trabajo.

—Entonces, ¿has visitado muchos lugares de todo el mundo? —pregunta él.

—Para ser sincera, muchas veces ni salgo del hotel. Terminamos el trabajo y estoy tan agotada que ni siquiera hago turismo.

—¡Vaya, qué lástima! Aunque yo tampoco he salido de Colorado.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—No, y no me importa. Siempre he estado centrado en el rancho, es el legado familiar.

—Eso es admirable. A mí antes me encantaba viajar, pero ahora se me hace cada vez más pesado, sobre todo lidiar con modelos extravagantes.

—A mí no me importaría lidiar con las excentricidades de algunas modelos —dice con una sonrisa.

Me hace gracia lo que dice, pero una parte de mí siente celos, sin saber muy bien por qué.

—Son demasiado extravagantes para cualquier persona normal.

—Vaya, agradezco que me consideres normal. Pensé que me tomabas por un tipo raro, incluso que me odiabas hasta hace poco.

—Es cierto que empezamos mal, pero rectificar es de sabios, ¿verdad? —le digo tratando de enmendar las cosas.

Quiero que nuestra relación sea más cordial a partir de ahora, necesito recuperarme y que mi estancia aquí sea tranquila.

—Efectivamente, espero que a partir de ahora nuestra relación mejore. Y lamento mucho interrumpir este momento, pero por mi parte, debo retirarme; mañana tengo que madrugar. Ya es hora de volver a la rutina.

—¿Compartiremos casa al final? —le pregunto, no me apetece nada estar sola todo el tiempo.

—Quizás pueda intentarlo, pero no te prometo nada.

—Gracias, Maverick.

—Llámame Mav.

—Buenas noches, Mav —le digo con una sonrisa.

—Buenas noches, Dakota.

Nos retiramos a la cama y, por primera vez en mucho tiempo, siento que he dado un paso adelante en mi relación con los hombres. Nunca antes había tenido una conversación así con alguien del género masculino, al menos con uno heterosexual. Y para ser sincera, he disfrutado cada momento compartiendo mis inquietudes y experiencias.

«Seamos sinceras, amiga, ese hombre te gusta».

No contesto a mi voz interior porque sé la respuesta. Puede que tenga razón y me lo esté negando, pero no quiero pensar en eso ahora. No sería conveniente convivir con alguien que te atrae físicamente, porque ya se sabe cómo acaban estas cosas: mal.

Me acuesto, cierro los ojos, pero tras las palabras de mi maldita conciencia y la visión de su cuerpo al salir de la ducha, no dejo de imaginarlo acercándose a mí. Cuando por fin me quedo dormida, no sé cuánto tiempo pasa, pero el sueño que me atrapa no es alentador: estamos juntos

en la cama y no precisamente dormidos.

Despierto excitada y acalorada en mitad de la noche. Decido bajar a prepararme una taza de leche caliente.

—Hola —sisea—, ¿te encuentras bien? —pregunta, sorprendiéndome en la cocina.

Doy un respingo al no esperarlo. Ha sido muy sigiloso y si no fuera porque acabo de dejar la taza en el microondas, la hubiera derramado por completo.

—Necesitaba algo caliente, he tenido una pesadilla —le miento.

«Más bien un sueño erótico con él», interviene mi conciencia dañina.

—Vaya, se ve que ninguno de los dos puede dormir. Habrá sido la copiosa cena.

—Eso habrá sido —vuelvo a mentir.

Cojo la botella de leche y una taza, y la lleno. Cuando saco la mía del microondas, se la entrego.

—Ten, bien calentita.

—Gracias, aunque no hacía falta, podía preparármela yo —me contesta, regalándome una sonrisa encantadora, de esas que estoy segura de que harán caer rendida a más de una mujer.

«No te engañes, ahora mismo tú tampoco estás mucho mejor que ellas».

No quiero hacer caso a esta maldita voz de mi cabeza, pero no puedo negar que tiene razón. Tiene ese aire canalla que, aunque ahora mismo no esté buscando nada, podría llevarse a la cama a cualquier mujer con solo una sonrisa, ya que tiene una mirada que enloquece.

—Es lo mínimo por dejarme la casa y aceptar mi propuesta, ¿no crees?

—Aún no he aceptado, digamos... que estás a prueba.

—¿Quince días como un electrodoméstico? —suelto a modo de broma.

—Podría ser así.

—Sabes que quizás sea ese el tiempo que voy a quedarme.

—Estoy seguro de que será mucho más. Cuanto más tiempo pases aquí, más te enamorarás de este lugar, créeme, te lo digo por propia experiencia.

Le devuelvo una sonrisa y ambos terminamos nuestras tazas de leche antes de volver a nuestras habitaciones. Me cuesta mucho volver a quedarme dormida, sobre todo por lo que ha dicho. No creo que me quede más tiempo del necesario aquí; tengo un trabajo al que debo regresar. Es verdad que mi jefe es un capullo y tendré que hacerle frente, aunque puede que, después de lo sucedido, me despida. De todas formas, buscaré otro trabajo.

Capítulo 25

Han pasado varios días de convivencia, y a pesar de mis dudas iniciales sobre si podría soportar ciertas manías de Maverick o si él decidiría quedarse después del primer día conmigo, parece que ambos hemos aguantado a la perfección.

Es fin de semana y Diane y Tessa vienen de visita. Me pregunto por qué nunca las acompaña su marido. Tengo curiosidad por saberlo, pero me da un poco de miedo hacerles la pregunta directamente; quizás me llamen cotilla. Sin embargo, si nadie me dice nada, prefiero no preguntar, también soy una persona bastante sensata.

Comemos todos juntos y hay otro detalle que también me llama la atención. Tessa está más delgada que la otra vez y parece apagada.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto cuando su madre y su tío están conversando.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Es solo que te veo más delgada y pareces enferma.

Sé reconocer ciertos síntomas cuando los veo. A mí no me engañan, y lo sé porque por desgracia he pasado por ello.

—Estoy perfectamente, Dak —me dice fingiendo una sonrisa.

No me importa que me llame así, lo que me molesta es que lo haga con condescendencia. Ahora mismo me encuentro en una tesitura complicada. No tengo pruebas concretas, pero tengo la impresión de que esta niña está pasando por un proceso similar al que yo viví en mi adolescencia, que Tessa está comenzando a experimentar anorexia. No sé desde cuándo, pero espero que no sea mucho.

¿Debería hablar con su madre?

«Claro que deberías, ¿quieres que le pase lo mismo que a ti?».

¿Y si me equivoco?

«Será mejor meter la pata a que sufra todos los efectos secundarios por los que tú pasaste y sigues pasando, ¿no crees?».

Mi voz interior tiene razón. Aunque creo que en esta ocasión voy a hablar con Mav. No sé por qué, pero me inspira más confianza.

Mientras recogemos los platos de la comida, le tomo del brazo un momento. Él se asombra por el contacto, y le pido dos minutos a solas.

—¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien?

—No, tranquilo, solo es que necesito ayuda con una cosa —le miento.

—Claro.

Diane me sonrío y él se sonroja. Parece que Tessa tampoco sospecha nada. Me acompaña a mi cuarto y cierro la puerta para que no puedan escucharnos. Él frunce el ceño un poco extrañado.

—Lo siento, no te asustes. Tenía que hablar contigo en privado y no se me ocurría otra forma para que Tessa no sospechara. —De nuevo su gesto se endurece y continúo—. ¿No has notado que tu sobrina está más delgada que la última vez que la vimos? —Él niega con la cabeza—. Pues por desgracia a mí me parece que sí. Y si solo fuera eso, no me preocuparía, pero tiene lo que se llama lanugo, que es una capa más fina de vello que suele salirle a las personas anoréxicas como mecanismo de defensa para intentar que su cuerpo mantenga la temperatura

ideal y funcione correctamente. Además, no sé si te has dado cuenta de la cantidad de agua que ha bebido en toda la comida, porque yo sí. Todo eso es síntoma sin duda de ese trastorno, y lo sé, como bien sabes, porque yo lo he padecido. Le he preguntado si se encontraba bien y me ha dicho que sí. Evidentemente, todas las personas que lo sufren, por desgracia, se niegan a admitirlo.

Ahora mismo me mira como si yo fuera un bicho raro, y sé que lo que le estoy diciendo es difícil de creer, pero estoy casi segura al noventa y nueve coma nueve por ciento de que estoy en lo cierto.

Cuando por fin parece que entra en razón, me dice:

—¿Y qué podemos hacer?

—Lo primero es hablar con su madre y su padre y después hacerle ver que necesita ayuda de manera urgente. Cuanto antes se dé cuenta de que está enferma, antes podremos ayudarla.

—¡Madre mía! ¡No me lo puedo creer!

—Lo sé, Mav. ¡Lo sé! Créeme que es muy difícil. Casi increíble, y te lo digo porque como sabes lo he sufrido en mi propia piel.

—Gracias, Dakota. Hablaré con mi hermana y veremos cómo actuar.

Me abraza y sale de la habitación. Sé que está bastante afectado por lo que le he contado. Es muy fuerte, pero espero, por el bien de la niña y por el de toda la familia, que su hermana se lo tome igual que él.

Capítulo 26

Pensaba que Maverick hablaría con su hermana, pero me equivoqué. Cuando madre e hija se marcharon, le pregunté qué había pasado, porque en realidad no me había parecido que estuvieran demasiado contrariadas.

—¿Cómo se lo ha tomado Diane?

—Aún no se lo he dicho, Dakota, no he tenido oportunidad.

—¿Te parece una cosa poco importante como para dejarlo pasar en el tiempo? Porque sinceramente a mí no. Te hablo desde la experiencia y te lo he contado a ti, confiando en que hablarías con tu hermana de la mejor manera posible, aunque me doy cuenta de que me he equivocado. Debería haberlo hecho yo. ¡Está visto que no puedo confiar en ti! —le digo enfadada, recogiendo la cocina.

—¿Qué demonios quieres que haga? Mi hermana y yo no tenemos una relación demasiado buena, si le digo eso de su hija estoy seguro de que me apartará de su vida.

—Deberías haberme dicho que preferías no inmiscuirte, se lo hubiera comentado yo. Ahora esa niña vomitará cuando llegue a casa, perdiendo de nuevo otro día de su comida y seguirá autolesionándose.

—¡Mierda! —musita— Ahora mismo la llamo.

—Tranquilo, ya lo hago yo, está visto que no tienes tacto para nada —contesto enfadada.

Este no es un tema que se deba tratar por teléfono. Algo así es mejor hablarlo en persona, pero parece que eso no va a ser posible.

Cojo el móvil sin hacerle caso y marco el número de Diane, imaginando que irá en el coche, y no quiero que su hija me escuche.

—Dakota, ¿te encuentras bien? —me contesta al instante.

—¡Sí, tranquila! Es solo que me he acordado de que necesito asesoramiento sobre mi baja laboral.

—Tú dirás.

—Mejor llámame cuando llegues a casa, no quiero entretenerte conduciendo, las distracciones al volante nunca son buenas.

—No me importa —responde ella.

—Prefiero hablar cuando llegues a casa, es posible que tenga que mandarte algo de documentación —le miento—y tengas que revisarla.

—De acuerdo, cuando llegue te llamo.

—Gracias, buen viaje.

—Gracias a ti por cuidar de mi hermano. Aunque seas tú la que está convaleciente, esto lo está ayudando mucho. Luego hablamos. Besos.

Me cuelga y sonrío. Sus palabras me han conmovido, pero no sé si cambiará de opinión cuando le cuente mis pesquisas. Espero que Tessa no haya sospechado nada, creo que he sido convincente.

—¿Ya has hablado con ella? —me pregunta Mav, que ha entrado en mi habitación sin pedir permiso. A su favor diré que no había cerrado la puerta, pero estoy tan enfadada que le contesto de malas maneras:

—Estaba tu sobrina, ¿quieres que se lo diga delante de ella?

—Tienes razón —comenta intentando apaciguar mi humor—. ¿Y qué vas a hacer?

—Le mentí y me llamará más tarde. Odio no decir la verdad.

—Lo siento, de verdad. Si quieres luego puedo hablar yo con ella.

—Deberías haberlo hecho cuando te lo dije, ahora ya... —sigo enojada, aunque reconozco que no estoy siendo justa, pero entiendo que este problema no es mío—. Da igual, hablaré yo con tu hermana.

—Como quieras —concluye y creo que mi actitud le ha hecho enfadar porque sale de la habitación sin decir nada más.

Siento que a veces me puede el orgullo y también mi carácter, lo reconozco. No obstante, debería haber sido más valiente y echarle un par de huevos —como diría mi padre—, enfrentándome a su hermana y al problema.

Ahora ya no hay solución. Me tumbo un rato a la espera de la llamada de su hermana. No sé cuánto tiempo ha pasado, ya que me quedo medio dormida y tampoco sé si Maverick está en casa o se ha marchado. En cuanto el teléfono suena, me tensa. No es una conversación que me apetezca tener con nadie, y menos si es con alguien a quien aprecio bastante.

—Diane, hola —le digo para comenzar a hablar.

—Hola, Dakota, dime en qué te puedo ayudar —me responde de lo más cordial.

—En realidad, antes no te llamé para lo que te dije, pero no quise comentártelo entonces porque pensé que estabas usando el manos libres y Tessa podría escucharnos. Verás, he notado que desde la última vez que vi a tu hija, ha perdido peso. También he observado que tiene bastante vello en los brazos y piernas, incluso en la cara. La noto muy pálida...

—Ha estado un poco enferma y entiendo que el tema del vello será un tema hormonal, está en edad de muchos cambios.

—Diane, me temo que la cosa no va por ahí. Antes de mi accidente, me comentó que le gustaba un chico que no le hacía mucho caso y, bueno, que no sabía muy bien qué hacer para que se fijara en ella. Que quería ser como las chicas populares del instituto. Sé qué es eso, por desgracia. Deberíais hablar con ella, porque si no me equivoco, tu hija podría tener anorexia.

—Perdona que lo dude, mi hija no es anoréxica, creo que estás proyectando tus problemas en mi hija y, lo siento, pero, como te he dicho, mi hija ha estado enferma, con problemas intestinales, nada más.

—Diane, no hay más ciego que el que no quiere ver. Y sinceramente, la anorexia no es una tontería que tomarse a la ligera, yo solo te aviso, si no quieres verlo, allá tú.

—Mira, Dakota, creo que te estás tomando demasiadas confianzas con mi familia, no sé quién demonios te has creído que eres, si te estás tirando a mi hermano o te has creído con derecho a meterte en nuestras vidas, pero desde ya te digo que no vuelvas a llamarnos y menos para esta tontería.

—De acuerdo, lo siento. Tú misma. Adiós.

Me cuelga el teléfono sin ni siquiera despedirse, y ahora me siento una mierda, porque parece que su hermana piensa que me lo estoy inventando, lo que encima es peor.

Me calzo, cojo una chaqueta y salgo de la habitación. En el salón veo a Maverick sentado en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—Que según tu hermana proyecto mis problemas en tu sobrina, pero, tranquilo, no pasa nada. Voy a dar una vuelta para pensar.

No me lo impide y no dice nada más, solo deja que me vaya, imagino que sabe que es lo mejor.

Capítulo 27

He dado un largo paseo y he tomado una decisión: ya es hora de regresar a casa. Ya no pinto nada aquí, más después de lo sucedido con Diane y Maverick. No es que con él haya habido algo grave, simplemente considero que no ha estado a la altura de la situación y, al final, el problema con su hermana me lo he llevado yo.

Cuando regreso, lo encuentro sentado en el sofá. Parece estar esperándome y, al verme, se levanta de inmediato.

—No deberías estar por ahí sola con el frío que hace, puedes empeorar —me dice en tono enfadado.

Agradezco su preocupación, aunque ahora mismo no es importante; estoy bastante enfadada.

—Estoy bien, gracias, y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—¿En serio? Pensé que estabas de vacaciones —responde incrédulo—. Además, quería hablarte de lo que ha pasado con mi hermana.

—Tranquilo, ya está todo hablado, no pasa nada. Es su problema, no el mío. Yo regreso a Nueva York en cuanto encuentre un vuelo.

—¿Qué?! Pero... —titubea— ¿por qué?

—Sinceramente, porque ya no estoy cómoda aquí, Maverick, y quiero regresar a casa.

Me dirijo al cuarto y él me sigue.

—No puedes irte, tenemos un acuerdo.

—Tranquilo, si es por el dinero, no voy a reclamarte nada —le respondo de inmediato. Entiendo que habíamos acordado una cantidad y no voy a pedirle que me la devuelva.

—No es eso, es que yo...

Me giro y lo miro, está nervioso y no entiendo qué le pasa. Se queda parado mirándome y yo también lo miro a él.

No sé cuánto tiempo permanecemos los dos mirándonos, en silencio, sin decir ninguna palabra. Sin embargo, nuestros ojos y nuestros acelerados corazones parecen decir mucho más de lo que nuestros labios se atreven a expresar.

—No quiero que te vayas —concluye al fin, acercándose peligrosamente a mí.

Mi corazón late aún más acelerado al escuchar esas palabras. Reconozco que en algunas ocasiones he sentido cierta conexión, nuestras manos se han rozado sin intención y he podido experimentar cierto placer que he intentado obviar porque no es bueno para mi cabeza, pero ahora..., ahora mismo que me diga esas cinco palabras ha provocado un cortocircuito en mi cerebro.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto nerviosa.

—Lo quiero todo.

Y recorre los escasos centímetros que nos separan para besarme con tal fervor que juraría que la temperatura de la habitación —que no es muy alta— acaba de subir al menos diez o quince grados en décimas de segundo, haciendo que mi cuerpo comience a arder. Agarra mis nalgas con sus fuertes manos y yo le rodeo la cintura con mis piernas. Me lleva hasta la cama, que no está lejos, y como apenas peso noventa y cinco libras me transporta con suma facilidad.

En cuanto nos tumbamos en la cama, comienza a volar nuestra ropa por la habitación. Se

nota que ambos tenemos muchas ganas de sexo —yo al menos no recuerdo la última vez que tuve algo así—, al menos en una cama, porque es cierto que sí hubo algo rápido en el backstage de un desfile hace un par de meses.

La cuestión es que cuando ambos estamos desnudos, parece que nos sosegamos un poco y nos tomamos unos segundos para mirarnos a los ojos. Después, él empieza a recorrer mi cuerpo entero con un reguero de besos y yo le acaricio la espalda y el pecho —que es increíblemente fuerte—. Baja hacia mi sexo y, ¡madre mía!, no voy a decir que no quiera tener sexo oral, pero es que no me da tampoco tiempo para negarme. Se permite el lujo de besar, succionar y lamer todo mi sexo y, cuando me doy cuenta, ya no hay marcha atrás, estoy tan perdida que me he dejado llevar y he experimentado uno de los mejores orgasmos en mucho tiempo.

—Voy a por protección —me dice antes de que yo pueda decir ni media palabra.

Yo, que apenas puedo decir nada más que asentir intentando recuperarme de ese maravilloso orgasmo, cierro los ojos y echo la cabeza atrás. Cuando vuelvo a abrirlos, él está ahí, se tumba encima y, con suma delicadeza, juega un poco conmigo para después adentrarse en mí y mecerse conmigo; primero, lentamente, pero después comienza un ritmo frenético que nos lleva a los dos a un éxtasis increíble.

Jamás en mi vida he sentido nada igual. Acabamos extasiados y, al cabo de un rato, Maverick se retira suavemente y se acuesta a mi lado, observándome con atención —imagino que para evaluar mi reacción—. Yo, por el momento, me quedo callada, estoy un poco confusa con lo sucedido.

Cuando antes he salido a pasear, no esperaba en absoluto que algo así sucediera y tenía las ideas muy claras, pero ahora...

«Ahora tienes que tomar una decisión, amiga mía».

Capítulo 28

Después de un rato en silencio, mirándonos y esperando a que nuestras respiraciones vuelvan a su estado normal, al final, Maverick me pregunta, acariciando mi espalda desnuda:

—¿Te irás?

—Mav, claro que me iré, aunque quizás no sea mañana ni pasado..., quizás espere el tiempo previsto, pero tengo que regresar a mi vida. Esto no cambia nada.

—Lo sé, aunque quiero que sepas que pasar todo este tiempo contigo me está convirtiendo en una persona diferente. Me has hecho sentir vivo de nuevo, nunca pensé que alguien como tú podría tener ese efecto en mí.

—¿Alguien como yo? —pregunto confundida.

—No me malinterpretes, pero no eres el arquetipo de mujer que me gusta.

—Ya lo sé, me lo has dejado claro varias veces desde que llegué. Ya sé que soy una mujer del montón, lo tengo asumido. No soy el tipo de mujer que gusta a nadie —digo, porque no es la primera vez que escucho esas palabras.

—¡No digas tonterías! Es solo que... —se detiene un momento, imagino que para no meter la pata de nuevo—. A mí me gustan las mujeres morenas y con cuerpos voluptuosos, pero tú eres preciosa.

—¿Lo dices porque acabamos de acostarnos? Porque no tienes que hacerme ningún cumplido, soy consciente de que no tengo un cuerpo diez, más bien un cuatro, y siendo generosa —digo.

—Yo diría que un siete está bien, porque, aunque estás delgada y tus pechos no son demasiado grandes —comenta, acercando su mano para acariciarlos, haciendo que mi cuerpo se estremezca de nuevo con esa caricia—, tengo que reconocer que tienes un culo perfecto y que en la cama eres una diosa.

—¿Sabes que cualquiera que te oiga podría tachar estos comentarios de machistas?

—Tienes razón, lo siento. La verdad es que eres perfecta: lista, inteligente, trabajadora y preciosa, aunque un poco cabezota si me lo permites y con mucho carácter.

—No soy así para nada, no tengo carácter.

—¿No? —pregunta riéndose.

—Esta tarde me has intimidado mucho, en serio. Tengo que admitir que he sido un cobarde y merecía todo lo que me has dicho. Lo que pasa es que con mi hermana hay que ser muy cuidadoso. Ya lo has visto. No obstante, al verte tan compungida la he llamado y, aunque tampoco ha querido escucharme, he soltado también todo que llevaba guardándome durante mucho tiempo y le he dicho que, si su hija tiene algún problema, solo ella será la responsable por no escucharnos.

—Gracias, sin embargo, me apenará que Tessa sufra tanto, sé lo que es y que nadie te entienda.

—Quizás podemos ayudarla nosotros sin que su madre se entere.

—¿Tú crees? —pregunto emocionada.

Para mí, ayudar a otras jóvenes en mi misma situación es algo importante.

—Al menos lo intentaremos.

Me acomodo en su pecho desnudo, cierro los ojos y me quedo dormida pensando en que al

menos ayudar a su sobrina será muy reconfortante para mí. Siempre he querido apoyar a chicas como yo, pero no he podido hacerlo por falta de tiempo. Si se presenta esta oportunidad, juro que no la desaprovecharé.

\\

Nos hemos dormido los dos y al final no hemos cenado, pero no me importa, estoy tan bien así que cuando lo miro y me sonrío le devuelvo la sonrisa.

—¿Te apetece cenar?

—Algo ligero, si no es mucha molestia.

—Claro, ya no voy a ir al hotel, es tarde —me dice y, al comprobar la hora, veo que es casi medianoche.

Es un hombre muy apañado y siempre tiene algo en la nevera. Doy gracias porque, aunque en un principio no creía tener hambre, en cuanto ha sacado el tema, mi estómago lo ha demandado, y yo no soy de esas mujeres que suelen cenar demasiado. Sin embargo, parece que la sesión de sexo me ha abierto el apetito.

Compartimos una cena ligera a base de algo para picar y, cuando concluimos, ambos estamos algo dubitativos. Si bien hemos tenido un sexo increíble, siento que es pronto para dormir juntos toda la noche. Creo que lo más sensato es que cada uno lo haga en su cama.

—Buenas noches, que descanses —le digo, marchándome en dirección a mi dormitorio.

—Buenas noches. Lo mismo te deseo, Dakota.

Me da un beso en la frente y se dirige al suyo. Ninguno de los dos hace ni dice nada para detener al otro o cambiar sus pasos. Nos retiramos a dormir, no sin sentir que podría haber pasado algo más, al menos eso es lo que pienso yo.

«Haber sido más valiente y haber dado el primer paso», me recrimina mi voz interior.

Sin embargo, ni yo he hecho nada para que eso suceda, ni él tampoco.

Capítulo 29

Apenas puedo conciliar el sueño y, aunque la tentación de dirigirme a su habitación es fuerte, me frena la vergüenza de dar el primer paso. No quiero mostrar debilidad y, además, no estoy segura de si él desea más. Me he dicho que no quiero que sea así, pero en el fondo él ha admitido que no soy su tipo de mujer. Sin embargo, él sí es mi tipo de hombre, aunque me empeñe en negarlo.

Cierro los ojos, concentrándome en buscar el sueño. Casi lo he conseguido cuando siento unas manos que se cuelan por debajo de mi pijama y sus labios acarician suavemente mi cuello, tentándome.

—He intentado dormir, pero no lo consigo. Espero no haberte despertado.

—Pues sí —miento—, aunque a veces despertarse así es gratificante —susurro, girándome y dejando mis labios a escasos milímetros de los suyos.

Cruzamos miradas cargadas de deseo. Mis labios rozan los suyos y mi cuerpo empieza a calentarse. Nunca antes he sentido algo así. Debo admitir que este hombre ha conseguido que lo odiara al principio, pero ahora, apenas un par de semanas después, empiezo a sentir una atracción intensa.

—¿Te importaría si fuéramos a la otra habitación? —me pregunta agitado—. Demasiados recuerdos...

Lo entiendo perfectamente. Cuando nos hemos acostado por la tarde, me ha llevado directo allí, sin quejas por mi parte. Ahora comprendo que esa es la cama donde él y su prometida compartieron tantas cosas, y no quiero ni imaginarlo, pues estoy segura de que me pondría celosa y se echaría atrás en esa propuesta.

Se deja llevar cuando asiento, sin saber muy bien qué pasará. Cuando me tumba en la cama, Maverick me quita el pijama, dejándome totalmente desnuda, ya que duermo sin ropa interior, y luego se deshace de su camiseta. Con un reguero de besos, recorre primero mi cuello, para luego descender a mis pequeños pechos y mi ombligo. Estoy más que agradecida por esas caricias, excitada y, con cada beso, la lengua de Mav aumenta esa excitación. Su mano juega con mis labios vaginales, poniéndome aún más caliente. Estoy al borde del éxtasis, así que siseo en su oído:

—¡Tómame ya, por Dios!

Maverick sonríe. Creo que está satisfecho con lo que le he dicho. Así que, tras deshacerse de su pantalón y enfundarse un preservativo, no tarda en apoderarse de mi cuerpo. Me encanta lo bien que encajábamos. La primera vez, me he asustado un poco al apreciar el tamaño de su miembro, pero se ha adaptado enseguida y ambos hemos experimentado un orgasmo increíble. Esta vez estoy segura de que no será diferente. Maverick decide que sea yo quien llevara el ritmo, así que una vez dentro de mí, se gira, y soy yo la que, durante el acto, me mezo a su antojo hasta que ambos llegamos al clímax. De nuevo, es desgarrador, indescriptibles las sensaciones que nos recorrieron.

Agotada, me tumbo al lado de Maverick y, sin decir ni una sola palabra, cierro los ojos. Noto como me observa, me tapa para no coger frío y, creo que tras contemplarme un rato más, pasa su mano por encima de mi cintura antes de quedarnos dormido, tratando de no pensar en nada más.

El despertador nos anuncia, a Maverick que era hora de comenzar un nuevo día. Sin embargo, decide apagarlo y darse media vuelta. Creo que piensa que esta demasiado bien allí, caliente y abrazado a mí. Abro los ojos y, al ver que Maverick sigue durmiendo, sonrío y los vuelvo a cerrar. No es hasta una hora más tarde que escuchamos unos golpes insistentes en la puerta y nos levantamos, evidentemente, de mala gana.

Maverick se pone ropa cómoda, la del día anterior y yo también me visto rápidamente. No entendemos qué podía suceder.

—¡Señor! ¿Se encuentra usted bien? —le pregunta Mike alterado.

—Sí, claro..., ¿no me ves?

—Es que son las nueve y media. Al no verlo como siempre antes del desayuno ni dar señales de vida, nos hemos asustado.

—Pues estoy perfectamente. Encárgate hoy de la granja, tengo que ir a Aspen para hacer unos recados —le dice a Mike, mirándole.

No hemos concretado nada la noche anterior, pero entiendo que lo de ir a la ciudad era para ayudar a Tessa.

—De acuerdo, señor. Gracias por la confianza.

—De nada.

Malhumorado, cierra la puerta, y yo le sonrío. Maverick me mira algo irritado.

—No tiene gracia, estaba muy bien soñando con una mujer desnuda en mi cama.

—¿Sí? ¿Y qué hacía esa mujer? —le pregunto sonriendo.

—No te lo diré. Ahora desayunemos y vistámonos. Será mejor que vayamos a Aspen. No me gusta nada conducir, ¿llevas el coche por favor?

—No hay problema, pero ¿no vas a contarme el sueño?

—Quizás en la ducha.

—¡Ah, no! Si nos metemos juntos en la ducha, pueden pasar muchas cosas. Ve tú a ducharte y yo preparo el desayuno —le repongo.

Me mira desafiante, no obstante, hace lo que le he dicho. Después, me ducho yo y desayunamos. No parece muy contento, pero es lo que hay. No siempre va a ser lo que él quiera, y menos en el sexo.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—¿A dónde quieres ir? —le pregunto cuando me monto en el coche que alquilé.

—Te pongo las coordenadas en el GPS.

—Perfecto entonces.

Durante la primera media hora vamos en silencio. Decido poner música, y al ver que mi música es demasiado pastelona —así la ha llamado él—, decide darme conversación.

—Eres muy ñoña con la música, Dakota.

—Cada uno tiene un gusto musical. No por eso soy ñoña. A mí me gusta la música romántica, ¿qué le voy a hacer? ¿Algún problema? Yo conduzco, yo elijo la música.

Me mira desafiante y vuelve a callarse. Así que decido darle yo conversación.

—Está bien, luego te dejaré poner algo de música. Dime dónde vamos.

—Iremos al instituto de mi sobrina. Quiero ver un poco el ambiente y también la sorprenderemos a la salida. Le diremos que hemos ido a hacer unas compras a Aspen. Sus padres trabajan, pero suele comer en su casa. La asistente le prepara la comida...

—Vaya..., con asistente, ¿eh?

—Sí, mi cuñado es gerente de un hotel y mi hermana lleva la contabilidad. Pero a estas

alturas, mi cuñado ya se habrá tirado a todas las recepcionistas o cualquier mujer que lleve faldas, incluso a la jefa.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto, incrédula.

—¿Sabes por qué no viene a mi hotel? Entre otras cosas, porque lo pillé una noche con Sarah.

—¡Joder! ¿Y tu hermana lo sabe?

—Sí, pero lo perdonó... Ahí es donde empezaron todos nuestros problemas. Mi cuñado dijo que se iban, que ya no pintaban nada. Encontraron un buen hotel en Aspen y se marcharon. Es obvio porque se fueron.

—¿Y no hubiera sido más sencillo despedir a Sarah?

—El culpable era él. Además, yo lo eché de aquí, no quería verlo. Sinceramente, una persona infiel lo será siempre.

—¿Tú crees? Quizás fue un desliz.

—La gente no cambia, Dakota, y sobre todo en esos temas. Si te engañan una vez y lo perdonas, te lo volverán a hacer... Estoy más que seguro de ello.

—Nunca lo he sufrido, nunca he tenido una pareja, no puedo aseverarlo. Solo sé que es muy triste lo que dices sobre el matrimonio de tu hermana, y también entiendo un poco lo que le pasa a tu sobrina y que tu hermana no quiera ver el problema, considerando todo lo que ya tiene encima.

—Pues yo no lo entiendo. Debería volcarse al cien por cien en su hija y hacerte caso. Eres una persona que sabe de lo que habla.

—Lo sé. Como le dije, no hay más ciego que el que no quiere ver. Espero que no sea demasiado tarde para Tessa.

—Y yo.

El resto del camino lo hacemos más animados. Le dejo poner su música, y cuando llegamos al instituto de Tessa, justo es la hora del recreo. La vemos bastante sola, apartada del resto de alumnos; ella no nos ve. Conozco esa sensación. No me cabe ninguna duda, porque además ha tirado el almuerzo a la basura. Maverick ha suspirado profundamente al ver ese gesto.

—Tomaremos algo y haremos tiempo hasta la salida de clase, así podremos hablar con ella —comenta.

—Perfecto.

Capítulo 30

Hemos tomado un café y dado una vuelta por los alrededores del colegio de Tessa hasta la hora de la salida. Cuando finalmente aparece, la vemos salir sola y algo taciturna.

—Hola, Tessa, preciosidad —se acerca Maverick, dándole un abrazo sin exagerar para no dejarla en ridículo, consciente del lugar en el que nos encontramos. Algunas chicas lo miran con interés; es evidente que no pasa desapercibido, es demasiado guapo, aunque él no lo admita.

—¡Maverick! —dice Tessa sin revelar que es su tío—, ¿qué haces tú aquí?

Yo me mantengo un poco al margen, creo que es mejor así, una estrategia para que las chicas sientan que Tessa puede estar con chicos guapos.

—He venido a comer contigo, ¿tienes tiempo?

—Por supuesto, para ti siempre —responde ella, dibujando una bonita sonrisa. Aunque cuando nos alejamos un poco, su gesto cambia y, al verme, pregunta de nuevo:

—En serio, ¿qué hacéis aquí? Ha quedado muy bien la escena del chico guapo y te agradezco no haberme delatado. Ya sé que no soy la chica más popular por aquí, eso es sabido, pero no hacía falta que vinieras a salvarme.

—Dakota quería hacer unas compras en Aspen —le miente—, y nos dijimos: ¿por qué no venir y comer con mi sobrina favorita?

—Te recuerdo que solo tienes una sobrina —comenta con desidia.

—Pues con la sobrina más guapa y maravillosa que tengo.

—Pero qué pelota eres, aun así, gracias. Pero no tengo hambre y tengo muchos deberes.

—Te prometemos que no te robaremos mucho tiempo —intervengo—. Además, te he comprado un labial precioso, mira.

Le enseño el labial, pero apenas lo mira. La Tessa que conocí el primer día se habría desvivido por él. Está claro que esta niña está pasando por un problema gordo.

—Gracias, aunque ya tengo muchos.

—En la vida de una chica, nunca hay suficientes labiales —le digo, intentando sacarle una sonrisa. Pero ni con esas.

Intento controlarme para no decirle cuatro cosas como: ¿qué demonios estás haciendo con tu vida? ¡Espabila! Sin embargo, soy consciente de que en la situación en la que se encuentra hay que andarse con pies de plomo y tener mucha sutileza. Cualquier paso en falso podría hacer que esta niña cometiera una locura.

Vamos a un restaurante cercano, y ella se pide un sándwich; nosotros hacemos un pedido más contundente. Maverick va a protestar, pero le clavo una mirada inquisitoria para que no la machaque. Le mando un mensaje para que, en el momento en que terminamos de comer —ella apenas ha tocado su comida—, nos deje a solas con la excusa de que va a llamar para ver cómo va todo en la granja.

—Tengo que hacer una llamada, chicas. No tardaré.

Le he pedido unos diez minutos. Espero tener tiempo suficiente para poder hablar con ella.

—Tessa, te veo cansada, ¿te encuentras bien? Sabes que conmigo puedes hablar de cualquier cosa, como lo hiciste la primera vez en la granja. Si tienes algún problema en casa, con tus padres o en clase, no sé..., estoy aquí.

—No me pasa nada, simplemente estoy cansada, he estado unos días enferma.

—Si tú lo dices, te creo. Pero, no obstante, me gustaría que, si te pasa cualquier cosa, cuentes conmigo. Por experiencia te digo que es más fácil hablar de los problemas que callarse. Cuando yo tenía más o menos tu edad, estaba bastante rellenita, usaba gafas y llevaba aparato; vamos, que no era una chica afortunada como lo eres tú.

—Yo no soy afortunada —me interrumpe—. Y también estoy gorda.

—¡No digas tonterías! Estás perfecta.

—Si tú lo dices —responde con acritud.

—La cuestión es que además era de esas chicas que suele considerarse como la empollona de la clase y que se enamora del chico más guapo e inaccesible. ¡Bueno, eso, suele pasarles a todas! ¿No es cierto? —Ella asiente—. La cuestión es que decidí, tonta de mí, al principio hacer dieta y, viendo que esto no daba el resultado deseado a corto plazo, dejé de comer para así poder entrar en el equipo de las animadoras y estar cerca de ese chico. Ellas, que eran unas víboras que solo se interesaron por mí por mi sabiduría, se hicieron pasar por mis amigas y me hicieron creer que ese chico estaba enamorándose de mí. Y yo, como una tonta, las creí. Así que, poco a poco, seguía metiéndome en una espiral yo sola, engañándome y haciéndome daño, ya que solo deseaba estar más guapa para él, y eso conllevaba dejar de comer. Y si tenía que hacerlo, de inmediato iba al baño y lo vomitaba. ¿Qué conseguí? Que un día, cuando lo tuve delante y por fin reuní el valor para hablar con él, todo mi cuerpo me falló y me desmayé. Escuchaba las risas de las chicas, pero al final no fue un desmayo por una bajada de tensión; no, fue porque mi cuerpo ya no podía aguantar más la presión a la que lo estaba sometiendo. Conclusión, llevé mi cuerpo hasta el límite y estuve a punto de morir.

»Con ello quiero decirte que nadie merece la pena, ni el chico más guapo y popular. Ante todo, está uno mismo. Hay que quererse tal y como uno es. Sin complejos, sin estereotipos. Eso lo aprendí mucho tiempo después. Entiendo que ahora, a tu edad, lo veas todo de otra manera, pero, bueno... Mi consejo es ese. Y, sobre todo, aquí estoy para lo que necesites.

No dice nada, y al poco rato llega Maverick.

—¿Todo bien?

—Sí, claro. ¿Nos vamos? Tengo deberes que hacer.

—Por supuesto. No te robamos más tiempo.

Voy a abonar la cuenta, pero él ya lo ha hecho, y le regalo una mirada furibunda. No me gusta que haya hecho eso, pero entiendo que es de esos hombres que no dejan que una mujer lo haga. A la vuelta se lo recriminaré.

Dejamos a Tessa en su casa y Maverick me pregunta cómo ha ido. Le cuento todo. No sé si he hecho progresos o no, pero le he dejado conocer mi problema. Creo que es la primera persona ajena a mi entorno o un psicólogo a la que le cuento tanto de mi vida con tanto detalle, y realmente me he sentido bien. Porque si sirve para ayudarla, entonces sentiré que he hecho algo bueno.

—Por cierto, la próxima vez que salgamos juntos a comer o a cenar, no tienes que pagar. Estamos en el siglo XXI, hay igualdad en todo.

—Lo sé, pero quería invitar, ¿algún problema?

—No, ninguno. Pero te lo advierto, la siguiente me toca a mí.

—Elegiré un restaurante carísimo —comenta bromeando.

—Me parece genial.

Seguimos con ese tono ameno durante el viaje de vuelta hasta Leadville.

Capítulo 31

Los días siguientes pasan volando, ni siquiera me doy cuenta de que ya es el momento de marcharme. Apenas quedan unas pocas horas antes de dirigirme a Aspen.

El cambio en Maverick es evidente: ha pasado de estar radiante a sumirse en un mutismo apático desde ayer. Decido hablar con él, sé que no es fácil, pero tampoco lo es para mí, y sabía que esto iba a suceder.

—¿Te ocurre algo?

—Sí, bueno, es que no sé... La verdad es que no me hago a la idea de que te tengas que ir ya.

—Lo sé, yo tampoco, pero ambos sabíamos que este día llegaría. Era inevitable.

—Dak, me gustaría seguir con esto, sea lo que sea que tengamos. Iré a verte en cuanto encuentre un momento.

—Maverick, no sé qué decirte. Lo veo bastante complicado. Sabes que tengo un trabajo exigente y que viajo mucho. Hay ocho horas en avión desde Aspen a Nueva York, es un trayecto largo para hacerlo en un fin de semana.

—¿Y por qué no intentarlo? Ya sé que tenemos todo en contra, pero yo ante las adversidades me crezco, y eres la primera mujer después de Catherine. Creo que si el destino te ha puesto en mi camino es por algo.

Suspiro profundamente. Debo admitir que él es el primer hombre por el que tengo sentimientos muy fuertes. Sin embargo, tengo que ser realista y veo la situación demasiado complicada.

—No sé, Mav, no creo que salga bien.

—Deja que el tiempo te dé la razón. Cuando llegues a Nueva York y comiences a trabajar, podemos ver cuándo podemos cuadrar una visita. Seré yo quien vaya a verte.

—¿Y dejarás la granja sola?

—Sí, ya es hora de conocer el mundo.

Sonrío. Sí que le he calado hondo. Eso me hace sentir satisfecha.

—Está bien, pero también tendrás que comprarte un móvil, con esta antigualla no vamos a poder hacer videollamadas.

—Bueno, poco a poco, ¿de acuerdo?

Sonrío, y durante el resto de las horas, le hablo de mi ciudad, de lo que haremos cuando vaya. Lo veo al menos algo más animado, y cuando es el momento de la despedida, es amarga, como todas las despedidas. Sin embargo, intento acortarla porque sé que, si no, me costará tomar una decisión que no quiero.

—Llámame cuando llegues —dice, dándome un largo beso que me sabe a poco.

—Será tarde —le respondo intentando no llorar.

—No me importa, no me dormiré hasta que no sepa que estás sana y a salvo en tu casa.

—De acuerdo. Voy a echar de menos ese autoritarismo que tienes —le respondo, besando su mejilla.

—Y yo voy a echar de menos todo de ti.

Nos damos otro beso, más largo, intenso y cargado de sentimientos que el anterior. Cuando me separo, subo al coche, lo arranco y me marcho, una lágrima se escapa de mis ojos.

Sé que tengo que marcharme, pero algo en mí me dice que mande a la mierda toda mi vida en Nueva York y me quede con él.

Sería una locura.

«A veces hay que hacer locuras por amor», me dicta mi conciencia.

Yo no estoy enamorada de Maverick.

«¿Estás segura?».

No contesto a mi voz interior, aunque creo que sé la respuesta a esa pregunta. Pero no quiero admitir lo que mi corazón ya sabe.

Conduzco con cuidado y, cuando llego al aeropuerto —con tiempo de sobra—, dejo el coche en el parking de la agencia y me dirijo a la zona de embarque. En este momento, si él tuviera un teléfono de última generación, le habría mandado una foto y algún que otro emoji. Pero con ese artefacto de la prehistoria que tiene, no estoy segura de que pueda recibir wasaps. Simplemente le envió un mensaje diciéndole que estoy en el aeropuerto esperando mi vuelo.

Me contesta con un escueto «OK», al que no doy importancia porque sé que está reñido con la tecnología.

Voy a la tienda del aeropuerto y elijo un libro de lectura para el viaje, dado que ya he terminado el anterior. Como era de esperar, me decanto por uno de mi autora favorita y empiezo a leerlo hasta la hora de embarcar. Durante el trayecto, me sumerjo en la lectura hasta que el sueño me atrapa y, cuando me despierto, ya hemos llegado a Nueva York.

Tras recoger la maleta, tomo un taxi para llegar a casa. Son casi las doce de la noche y, en cuanto pongo un pie en mi apartamento, decido llamar a Maverick tal y como le prometí.

—Hola, chico guapo. Acabo de llegar a casa.

—Hola, ¿cómo ha ido el vuelo?

—Bien, cansada, pero bien. Ahora voy a acostarme, que mañana será un día duro.

—Te deseo mucha suerte con tu jefe —me dice.

—La voy a necesitar, créeme.

—Mañana me cuentas, que descanses, preciosa.

—Y tú también, guapo.

Cuelgo, pensando que me habría gustado haber hecho una videollamada y verle la cara. Me habría reconfortado, pero es lo que hay. No deshago la maleta; la dejo en la otra habitación y me pongo el pijama. Programo la alarma y me tumbo en mi cama, consciente de lo mucho que la he echado de menos en cuanto poso la cabeza en la almohada.

Apenas pasan cinco minutos y el sueño me atrapa. Realmente estaba cansada, pero horas más tarde me despierto. Mi cama es muy cómoda, sin embargo, extraño los brazos de Maverick rodeando mi cintura y su respiración en mi oreja.

Puede parecer agobiante a simple vista, pero en estos últimos días me he acostumbrado a dormir a su lado, y es lo más placentero que hay. Hoy es el primer día, desde hace más de una semana, que no duermo con él y lo echo de menos.

«Vete acostumbrando, bonita», me recuerda mi voz interior.

Lo sé, pero no por eso va a doler menos. Cierro los ojos e intento volver a dormir, pero es imposible. Y cuando llega la hora de levantarse, estoy cansada de dar vueltas. Solo espero que esto no sea un mal presagio de lo que me espera el resto del día, porque para empezar está siendo muy muy malo.

Capítulo 32

Llego temprano a la oficina y, después de lo que me parece una espera eterna, finalmente la secretaria de mi jefe me llama para que vaya a su despacho.

Cierro los ojos y respiro profundamente, consciente de que voy a enfrentarme a algo que no será agradable. En cierto modo, admito que he provocado esta confrontación con mi comportamiento, aunque él tampoco fue demasiado cordial cuando le informé que tenía que prolongar mi ausencia debido a mi enfermedad. Sea como sea, presiento que esta reunión no será nada fácil.

Llamo a la puerta de su despacho y entro sin esperar permiso. Su gesto contrariado me deja claro que no está contento de verme.

—Buenos días, Williams —comento de forma seca.

—Dakota, siéntate —dice sin saludarme—. Tu actitud hacia esta empresa ha sido incorrecta. Te fuiste de vacaciones casi sin mi aprobación y, para colmo, me llamas para decirme que vas a ausentarte más tiempo porque estás enferma y, cuando intento pedirte una explicación, cuelgas.

—¿No tuviste la consideración de preguntar al menos qué me pasó? Solo me dijiste: «No me jodas, Dakota». ¿Es correcto eso para alguien que casi muere? ¡En serio! Al menos pregunta qué le ha pasado. Un poco de humanidad —le digo, indignada—. Después de dos años de dedicación exclusiva, creo que merecía al menos un mínimo de deferencia. Eran mis primeras vacaciones en todo ese tiempo y sol...

—Por lo que quisiste... —interrumpe.

—¡Ja! ¡Qué ironía! No voy a discutir, pero nunca era el momento *adecuado* para coger vacaciones, Williams. Así que no vengas con tonterías. Y si no tienes nada más que reprocharme, tengo que ponerme al día...

—Te he llamado aquí porque, a partir de ahora, Steven se encargará de todo. Tú ocuparás su puesto en la oficina.

—¿Qué?! ¿En serio? ¿Sabes que eso no puedes hacerlo? ¿Verdad?

—Puedo hacer lo que quiera. Esta es mi empresa, y si no estás contenta, ya sabes dónde está la puerta —dice, haciendo un gesto con la mano.

—¡Ya lo veremos, Williams!

Salgo por la puerta que me ha señalado y, en lugar de dirigirme a mi despacho (que claramente ya no lo es y lo sospechaba desde que llegué y vi que estaba completamente remodelado), me siento en la mesa que solía ocupar mi asistente. ¡Esto es increíble!

«¿Esperabas que te recibieran con una alfombra roja?».

Suspiro enfadada por el comentario de mi voz interior. ¿En serio? ¿Ahora también se pone de su parte?

¡Esto es el colmo!

Cojo el teléfono y llamo a un buen amigo que es abogado. Al ver que se acerca mi jefe, le digo que ya le contaré, pero que necesito su ayuda. ¡Esto no va a quedarse así! No se puede degradar a una persona de la noche a la mañana. También entiendo que mi sueldo ha bajado, pero no he revisado mi espacio personal donde nos mandan las nóminas. Al ver el ingreso en mi cuenta, he entendido que estando de baja se cobra menos, así que no le he dado mayor

importancia. Cuando accedo al servidor, donde además me han bloqueado ciertos permisos —anda que no se han dado prisa ni nada—, veo que efectivamente me han quitado ciertos incentivos por mi categoría profesional.

Escribo un correo desde mi móvil a mi amigo, le adjunto un par de las nóminas anteriores y esta última, y le pido que revise lo sucedido y me cuente. Por el momento, no le voy a decir nada a Maverick hasta que Jack me contacte.

A media mañana, recibo un correo de Steve sobre lo que necesita.

¡Esto es surrealista!

Hasta hace un mes, yo daba las órdenes y ahora él me las da a mí. Sin embargo, hago caso a lo que me pide. No quiero darles motivos para que me despidan. Por ahora, debo aguantar hasta que mi amigo Jack me oriente sobre cómo proceder.

Finalizo la jornada laboral y, claro está, no les regalo ni un minuto. Generalmente, siempre era de las primeras en llegar y de las últimas en irme, pero en este caso, no pienso hacer el tonto. Mañana llegaré a mi hora y, como hoy, me marcharé a la hora establecida. Si quieren degradarme, me parece perfecto, pero que tengan en cuenta que, a partir de ahora, el horario es el que es, ni un minuto más ni uno menos.

Williams me mira con soberbia al verme ir tan pronto y yo me despido con educación y una sonrisa. Aunque no obtengo de él ni una palabra, ante todo, educación. La situación me esté matando, pero no les demostraré que me afecta.

Al salir, suena mi teléfono y, sin mirar, contesto directamente:

—Jack, dime.

—Hola, no soy Jack, soy Maverick. ¿Cómo fue tu primer día? Y, por cierto, ¿quién es Jack?

—Hola, guapo. Pues regular. Jack es un amigo abogado.

—¿Qué pasa, Dak?

—Pasa que mi jefe es un idiota y me ha degradado. Pero, tranquilo, espero que mi amigo encuentre una solución legal.

—¿Sabes qué? A lo mejor tengo que ir más pronto a Nueva York de lo que pensaba y dar una paliza al capullo de tu jefe.

—¡Mav! No hace falta. Además, lo único que conseguiríamos es meternos en más líos. Podrías ir a la cárcel y yo que me despidieran. Y lo único que quiero es que me devuelvan mi puesto de trabajo.

—¿Estás segura de que quieres recuperar tu trabajo? Quizás un cambio de aires te venga bien —expone.

La verdad es que ahora mismo no lo sé. Después de cómo se ha comportado Williams, puede que lo mejor sea que me despida y buscar un nuevo trabajo.

—Bueno, ya se verá. Lo más importante ahora es hacerle entender que no puede hacer lo que le dé la gana.

—En eso te doy la razón. Y un vaquero como yo puede ser muy persuasivo.

Suelto una carcajada y me dirijo a casa conversando con él sobre cómo le ha ido el día a él. Sigue sin tener noticias de Tessa ni de su hermana. Sin embargo, espero que Diane dé su brazo a torcer por el bien de su hija.

—Ya he llegado a casa. Gracias por la charla. Voy a la ducha y luego, después de cenar, te llamo.

—Vale, yo voy a hacer lo mismo que tú. Aunque esto se hace menos llevadero sin ti.

—Lo sé. Esta noche apenas he pegado ojo, si te sirve de consuelo.

—Pues ya somos dos... Creo que voy a tener que ir pronto a Nueva York con la excusa que

sea.

—Pues quizás tengas razón —le contesto—. Hablamos luego, vaquero.

—Espero tu llamada. Un beso, preciosa.

—Otro beso para ti, guapo.

Y cuelgo el teléfono con una sonrisa tonta en la boca.

Capítulo 33

Han pasado varios días y sigo en la misma situación. Jack me aseguró que el cambio de tareas en el trabajo, es decir, de categoría, no tiene validez legal, ya que una vez adquieres ciertos derechos con el tiempo, no pueden ser reducidos, pero llevar a mi jefe ante la justicia puede ser un proceso costoso y largo y, por supuesto, tener consecuencias de cara a un nuevo trabajo. Maverick insiste en que lo haga, pero denunciar a la empresa sé que implicará mi despido definitivo, y esto posiblemente es uno de los motivos que más incentiva a Mav, pero él argumenta, y no le falta razón, que no puedo ser la secretaria de mi propio secretario, además, Steven está siendo un tirano. Aunque siendo franca, ahora estoy haciendo lo que me da la real gana, aunque sé que eso también tendrá sus consecuencias.

Sentada en la que ahora es mi mesa —no tengo ni despacho propio—, recibo una llamada telefónica. Imagino que será Steven reclamando cualquier cosa que, obviamente, no he hecho. Pero, al fijarme en el número, resulta ser de recepción.

—Buenos días, soy Margot. Tiene una visita.

—Buenos días, Margot. ¿De quién se trata? —le pregunto, intrigada.

—Del señor Maverick Sanders. ¿Le hago pasar?

Me quedo sorprendida por el nombre que ha mencionado. No me esperaba su visita. Lleva días bromeando sobre venir a verme y que me echa de menos. Sin embargo, no pensaba que lo hiciera tan pronto y, sobre todo, espero que mi jefe no aparezca en estos momentos. Con todos los improperios que Mav ha dicho de él, esto puede ser un desastre. No sé si al final cumplirá su palabra, espero que no.

—Claro, por supuesto.

Cuelgo el teléfono y sonrío un tanto nerviosa, ni siquiera sé por qué lo estoy. Apenas han pasado cinco días desde que me despedí de él y el fin de semana hemos estado hablando horas y horas. No sé si habrá trabajado algo.

—Buenos días, preciosa —me dice, dibujando una bonita sonrisa.

—Buenos días, guapo. ¿Qué haces tú aquí? —cuestiono entre emocionada e intrigada.

—Necesitaba verte. Y, además, creo que va siendo hora de que le dé una patada en las pelotas a ese capullo, ¿no crees?

—Mav, vamos —le digo bajando la voz.

Justo como si lo hubiera invocado, sale del despacho y, al verme acompañada, se acerca a nosotros.

—Buenos días —dice el muy cabrón. Lleva días sin saludar, pero al parecer ahora quiere hacerse el educado—. Señorita Montgomery, le tengo dicho que, cuando su jefe Steven no esté, las visitas las pase a mi despacho..., ¡secretarias! Discúlpeme, caballero, y ¿usted es?

—Buenos días, yo no soy ninguna visita, soy su novio, y no, no me hace falta verlo. Aunque con ganas me quedo de darle una buena patada en las pelotas, la verdad, por lo que le está haciendo a mi novia. Si no fuera porque Dakota no me lo permite —suelta sin ningún tapujo y yo me quedo allí petrificada por todo lo que le ha dicho. Él, en cambio, sonrío satisfecho.

—¡Váyase de aquí ahora mismo, insolente! —exclama acalorado mi jefe.

Pero Maverick no se mueve y lo mira con chulería, incitándolo con esa sonrisilla suya maligna.

—¿Quiere que avise a seguridad? —interviene de nuevo Williams.

—Caballero, no se altere, ¿no ve que se le hincha la vena del cuello? Eso es muy malo para la salud, podría provocarle hasta un infarto. Me iré cuando termine de hablar unas cosas con mi novia, ahora si nos disculpa... —le rebate chulesco.

—Señorita Montgomery, eche usted a su novio de aquí ahora mismo o esto tendrá consecuencias.

—¿Más? —interviene de nuevo Maverick.

Yo no he dicho nada, la verdad es que no sé muy bien por qué. Aunque, para ser sincera y por una vez en toda mi vida, me gusta que un hombre me defienda y que le plante cara al capullo de Williams.

—¡Esto ya ha sido suficiente!

Se mete en su despacho con la cara totalmente desencajada y roja de ira. Me imagino que está llamando a seguridad.

—Deberías irte. No tardará en llegar el de seguridad.

—Tranquila, no me asusta... ¿A qué hora comes?

—A las dos.

—Perfecto, nos vemos en el bar de enfrente. ¿Te parece? —me pregunta, dándome un beso en los labios.

—Sí, perfecto. Y ahora márchate, por favor —le ruego esta vez para evitar más conflictos.

—Me voy porque quiero —suelta con una risa boba.

Yo me contagio y sube en un ascensor justo antes de que el otro abra sus puertas con el guarda de seguridad.

—Señor... —le dice el hombre a mi jefe.

—Se ha marchado en el otro ascensor. Baje e identifíquelo. No quiero volver a verlo por aquí, ¿me ha entendido? Y usted —se dirige a mí gritando—, ¿le parece gracioso? —me pregunta porque estoy dibujando una media sonrisa.

—Sinceramente, sí. Donde las dan, las toman, y callar es bueno, señor —le digo y regreso a mi mesa sin esperar respuesta.

Se marcha a su despacho farfullando algo, a lo que no presto atención. Nunca pensé que iba a tener el valor de enfrentarme de esa manera a Williams, sin embargo, Mav me ha demostrado que en la vida no hay nada como echarle un poco de coraje.

Termino mis tareas y, a las dos de la tarde, ante la atenta mirada del capullo de mi jefe, ficho y me marchó al restaurante donde Maverick me espera. En cuanto me ve, me agarra por la cintura y me da un apasionado beso.

—¡Qué ganas tenía de hacer esto! —me dice cuando me suelta.

—La verdad es que ha estado muy bien —le respondo—. ¿Y cómo es que te ha dado por venir?

—Te echaba de menos y, además, quiero convencerte de que denuncies a tu jefe. Es lo mejor.

Justo como si lo hubiera invocado de nuevo, este aparece por la puerta. ¿Me habrá seguido? Como aquí muchas veces entre semana y nunca lo había visto.

—Vaya, hablando del rey de Roma —comenta con sarcasmo Mav—. La cuestión es que pienso que si dejas este trabajo, quizás podrías buscar algo más cerca de Leadville.

Acabáramos, sabía yo que había gato encerrado.

—Mav, entiendo que ahora mismo mi trabajo sea una mierda, pero —digo bajando la voz— en el hipotético caso de que lleguemos a un acuerdo para irme de la empresa, no deseo

abandonar Nueva York. Este es mi hogar, llevo casi toda mi vida aquí, trasladarme a Aspen o a Leadville..., No sé, es una decisión muy importante para tomarla a la ligera.

—Lo sé, lo entiendo, solamente era un comentario, ¿puedes pensarlo, al menos?

—Claro, y ahora disfrutemos de la comida. Solo tengo treinta minutos y ya han pasado cinco.

Pedimos y, una vez nos traen nuestros platos, charlamos amistosamente sin sacar el tema del traslado y del despido, sino de cómo le va en la granja, cosa que agradezco.

Cuando llega la hora de despedirnos, en la salida le digo:

—Ten, estas son las llaves de mi apartamento. Vamos a parar un taxi y le daré mi dirección para que te pongas cómodo allí hasta que yo termine mi jornada laboral. ¿Te parece?

—Sí, me parece bien. Me daré una ducha y fisgonearé tu casa —suelta sarcástico.

—Mi casa es tu casa, no hay mucho que ver. Apenas paso tiempo en el apartamento.

Le doy un beso, se sube al taxi que he parado y le doy los datos al conductor para que lo lleve. Se despide con un gesto de su mano cuando se marcha.

Antes de subir al ascensor, Williams me intercepta, agarrándome del brazo.

—Es la última vez que ese hombre viene a tu lugar de trabajo y te reúnes con él, ¿me has entendido? —pregunta amenazante, y yo lo miro desafiante.

—Lo que la señorita haga en horas de descanso es su problema. Y si no la suelta, eso se puede considerar como acoso laboral, caballero —indica Jack elevando el tono de voz al ver la situación,

¡Ha llegado justo a tiempo! Y yo suelto el aire contenido, no sé muy bien qué habría hecho de lo contrario.

Williams hace lo que le dice, como si mi brazo empezara a arder, y lo mira desencajado. Incluso yo me he sorprendido con sus tajantes y autoritarias palabras.

—No sé quién es usted, pero esto es una conversación privada.

—Lo sé, y yo soy el abogado de la señorita Montgomery y justo ahora mismo venía a hablar con usted.

—Tendrá que pedir una cita a mi secretaria —suelta el muy cabrón con tono hostil.

—Como desee, aunque incluiré esto en la demanda contra usted.

—¿Demanda? ¿De qué demanda me habla? —interviene nervioso.

No estaba segura de si quería presentar una demanda; solo he citado a Jack esta mañana, antes de que Maverick viniera a Nueva York, para hablar con Williams sobre mi caso de manera pacífica. Aunque entiendo que lo que él ha presenciado ha hecho que decida, por sí solo, llevar esto mucho más lejos.

—Sí, caballero, la señorita Montgomery ha contratado mis servicios debido a su cambio de tareas y salarios.

Su cara, cada vez más irritada, no presagia nada bueno.

—Está bien, les concederé cinco minutos.

Subimos los tres en el ascensor en completo silencio. Espero y deseo que esto salga bien, porque ahora mismo no tengo ni la menor idea de cómo terminará todo esto.

Capítulo 34

La tensión es palpable cuando entramos en el despacho de Williams. Aunque él intenta hablar, Jack no se lo permite y le entrega una documentación que ni siquiera he visto, lo cual me molesta un poco al actuar a mis espaldas. Williams comenta con desdén:

—Si eso es lo que su clienta pide, nos veremos en los tribunales... Y como parece que ya está todo decidido, señorita Montgomery, puede irse a casa. Está suspendida de empleo y sueldo hasta que nos veamos en el juzgado.

—¿En serio? —pregunto, incrédula.

—Por supuesto, no la necesito hasta que nos veamos en los tribunales. Le daré este documento a mis abogados para que lo revisen, pero ya le digo de antemano, que no llegaremos a ningún acuerdo.

—Que sepa que he visto cómo acosaba a mi cliente. Añadiré eso también a la demanda —lo amenaza Jack con chulería.

—Es su palabra contra la mía, abogaducho de tres al cuarto —suelta con desprecio.

—Y la de mi cliente, no lo olvide.

—A ver a quién creen —expone Williams altanero.

—Caballero, en las demandas de acoso, normalmente se cree al demandante. Pero usted consúltelo con sus abogados. Tiene mi tarjeta por si cambia de opinión. Que tenga un buen día. Dakota, ya podemos irnos.

Jack me abre la puerta y yo no digo nada. He sido como una marioneta entre esos dos hombres, y lo peor es que Jack ni siquiera me ha consultado nada. Recojo las cosas de mi mesa y, cuando salimos, aunque es mi amigo, le recrimino su actitud.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le pregunto enfadada.

—Sinceramente, dar un paso por ti. Sé que esto no era lo que habíamos acordado, pero en cuanto he visto que ese capullo te ponía la mano encima. ¡Joder, Dakota! No he podido contenerme. Te conozco desde hace mucho tiempo y sé que eres de esas personas que se piensan mucho las cosas, no eres de las que toman decisiones a la ligera, y menos algo así.

—Lo sé, mi novio estará muy contento por la decisión que has tomado. En cambio, yo no estoy segura de si es lo mejor para mí.

—¿Tienes novio? ¿Desde cuándo? —pregunta bastante sorprendido.

—Bueno, la verdad es que aún no sé si podemos llamarlo así, nos estamos conociendo. Fue durante mis vacaciones y es algo complicado.

—¡Vaya, vaya! Amiga mía, tenemos mucho de qué hablar. Pero creo que lo que he hecho ha sido lo mejor para ti y para tu futuro, y al final me lo acabarás agradeciendo. Créeme.

—Quizás sí, y Maverick, que así se llama mi chico, te lo agradecerá mucho más que yo.

—No tengas miedo, a veces las decisiones difíciles son las mejores; solo hay que arriesgarse, pero necesitamos que nos den un pequeño empujoncito. Verás cómo, en el fondo, me lo agradecerás, y por tu jefe no te preocupes, cambiará de opinión en cuanto lo consulte con sus abogados. Le dirán que lleguemos a un acuerdo; es lo mejor que puede hacer si no quiere enfrentarse a una demanda en la que podrías sacarle todavía más dinero si incluyo el tema del acoso laboral.

—Yo no entiendo de esto, tú eres el experto. Ahora si me disculpas, me voy a casa.

Maverick me espera.

—Disfruta de tus nuevas vacaciones, aunque seguro que pronto tendrás noticias mías.

—Nos vemos, Jack. Gracias —le respondo no muy convencida.

Me voy a casa con una mezcla de sensaciones. Por un lado, tengo ganas de ver a Maverick, aunque por otro, tengo miedo de lo que pueda pasar con mi trabajo. Si pierdo el empleo, ¿qué va a ser de mí?

«No seas tan pesimista, la gente pierde sus trabajos y encuentra otros; es lo normal en el mundo en que vivimos», me recrimina mi voz interior.

Lo sé, pero, aunque últimamente no me gustaba demasiado mi trabajo, no sé hacer otra cosa.

«Pues buscas otro, te reinventas..., hay que ser positivo en la vida».

Sé que tiene razón, sin embargo, ahora mismo no sé qué pensar.

Ya estoy en mi apartamento y doy gracias, no quiero seguir dándole vueltas al tema. Llamo a la puerta y, tras unos minutos que me parecen eternos, Mav la abre.

—No te esperaba tan pronto y no sabía si abrir o no. Luego he mirado por la mirilla y he visto que eras tú. ¿Cómo no has avisado?

—No he caído, la verdad. Lo siento. El capullo de Williams trató de amenazarme cuando te fuiste y Jack apareció en ese momento.

—¡Cabrón! Debería haberte acompañado, lo sabía. ¿No has pensado que tu jefe podría sentir algo por ti y por eso te está haciendo la vida imposible? Tengo la impresión de que se puso furioso cuando nos vio juntos.

Suspiro profundamente. Cuando comencé en la empresa, me pidió salir y yo lo rechacé. Le dije que no saldría con él ni con ningún compañero de trabajo, ya que podría afectar negativamente al ambiente laboral en caso de problemas. Pareció aceptarlo en su momento, pero evidentemente no fue así.

—No sé —le digo no echando más leña al fuego omitiendo ese detalle. No quiero dar más motivos a Maverick para que vaya a darle un puñetazo o patada en sus partes—. Mi jefe es un déspota. Seguro que no acepta el acuerdo.

—Ganarás el juicio entonces. Y cambiando de tema, tienes una casa increíble.

—Ventajas de tener un trabajo con dedicación exclusiva, hasta ahora, claro.

—Mirémoslo por el lado positivo, ahora tienes más tiempo para ti y para mí, ¿no crees?

—Si pierdo este trabajo, tendré que pensar en buscar otro. Esta casa no se mantiene sola —expongo, mientras considero mis opciones. Tengo algún dinero ahorrado y puedo seguir haciendo frente a la hipoteca.

—Quizás te venga bien un cambio de aires. Podrías buscar trabajo en Aspen. Esto puede ser una señal.

—Maverick, no te lo tomes a mal, pero Aspen no es Nueva York. Aquí hay muchas oportunidades para encontrar trabajo, en Aspen no creo que tenga tantas.

Me mira entre decepcionado y un poco enfadado. Ya conozco esa cara, sin embargo, contesta:

—Tienes razón, solo era una idea. Como tienes la tarde libre, ¿me enseñas Nueva York? Este vaquero que no ha salido nunca de Leadville quiere conocer la maravillosa isla de Manhattan.

—Claro, estaré encantada de enseñarte todos los encantos y los rincones más recónditos de Nueva York. Me cambio, me pongo cómoda y nos vamos.

—Perfecto entonces, me calzo yo también y te espero.

Parece más animado tras mi contestación. No es que no quiera ir a Aspen, sino que pienso que las oportunidades allí serían menos favorables para mí.

«A veces hay que pensar menos con la cabeza y más con el corazón, amiga mía», me dicta mi conciencia.

Cierro los ojos por un momento y, sin querer hacer caso a esas sabias palabras, me visto con ropa cómoda y me pongo calzado adecuado para pasear por esta ciudad que tanto admiro, y salgo al salón.

—¿Listo? —le pregunto.

—Sí —me contesta con una bonita sonrisa que hace que me quede embobada mirándolo.

—Pues perdámonos un rato paseando y descubriendo mi ciudad.

Y salimos dispuestos a que se enamore de Nueva York, y quién sabe, tal vez sea él quien decida venirse aquí.

Parte IV



Capítulo 35

Dakota está más que dispuesta a que Nueva York y todo este bullicio formen parte de mi día a día, pero, sinceramente, esa posibilidad se disuelve en el caos de esta ciudad. Desde que puse un pie aquí, los atascos, el tumulto de personas paseando por las calles como si estuvieran en una carrera frenética, esquivándote como si compitieran contra el tiempo, todos centrados en sus teléfonos móviles o teniendo encendidas conversaciones con la persona al otro lado de la línea, el estruendo constante... Todo este bullicio simplemente no es para mí.

Yo soy feliz en mi granja, donde el sonido de los animales y de los árboles meciéndose con la brisa es mi sinfonía diaria. Lo máximo que escucho fuera de tono son las acaloradas discusiones de mis chicos sobre trabajo, béisbol o fútbol. Sin embargo, aunque Nueva York sea la cuna del modernismo por excelencia, no está hecha para mí. La tranquilidad y la simplicidad de mi granja superan con creces el vertiginoso ritmo de esta metrópoli desenfrenada.

Hemos tomado el metro para llegar al centro y visitado Central Park, un lugar maravilloso. Sin embargo, a medida que avanzamos, el entusiasmo de Dakota por mostrarme cada rincón comienza a agotar mis pies. Llegamos a Times Square al atardecer, y debo admitir que la vista de los letreros luminosos, las limusinas y el bullicio es impresionante. A pesar de la grandeza y el brillo de este escenario, no logra impresionarme lo suficiente como para querer quedarme.

—Cenemos algo —me dice—. Vamos al Hard Rock. Es un lugar estupendo, verás qué maravilla —expone emocionada.

Y no se equivoca. Desde la enorme guitarra en la entrada hasta el interior lleno de esos maravillosos instrumentos, trajes de famosos expuestos en vitrinas..., debo reconocer que el lugar es realmente espectacular. Me pregunto cómo es posible conseguir una mesa en un sitio tan concurrido, pero Dakota saluda al camarero amistosamente y entonces lo entiendo todo. Al observarlo con más detenimiento caigo en la cuenta de que aparentemente parece modelo.

—¿Es tu amigo? —pregunto, curioso y un poco molesto.

Me dan ganas de preguntarle si se ha acostado con él, pero prefiero no saberlo. Sin embargo, ella adivina mis pensamientos, imagino que por la cara que he puesto.

—Digamos que ha desfilado en algunos eventos en los que he participado aquí en Nueva York —responde ella—. Es gay, pero es un chico muy atento y lo quiero mucho. Aquí tienes la carta, cualquier cosa está deliciosa.

Aunque me resisto a pensar en ello, no puedo evitar sentirme fuera de lugar en este local lujoso, rodeado de personas glamorosas. Mientras Dakota charla con el camarero, examino la carta sin tener idea de qué elegir. ¿Por qué no podemos simplemente estar en una hamburguesería normal en vez de este lugar lujoso?

—¿No hay un lugar más normalito en Nueva York? —me pregunto, convencido de que todo esto es un intento de Dakota por impresionarme. Pero, en realidad, solo me siento más agobiado.

Después de unos minutos, Dakota regresa, aparentemente contrariada al ver mi indecisión.

—¿Ya has elegido?

—Lo mismo que tú —respondo sin saber muy bien qué pedir.

—¡Estupendo!

Pero su entusiasmo se desvanece. Me doy cuenta de que ella quería compartir este momento

especial, pero mis raíces sencillas chocan con el lujo del lugar.

—Dak, no te enfades, pero soy un hombre sencillo. Todo esto es demasiado para mí.

—Solo quería mostrarte el sitio. No me negarás que es digno de ver.

—Claro, pero seamos sinceros... Yo no encajo aquí.

—¿Y yo encajo en Leadville? —pregunta, contrariada.

—Creo que has sido feliz allí, ¿o me equivoco?

Su respuesta parece injusta. Excepto cuando ha estado enferma, creo que la he visto disfrutar y sentirse cómoda en mi hogar.

—Mav, Leadville es un lugar idílico, pero es para vacaciones, para desconectar del bullicio y el estrés. A mí Nueva York me gusta. También me gusta viajar y me gustaba mi trabajo, al menos antes de convertirme en secretaria. Pero ahora, en esta mesa, siento que no pertenezco...

—Entonces creo que lo nuestro no tiene futuro —digo, levantándome sin esperar nuestra cena.

Salgo del local y decido pasear. Aunque no estoy seguro de llegar a su apartamento, necesito aire y tiempo para pensar. Dakota no me sigue, y eso también me molesta. Esperaba que saliera detrás de mí, que habláramos, que discutiéramos, pero no lo hace.

Quizás todo esto ha llegado a su fin. Pensé que Dakota sentía lo mismo que yo, pero ahora dudo. Deambulo por la ciudad durante horas hasta que, a medianoche, llego a su apartamento. Dudo si llamar a la puerta o ir a un hotel, pero mi economía no me lo permite. Llamo a la puerta y, en cuanto se abre, ella me abraza.

—¡Estaba preocupada! Te he llamado mil veces —me dice.

La verdad es que metí el móvil en el bolsillo y lo puse en silencio. Como mi teléfono es prehistórico, ni siquiera me percaté de que sonaba o vibraba.

—No me di cuenta.

—Tenemos que solucionar el tema del teléfono mañana mismo.

—Estoy bien con él. Funciona para llamar y recibir mensajes.

—Tienes que modernizarte, Mav. Vamos a comprar un teléfono nuevo de última generación.

—Me niego. Además, sigo enfadado contigo. Ni siquiera saliste a buscarme.

—Sí lo hice, pero tenía que pagar la cuenta y, cuando salí, ya te habías marchado. Te llamé, pero tu teléfono prehistórico me tuvo en vilo tres horas.

—¿Tres horas? —pregunto, incrédulo.

—Sí, estuve a punto de llamar a la policía. Aquí no te consideran desaparecido hasta pasadas veinticuatro horas. Me tenías muy preocupada. Pensé que te habrías perdido o te habrían atracado...

—Poco se llevarían. Seguro que no querían mi prehistórico teléfono —le digo con ironía.

—En eso te doy la razón. Mañana mismo compraremos uno, te enseñaré todo lo que debes saber de redes sociales y podremos vernos todos los días cuando no estemos juntos.

—Eso me gusta —le digo más convencido.

—En cuanto lo pruebes, no querrás dejarlo. Aunque hay gente que mantiene relaciones con el teléfono.

—¿En serio? —pregunto, incrédulo.

—Sí, pero a mí esas cosas no me van demasiado. Y ahora vamos a la cama, que creo que el sexo es mejor al natural.

—Estoy de acuerdo en eso.

Capítulo 36

¡Despierto tras una noche de pasión que bien podría competir con las escenas más apasionadas de una película romántica! Sus ojos castaños, cada día más irresistibles, me escrutan intensamente al abrirse, provocándome una respiración profunda y sonora. Admito que estoy totalmente enamorado. Si alguien me hubiera dicho apenas hace tres semanas que una mujer como Dakota se cruzaría en mi camino y me haría sentir lo que ella provoca, lo habría tachado de loco. Pero aquí estoy, rendido ante esos ojos miel que me trastornan de una manera indescriptible y despiertan en mí el deseo de cometer cualquier locura a su lado.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido? —le pregunto con una sonrisa que apenas cabe en mi cara, mientras la observo jugar con la sábana, revelando su cuerpo desnudo.

—Buenos días, chico guapo. No tengo queja. Además, no tengo que ir a trabajar... aunque evidentemente algo tendré que hacer. Y no sé cocinar, y a mi chico no le gusta Nueva York... — comenta con un toque de sarcasmo.

—No he dicho que no me guste, solo que soy un hombre de campo..., no soy de los que suele visitar muchas ciudades, ya te dije que eso no es lo mío.

—De acuerdo, iremos a por el teléfono móvil, eso no es discutible.

Asiento, sabiendo que no tengo otra opción.

—Acepto, pero con una condición —respondo adoptando un tono intrigante.

La confusión se refleja en su mirada, pero finalmente accede.

—¡Hmm! Eso estaría muy bien, no lo niego, aunque quiero que me ayudes a relanzar el negocio.

—Para eso, tendré que actualizar la página web y, quizás, hacer algo con las redes, ya sabes, Facebook, Instagram, LinkedIn... X también, aunque no lo use tanta gente. Incluso podrías probar TikTok, aunque no te imagino haciendo vídeos cortos... Eso lo dejaremos para más adelante —me dice, y la miro como si le hubieran salido tres cabezas en ese momento.

—Tranquila, no te agobies. Estoy seguro de que un hombre joven como yo se hará rápidamente con las tecnologías, incluso con ese teléfono que estoy seguro podrías donar al museo.

—¡Ja! ¡Qué gracioso!

Se ríe de mí y yo comienzo a hacerle cosquillas por todo el cuerpo. Aunque inicialmente no quería más que una charla, un desayuno y la compra del dichoso teléfono, todo ha llevado a otra cosa y nos encontramos enredados bajo las sábanas, haciendo el amor.

No me quejo; estar con Dakota es lo más maravilloso que me ha pasado desde la pérdida de Catherine, el problema vendrá después, cuando tenga que irme y ella no quiera acompañarme. Aunque venía dispuesto a que ella me siguiera, ahora me doy cuenta de que persuadirla no será tan fácil como pensaba, y las ideas se me agotan.

\\

Nos hemos duchado y desayunado, y ahora estamos paseando por las calles sin prisa, a contracorriente de la multitud que parece estar participando en una gran maratón. Al principio, todo me parecía caótico. Sinceramente, veo imposible adaptarme a vivir aquí, donde la gente va tomándose un café —que parece ser su desayuno o almuerzo— y ya está inmersa en

conversaciones telefónicas como si les fuera la vida en ello. Apenas son las diez de la mañana, y todos parecen de mal humor. Ni siquiera quiero imaginar cómo estarán a las ocho de la tarde. Aunque no me considere la persona más sociable del mundo, al menos intento ser gentil.

«¡Ja! No te lo crees ni tú. ¿Ya se te ha olvidado cuando llegó Dakota al rancho? Fuiste un borde y un déspota con ella».

Eso es cierto, no lo voy a negar, pero no la esperaba y estaba pasando por mal momento. Sin embargo, ella me ha devuelto las ganas de vivir.

—Mira, aquí encontraremos cualquier móvil a la altura de tus expectativas —me comenta, señalando una gran tienda de electrónica, y abro los ojos como platos.

—Con uno normalito es suficiente.

—Compraremos el que yo elija. Estás en mis manos, Maverick Sanders, y ahora no puedes echarme atrás. Me lo has prometido.

Y sé que así será si no quiero que se enfade más. Asiento y me encojo de hombros. ¿Qué puedo hacer?! Al final, como solía decir mi padre, las mujeres nos tienen cogidos por los huevos. Siempre hacen lo que quieren, y es la pura realidad.

Entramos en la gran tienda. Primero parece que a Dakota le apetece dar una vuelta por toda la gran superficie, que tiene de todo. Cuando ya parece cansada de fisgonear, decide —creo que al ver mi cara de hastío— ir al departamento de telefonía móvil.

Allí, un atento vendedor, creo que al ver la belleza de Dakota, se acerca rápidamente y se dirige exclusivamente a ella.

—Buenos días, señorita, ¿qué desea?

—Mi novio —dice por primera vez, y yo la miro y sonrío. Ninguno de los dos hemos dicho nada de la relación, pero esto me agrada y también creo que lo ha dicho para que el vendedor deje de ponerle ojitos— está buscando un móvil nuevo. La verdad es que el que tiene es bastante antiguo.

—¿Alguna característica en especial? —sigue dirigiéndose a ella sin prestarme la más mínima atención.

—Enséñenos algunos. Queremos que tenga todas las prestaciones, el precio no es problema.

Voy a intervenir, pero ella me agarra la mano para que no diga nada y al final es lo que hago.

El hombre sigue coqueteando con ella sin importarle que yo esté allí. Harto de la situación, decido interrumpir su perorata.

—Caballero, el móvil, como le ha dicho mi novia, es para mí. Ella ya sabe todo lo que hay que saber de teléfonos, así que el que toma la última decisión soy yo —suelto indignado—. Ya sé que mi novia está muy buena, pero no tiene nada que hacer. Así que deje de intentar ligar con ella o nos iremos a otra tienda a comprar el puto teléfono.

Dak me sonrío y el vendedor, un tanto avergonzado, baja la cabeza. Después, coge los teléfonos para mostrármelos y vuelve a soltar toda la explicación —que yo apenas entiendo—, eso sí, esta vez mucho más serio y casi sin respirar.

—¿Con cuál nos quedamos, cariño? —le digo con recochineo.

—Yo creo que con el iPhone. Al final es el que tengo yo, sinceramente, a mí me ha funcionado bien y podremos compartir todos los datos de una manera muy sencilla.

Capítulo 37

No han pasado ni cinco minutos desde que salimos de la tienda cuando suena el teléfono de Dakota. Observa la pantalla y su expresión cambia. Responde de inmediato, alejándose un poco con gestos exagerados y elevando el tono de voz. Al final, lo único que entiendo es que no está de acuerdo y concluye la llamada con un «nos vemos en un rato, Jack».

Jack es su amigo y abogado, así que supongo que se trata de trabajo.

—¿Qué pasa? —pregunto, entre preocupado y nervioso al ver su enojo.

—Han llamado del despacho de abogados de mi jefe y Jack ha quedado con ellos en media hora. Aunque básicamente ya me ha dado un adelanto.

—¿Y? —inquiero, deseando saber de qué se trata. No parece contenta.

—Quieren readmitirme, pero no me darán mi puesto de trabajo porque Richard ya lo ocupa; tampoco el de secretaria. Dicen que buscarán algo intermedio, con el mismo salario. Aunque Jack se opone.

—Normal que lo haga. Además, Dak, ¿tú quieres volver a una empresa que te ha tratado como una porquería? En cuanto cometes un error, aprovecharán para despedirte. Te examinarán con lupa —le advierto.

—Eso mismo me ha dicho Jack.

—Es la verdad. Solo quieren que vuelvas para despedirte con una razón justificada y darte una indemnización menor, Dak. ¿No lo ves así?

Su cara de enfado lo dice todo.

—Tú solo quieres que vaya a Aspen o a Leadville.

—Me encantaría que me acompañaras, Dakota. Pero, aunque no sea así, no estás sola. Ahora mismo estoy velando por tus intereses igual que tu abogado.

—Si tú lo dices —comenta enfadada—. Me voy, tengo que estar en la oficina en media hora.

—¿No quieres que te acompañe? —pregunto sorprendido.

—¿Y qué vas a hacer allí? Lo único que puedes hacer es empeorar las cosas, Mav.

—Te acompaño y te espero abajo. Además, sé comportarme como un caballero, aunque no lo creas —respondo irritado.

—¡De acuerdo! Pero no se te ocurra subir, por favor —concluye algo más calmada.

Paramos un taxi y subimos en completo silencio. Incluso creo que el taxista pone música para romper el incómodo ambiente que se percibe en el vehículo.

Al llegar, Dakota paga la carrera y se baja rápidamente. Yo, en cambio, no tengo tanta prisa. En la puerta del edificio, la detengo suavemente agarrándola del brazo.

—Nos vemos en breve, y, por favor, templanza, Dakota. Deja que Jack tome las decisiones. Al fin y al cabo, es abogado y sabe de estas cosas —le digo, dándole un suave beso en los labios.

—De acuerdo —asiente no muy convencida.

Mientras la veo entrar y perderse entre la multitud que deambula por el lobby del edificio, no dejo de pensar en lo terca que puede llegar a ser.

Saco el móvil y decido empezar a investigar. Aunque no suelo llevarme bien con la tecnología —más bien, estamos bastante reñidos—, no quiero irme a ningún lado; prefiero esperar frente al edificio por si la reunión termina antes de lo previsto.

Dakota ha metido mi tarjeta —un duplicado que tuvimos que solicitar— en el nuevo teléfono. He tenido que introducir un número PIN —ni siquiera sabía que tenía uno—. Fue una escena bochornosa cuando salimos de la tienda, justo en el momento en que su abogado la llamó y no pudimos continuar.

Solo sé que tengo la agenda en alguna parte y muchos iconos que ni siquiera sé para qué sirven. Pero bueno, todo es cuestión de ir tocando y, en algún momento, sabré su función.

Me siento en un banco a esperar y un chaval de no más de diez años —que no sé por qué no está en la escuela— se sienta a mi lado y me pregunta:

—Buenos días, ¿tiene algún problema con su teléfono móvil? Puedo ayudarle si lo desea.

Me quedo perplejo. Pero estoy seguro de que este niño sabe mucho más que yo.

—Buenos días, no es necesario. Gracias. ¿Y tú qué haces aquí y no estás en la escuela?

—Estoy enfermo, mi madre me llevó al médico y ahora estoy esperando a que venga la niñera para llevarme a casa. Mi madre ha tenido que acudir a una reunión importante; me ha dicho que no me mueva de aquí.

Lo miro alucinado. Su madre es una irresponsable.

—¿Y cuántos años tienes?

—Once.

Lo que yo decía.

—¿Y no te ha dicho tu madre que no se debe hablar con desconocidos?

—Sí, pero usted me parece buena persona. No creo que vaya a raptarme o algo por el estilo. Ni siquiera sabe cómo usar un iPhone, así que dudo mucho que sepa disparar una pistola.

—Niño, te sorprenderías de lo que sé hacer con un arma. Quizás no sepa cómo funciona este cacharro, pero con un rifle soy un as. Trabajo en una granja; soy de Leadville.

—¿En serio sabe disparar un rifle? ¡Guau! Me encantaría saber disparar. Juego a videojuegos todos los días, pero no es lo mismo.

¡Madre mía! Lo que yo decía: su madre es la típica que trabaja al día por lo menos catorce horas, le da a su hijo todos los caprichos, pero pasa olímpicamente de él. ¿Por qué tendrán hijos?

—Está bien... Hagamos una cosa. Como no soy una mala persona, en eso tienes razón, voy a presentarme. Soy Maverick Sanders y me quedaré aquí hasta que llegue tu niñera. Aunque quiero que, cuando veas a tu madre, le digas que has conocido a un hombre que te ha dado un consejo para ella.

—Claro, por supuesto. Mi nombre es Tom, Tom Smith.

—Tom Smith, dile a tu madre que trabaje menos y pase más tiempo contigo. De nada sirve tener dinero si descuida el poco tiempo que tiene contigo.

El niño se queda pensativo, imagino que analizando la frase que le he dicho.

—Gracias, se lo diré —concluye decidido.

—Y ahora, aquí tienes el teléfono; explícame algunas cosas básicas, ¿para que pueda defenderme?

—Por supuesto.

Y así, durante media hora, Tom me enseña cómo entrar en mi agenda, cómo usar internet y cómo buscar cosas interesantes. Las dichas redes sociales, algunas aplicaciones, que a mi parecer no son muy vistosas, pero él me dice que están de moda, aplicaciones de comida, compras, etc.

Cuando se va, no soy un experto en la materia, pero al menos puedo defenderme con el dichoso teléfono.

Capítulo 38

Veo a Dakota salir disparada del edificio, seguida de cerca por Jack, y no parece estar de muy buen humor.

—¡Espera, Dakota! ¡Es un trato excelente! —expone Jack.

—¡Iremos a juicio! —le responde con determinación.

—Como quieras, pero te aseguro que la oferta es más que generosa. Haz cuentas, además, te dan una carta de recomendación.

—¡Ja! Me río de la carta de recomendación. No quería perder mi trabajo.

—Vamos, Dakota —trata Jack de calmarla mientras me acerco, tratando de descifrar por qué está tan enfadada—. Es lo mejor. No puedes volver a trabajar con ellos. A la larga te despedirán.

—Estoy de acuerdo con Jack —intervengo yo—. Desconozco la cantidad que te han ofrecido, pero acepta y sigue adelante. En estos casos, es lo más sensato.

—¿Ves? Hasta tu novio te lo dice. Por cierto, soy Jack. Siento conocerte en estas circunstancias.

—Yo soy Maverick, un placer conocerte y gracias por ayudar a Dakota. —Jack y yo nos estrechamos las manos rápidamente.

—Bueno, ella piensa que no la he ayudado, sino todo lo contrario —sentencia Jack malhumorado.

—Al final, entrará en razón —le digo.

—¡Por si no os habéis dado cuenta, estoy aquí! —suelta ella enfadada.

—Claro, piénsalo, háblalo con Maverick, tenemos cinco días para darles una respuesta, ¿de acuerdo? Ahora me marchó, tengo un juicio en una hora. Un verdadero placer —me dice Jack.

—Lo mismo digo.

Volvemos a estrechar la mano, y Dakota se despide con un gesto enfadado, ni siquiera le da dos besos, y eso parece contrariarlo un poco. Yo la abrazo y la guío hacia la acera.

—¿Tan mal ha ido?

—Sé que tenéis razón, pero en el fondo no quiero quedarme sin el puesto. Porque estoy segura de que esos desgraciados —dice enfadada y la miro perplejo por sus palabras— van a hacer todo lo posible para que no encuentre trabajo aquí en Nueva York, por mucha carta de recomendación que digan que van a darme.

—Entonces es el momento de explorar nuevos horizontes, quizás mudarte a Aspen no sea mala idea, Dak.

—Pero yo adoro Nueva York, me encanta esta ciudad —comenta con pesar.

—Lo sé. Aunque tampoco pasabas demasiado tiempo en ella, tú misma me lo has dicho. Por eso, toma el dinero que te ofrecen, ni siquiera me has dicho cuánto es, e inviértelo en tu propio negocio en Aspen, por ejemplo.

Me mira negando con la cabeza.

—No tienes remedio —expone sonriente—. Lo voy a pensar.

—Me parece bien, y yo te voy a mostrar lo que he estado aprendiendo mientras estabas en esa reunión.

De camino a su apartamento en un taxi, le enseño todo lo que el niño me ha explicado, y

ella me mira sorprendida.

—¿En serio? Mav..., eres más listo de lo que pensaba. ¿Lo has hecho tú solito?

Estoy tentado de llevarme todo el mérito, pero no sería justo. No soy ningún mentiroso.

—La verdad es que no. Mientras te esperaba, se sentó a mi lado un niño de once años y me ayudó.

—¡Ja! Ya sabía yo..., ¡madre mía! ¡Once años! ¿Y te ha explicado todo eso?

—Sí, pero bueno, al menos ya sé manejarme un poco. He estado practicando.

—Al menos aprendes rápido, eso me gusta. Ahora vamos a enseñarte las redes sociales, las videollamadas y algunas cosas más.

—Con una condición —le pido.

—Dime. —Me mira y sonrío.

—Que consideres mi propuesta —comento intentando convencerla.

—Lo haré, pero no te prometo nada.

—Con eso me conformo.

\\

Nos hemos pasado el resto de la mañana trasteando el dichoso móvil, incluso hemos pedimos comida para no tener que salir. Ha sido bastante instructivo, aunque tengo la cabeza que me va a estallar con tanta información.

Le he mandado un wasap a mi sobrina, incluyendo algunas fotos nuestras que me ha pasado Dak, y está alucinando. Como aún no me hablo con mi hermana, no le he enviado nada. Me gustaría hacerlo, pero es tan terca que no seré yo quien dé mi brazo a torcer con el tema de su hija.

Al llegar la tarde, decidimos salir a pasear. Necesito despejarme de tanta tecnología y tengo que admitir que Nueva York al atardecer tiene un toque diferente. Sí, sigue habiendo mucho bullicio, pero los neoyorquinos parecen tomarse la vida de otra manera al final de sus jornadas laborales, debe ser que se calman un poco.

No obstante, es imposible que yo me adapte a vivir aquí.

—¿Sigues pensando en la propuesta? —le pregunto mientras paseamos. Está demasiado callada.

—Es complicado, Mav. Pasear por estas calles cuando sales de trabajar a veces me da la vida. Es cierto que, como te dije, hay temporadas que me paso un mes o más sin pisar la ciudad, sin embargo, no sé qué me pasa, que no sé si podría marcharme de aquí definitivamente.

—Puedes probar durante un tiempo... y, si no es lo tuyo, vuelves. No tienes por qué dejar tu piso. La indemnización que te ofrecen es bastante elevada. Creo que te daría para mantener la hipoteca y empezar de nuevo en Aspen.

—La verdad es que me asustan los cambios, no te lo voy a negar. Soy una persona muy meticulosa, con una vida muy milimetrada. Está claro que decidí tomarme esas vacaciones porque realmente no podía más y ahora no sé si fue la peor decisión que he tomado en mi vida.

—¿Y tu salud? —le pregunto enfadado—. Ya escuchaste al doctor. Tu corazón...

—Seguro que no es para tanto.

—Tu corazón no aguantará un ritmo de vida tan frenético. Además, si no hubieras cogido esas vacaciones, nunca nos habiéramos conocido. ¿También te arrepientes de eso? —cuestiono molesto.

—No, pero...

—Creo que será mejor que dejemos el tema por ahora y que regrese a mi casa. Tú tienes

que tomar una decisión importante, y yo también debo ocuparme de mis asuntos en la granja, porque siguen ahí. Aunque parece que solo tú tienes problemas, yo también tengo los míos y lo he dejado todo para estar contigo estos días, simplemente porque te echaba de menos.

—Yo no te lo he pedido.

—Por supuesto que no, Dak, pero eso dice mucho de lo que yo siento por ti, de lo que estoy sacrificando.

Ella se queda en silencio, y continuamos paseando hasta que, sin darnos cuenta, estamos de vuelta en su apartamento.

Tenemos sobras de la comida, aunque apenas tengo hambre, así que solo juego con la comida y después me retiro a la cama, excusándome de cansancio.

—Que duermas bien, Dak.

—Lo mismo digo —me da un beso en los labios y ella se queda en el salón.

Me habría gustado que me acompañase, hablar un poco, pero, por el contrario, después de dar muchas vueltas al tema, me quedo dormido con una conclusión: mañana mismo regreso a Leadville.

Capítulo 39

Me despierto temprano, siempre he sido bastante madrugador. Gracias a que Dakota me enseñó a usar internet ayer, he confirmado mi vuelo de regreso, programado para esta tarde.

Cuando ella finalmente se levanta, ya estoy activo. Voy por mi segundo café de la mañana y solo son las diez. No la he esperado en su dormitorio, ya que la situación de ayer me tiene molesto. Ni siquiera la sentí llegar a la cama y eso que terminé durmiéndome pasada la medianoche. Ella no suele despertarse tan tarde, aunque entiendo que lo de ayer la desveló.

—¡Buenos días, madrugador! —me saluda con un suave beso en los labios.

—Buenos días —le respondo de manera seca—. Necesitaba confirmar mi vuelo de regreso. Ya está confirmado para esta tarde a las cuatro. Como apenas llevo equipaje, no necesito mucho tiempo en el aeropuerto. Si no te apetece acompañarme, lo entenderé.

—Mav, por favor, no digas tonterías. Además, podrías quedarte unos días más, al menos hasta que tome una decisión sobre qué hacer con el trabajo.

—Tengo un negocio que atender, ¿recuerdas?

—Está bien, entiendo que estés molesto.

—No estoy molesto, tengo responsabilidades. También tengo que tomar decisiones sobre si reabrir el hotel o no. Tengo que hablar de nuevo con mi hermana. Recuerda que mi vida está en Leadville, no en Nueva York, y mucha gente depende de mí —respondo con ironía.

Se instala un silencio incómodo entre nosotros mientras ella se toma el café que le he preparado. Puede que haya sido un poco duro, pero siento que está siendo demasiado egoísta. No quiere dejar Nueva York, pero no comprende que yo no puedo abandonar mi vida. Tengo empleados, tengo un rancho y, aunque no va bien, hay muchas personas que dependen de él.

—¿Quieres hacer algo por la mañana? —cambia de tema.

—No, la verdad es que prefiero descansar. El viaje es largo y no dormí nada cuando vine. Prefiero estar descansado por si me sucede lo mismo.

—Claro, entonces me daré una ducha y saldré a hacer algunas compras, ¿te parece?

—Por supuesto —respondo despreocupado.

No le estoy dando mucha importancia porque sé que esto marca el final de nuestra historia, y creo que cuanto antes lo asimile, mejor. Cuando me vaya de aquí, no la volveré a buscar, ni la llamaré ni nada por el estilo. Ella ya ha decidido que no se sacrificará, y creo que le he dejado claro que ya he hecho bastante teniendo un negocio en crisis.

En cuanto se va, trago mi orgullo y llamo a mi hermana. Sé que ella no volverá al hotel, pero necesito que me ayude a ponerlo de nuevo en marcha.

—Vaya, vaya, el hermano pródigo —me dice con sarcasmo.

—Hola, Diane, yo también me alegro de hablar contigo —le respondo intentando ser cortés.

—Parece que te lo estás pasando muy bien en Nueva York, ¿piensas volver?

—Por supuesto, hoy tomo el vuelo a las cuatro, por eso te llamo. Me gustaría hablar contigo sobre negocios.

—¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios? —pregunta, contrariada.

—He pensado en reabrir el hotel.

—No voy a volver, Mav —responde tajante.

—Lo sé, no te he llamado por eso, simplemente para que me ayudes a buscar a alguien

competente. Tú mejor que nadie sabes cómo es el oficio.

Se produce un silencio en el otro extremo de la línea que parece eterno, mientras yo aprieto el nudo en la garganta, esperando que diga que sí.

—Está bien. ¿A qué hora llegas a Aspen?

—Llegaré tarde, a las doce y cuarto de la noche. Tranquila, me quedaré en un hotel cerca del aeropuerto y nos veremos si quieres por la mañana.

—¿En un hotel, Mav? ¿En serio? Acércate a casa —lo piensa mejor porque sabe que no soporto a su marido y rectifica de inmediato—: o alójate en el complejo. Te reservo una habitación. Me acercaré por allí.

—¿A esas horas, Diane? Mañana hablamos. Con lo de la habitación, me doy más que satisfecho.

—Tranquilo, me vendrá bien una charla contigo. Te he echado de menos.

—Está bien, como quieras, hermanita —le digo con cariño—. Yo también te he echado de menos.

—Luego nos vemos, ten buen viaje, te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono, y aunque he sido yo quien ha dado el brazo a torcer, no me arrepiento en absoluto. Por alguna razón extraña, siento que mi hermana necesita contarme algo importante y no se atrevía a llamarme. ¿Tendrá que ver con Tessa o con el asqueroso de su marido? Sea como sea, me alegra haberla llamado y que me cuente lo que le preocupa, aunque ahora estoy inquieto.

Miro el reloj y veo que son las doce y media. Dudo si llamar a Dakota antes de irme o simplemente marcharme, pero en breve tengo que salir hacia al aeropuerto. Decidido, cojo mi pequeña maleta y me dispongo a salir. Sin embargo, justo cuando estoy a punto de girar el pomo de la puerta, escucho el sonido de las llaves. Dejo la maleta en el suelo y espero a que abra.

—¿Te ibas a marchar sin despedirte? —me pregunta en cuanto ve la maleta.

—La verdad, sí. Estabas tardando tanto que no sabía si ibas a volver —me sincero.

—He comprado algunas cosas para Tessa y también para Diane. Bueno, y para ti —me dice, entregándome unas bolsas—. Te dejaré una maleta para que puedas guardarlo todo y nos vamos al aeropuerto, puede que sí tengas que facturar. Comeremos allí.

—Pero...

—Tranquilo, yo pagaré la diferencia de la facturación —comenta sonriente.

—Dakota, no es necesario.

—Por supuesto, quiero que te lleves unos recuerdos de Nueva York, por si no decides volver —concluye con la voz apagada.

—Yo..., creo que esto no va a funcionar, Dak. Tú tienes tu vida aquí y yo tengo mi rancho. Ambos queremos cosas diferentes y, aunque tengo claro lo que siento por ti, también tengo obligaciones. No puedo ignorarlas.

—Lo sé, Mav. Yo..., solo dame tiempo para aclarar mis ideas, ¿vale?

—De acuerdo.

Ella entra en la habitación, saca una maleta y mete todas las bolsas en ella. En silencio, cogemos un taxi y nos dirigimos al aeropuerto. Le daré el tiempo que me ha pedido, pero sé que, en el fondo, es inútil. Ella tiene muy claras sus prioridades, y sé que yo no encajo en ellas.

Capítulo 40

Las despedidas nunca han sido mi fuerte. Cuando se fue de Leadville, estuve confuso todo el día, pero tenía la esperanza de volver a verla. Ahora siento que es un adiós definitivo y que no nos volveremos a encontrar.

Después de comer algo rápido y de facturar las maletas, que ella insiste en pagar, estoy en la puerta de embarque listo para pasar el control. Entonces ella agarra mi mano y tira de mí.

—Por favor, dame un poco de tiempo, Mav... Y llámame cuando llegues.

—De acuerdo —le respondo no muy convencido.

Nos damos un beso de despedida cargado de demasiados sentimientos, y yo me alejo rápidamente de ella. Hay tantas cosas que le diría y que no quiero, volveríamos a enfrascarnos en una discusión inútil que prefiero evitar.

Después de pasar el control, me despido con la mano y me dirijo a la zona del *duty free* para tomar un café mientras anuncian la puerta de embarque de mi vuelo.

\\

Ya en el avión, intento recostarme y dormir un poco, pero es imposible. No dejo de pensar en Dakota, en que es la segunda mujer de la que me enamoro y pierdo.

«A la tercera va la vencida, no desesperes», me dice mi conciencia.

No sé si tiene razón o no, pero lo único que tengo claro es que estoy cansado de las decepciones con las mujeres y que no voy a caer en las redes de ninguna más. Una guapa azafata me hace ojitos y pregunta si deseo tomar algo. No sé si soy yo o si la malévola de mi conciencia me está diciendo que ahí está la tercera. Sin embargo, no le hago caso y niego con la cabeza sin decir ni una palabra.

El viaje se me hace eterno, ya que no he podido pegar ojo. Cuando finalmente aterrizamos, estoy agotado, enfadado y estresado.

Me sorprende gratamente encontrarme con Diane tras recoger las maletas. Pensé que me esperaba en el complejo hotelero donde trabaja, pero no, ha venido a recogerme al aeropuerto, y eso calma todo mi mal humor.

—¿Qué haces aquí, hermanita?

—Bueno, pensé que llegarías cansado y, como no te gusta conducir, he venido a buscarte.

—Gracias —le digo, dándole un abrazo.

La verdad es que tiene toda la razón; no tengo ganas de llamar a nadie para que venga a buscarme a estas horas.

Nos montamos en su coche y llega la hora del interrogatorio. No sé muy bien por dónde empezar, pero creo que debo ser yo quien inicie la conversación.

—Diane, ¿tienes algún problema? Esta mañana me dio la impresión...

Ella me corta rápidamente.

—Oye, perdona, hermanito, me has llamado tú para hablar del hotel.

—Lo sé, aunque te he visto con ganas de charlar, pensé que me pondrías más pegas.

—Siempre estoy dispuesta a ayudar a mi único hermano.

—¿En serio, Diane? —pregunto, sabiendo que a veces mi hermana es tan rencorosa como yo—. Si tienes algún problema, puedes contármelo. Yo también estoy dispuesto a ayudarte en lo

que necesites.

—Lo sé. —Respira profundamente y durante unos segundos se hace el silencio, después. Luego, desviando un poco la vista de la carretera, me mira y dice—: Es Tessa, Dakota y tú teníais razón, Mav. La he estado observando y creo que tiene anorexia, pero, por más que he intentado llevarla al psicólogo, por más que lo intento, no quiere ayuda. Y su padre tampoco me apoya, me dice que eso se le pasará. No sé qué hacer... He leído tanto, y después de lo que le pasó a Dakota, tengo tanto miedo —solloza.

—Tranquila, mañana hablaremos con ella. Además, en cuanto llegue al hotel, llamaré a Dak. Quizás así la convenza para que se venga a Aspen. Su abogado está intentando llegar a un acuerdo de despido, pero ella es tan cabezota que no quiere aceptarlo, quiere que la readmitan.

—¡Qué mujer tan terca! ¿No se da cuenta de que así lo único que conseguirá es que le hagan la vida imposible?

—Los dos se lo hemos dicho, pero no entra en razón. Espero que ayudar a Tessa sea un buen motivo. Sé que es una causa que le afecta mucho. De hecho, me comentó que siempre ha querido formar un grupo de apoyo para niños con este problema, pero por falta de tiempo...

—Sería una buena iniciativa —dice Diane—, además, mataríamos dos pájaros de un tiro: ayudar a Tessa y que se viniera a Aspen. Los dos saldríamos ganando. Y ahora háblame de lo del hotel, me alegra saber que quieres reabrirlo.

—Sí, la verdad es que Dakota me dio la idea, me regaló este móvil y me dijo que, si incentivamos las redes sociales y llevando un buen marketing, se podría explotar más el negocio. Solo necesito una buena persona que sepa llevarlo. Sé que tú no vas a hacerlo.

—Pues ahí la tienes, a ella.

—No sé si estará dispuesta.

—¿Se lo has ofrecido?

—No, la verdad es que no lo había pensado.

—Pues no sé a qué estás esperando —me dice mi hermana sonriendo.

—A que lleguemos al hotel y me dé una ducha.

—Es tarde, Mav, no seas capullo. Además, quiero saludarla.

—¡De acuerdo!

Cojo el teléfono y la llamo. Tarda un rato en descolgar y, cuando lo hace, su voz suena adormilada.

—Hola, ¿ya has llegado? —me pregunta.

—Sí, estoy con Diane, ha venido a recogerme al aeropuerto.

—¿En serio? ¡Qué alegría que os hayáis reconciliado! ¡Dale recuerdos!

Charlamos un rato más y le cuento por encima lo que he hablado con Diane. Como parece cansada, quedamos en charlar por la mañana, pero noto que esta vez está más convencida.

Parte V



Capítulo 41

Pensaba que Maverick no me llamaría y, tras pasar la hora de llegada sin recibir noticia alguna, decido irme a dormir. Mi sorpresa es mayúscula cuando, ya en la cama, en medio de un estado de duermevela, mi teléfono suena.

Charlamos un rato y me explica que está con su hermana, que han hecho las paces y que mañana hablaremos más detenidamente, pero sobre todo que por fin Diane se ha dado cuenta de que su hija Tessa tiene problemas y nos necesita.

Me paso casi toda la noche pensando que Nueva York me gusta mucho, pero que, después de lo que ha pasado, quizás no sea la mejor opción. Creo que esto es una señal para tomar la decisión adecuada.

Por lo que, cuando llegan las ocho, sin apenas haber pegado ojo, cojo el teléfono y llamo a Jack. Creo que es el momento de llegar a ese acuerdo.

—Hola, Dakota, ¿qué tal? —me pregunta.

—Hola, Jack, cierra el acuerdo. Me voy a Aspen, tengo unos asuntos que tratar y ayudar a una amiga con su hija, que tiene un gran problema.

—Vaya, ¿así que ese novio tuyo te ha hecho cambiar de opinión? Me alegro mucho, pásamelo para darle la enhorabuena.

—Se marchó ayer, pero tranquilo, voy a tomar un avión en breve y se lo diré de tu parte.

En cuanto cuelgo, empiezo a mirar los vuelos, aunque no he hablado aún Maverick, ayer quedamos en hacerlo durante el día. Sin embargo, no le diré que voy a ir, quiero darle una sorpresa. Mientras estoy consultando los vuelos, mi teléfono suena. Es él.

—Buenos días, guapo —le digo—, estaba pensando en ti.

—Buenos días. Vaya, vaya, ¿cosas guarras?

—No, simplemente estaba decidiendo qué hacer. Al menos he dado el primer paso..., le he dicho a Jack que acepte el acuerdo.

—¿En serio? ¡Eso son muy buenas noticias, Dak! ¿Vas a venir?

—Bueno..., no nos precipitemos, aún tengo muchas cosas que hacer aquí, Mav —le miento, ya que acabo de reservar el vuelo para esta misma tarde mientras charlo con él—. Pero tranquilo, hablaré con Tessa si quieres en cuanto me digas... Puedo llamarla si os parece..., ¿a la una? —pienso, tengo tiempo antes de tomar el avión.

—Estaría bien, hoy tiene consulta médica y la vamos a recoger a las diez. Diane ha decidido que después vayamos los tres a comer juntos.

—Pues entonces puedo llamarla incluso a las doce.

—A la una estará bien, ¿o tienes algo que hacer?

—No, claro que no —le miento.

Es una mentira piadosa, pero quiero darles una sorpresa, no quiero que se note

—Entonces, a la una estará bien, me alegro mucho de que hayas dado ese gran paso. Además, quería ofrecerte que me ayudaras con el hotel, Dak.

—Bueno, paso a paso. Primero ayudamos a Tessa y después me pienso lo de ayudarte a ti, creo que el problema de tu sobrina es lo más urgente, ¿no crees?

Ayer me lo planteó y no me parece una idea tan descabellada. Soy directora de Marketing, así que lo mismo puedo encargarme de promocionar cosméticos que gestionar un hotel. Al fin y

al cabo, se trata de saber vender bien el producto.

No obstante, me gustaría crear mi propia empresa en Aspen, aunque todavía no lo tengo muy claro. Lo que sí sé es que no quiero depender de Maverick y que quiero ser mi propia jefa.

—Está bien, tienes toda la razón, pasito a pasito —me dice—. Muchas gracias por ayudar a mi sobrina, te lo agradezco.

—¡Me llaman, Mav! ¡Es Jack! Luego hablamos, un beso.

—Un beso, te quiero, luego hablamos —me dice por primera vez, dejándome un poco sorprendida.

Le cuelgo el teléfono sin darle una respuesta a ese «te quiero», me ha pillado por sorpresa. Verdaderamente yo también siento algo muy fuerte por él, aunque no sé si es amor.

«Lo es, idiota», me dice mi conciencia.

Contesto a Jack, me dice que ya está todo arreglado y que solo debo pasar a firmar los papeles del despido para que se haga efectivo el cheque con el finiquito.

Quedo con él en una hora y mientras tanto preparo mi maleta. Sé que en un futuro tendré que regresar a Nueva York, pero, por el momento, me mudo por una larga temporada. No sé cuánto tiempo será, pero ahora sí que empiezo a creer que Aspen o Leadville puedan ser ese lugar que probablemente se convierta definitivamente en mi hogar.

\\

Cojo un taxi y le pido que me lleve a mi antigua empresa —y digo antigua porque estoy a una firma para que deje de serlo—.

Jack me espera abajo, me acompaña y saludo a la recepcionista, que me regala una bonita sonrisa. Probablemente sea la última, aunque nunca se sabe, la vida da muchas vueltas.

Mi jefe por unos minutos nos saluda con fingida cordialidad, estrecha la mano de Jack y yo declino ese gesto. ¿De qué sirve ahora?

Sus abogados nos entregan los papeles y Jack revisa de nuevo toda la documentación por si falta algo. Me hace un gesto afirmativo, estampo mi firma donde él me indica y el abogado de la empresa le entrega un cheque por una gran suma de dinero —para qué voy a negarlo—. ¿Realmente esto es lo que vale dos años de dedicación exclusiva a la empresa? Yo creo que no, sin embargo, ya está hecho y soy libre. Ahora me espera un nuevo proyecto, un nuevo futuro y un nuevo hogar. Solo el destino me dirá si será el verdadero.

Capítulo 42

Me despido de Jack agradeciéndole todo lo que ha hecho por mí y prometiéndole que, cuando regrese a Nueva York, quedará con él para tomar algo, la verdad es que es un buen amigo.

Tomo un taxi, paso por mi casa para recoger las maletas y me dirijo al aeropuerto. De camino, llamo a Maverick. Supuestamente ya está con Tessa, es la una menos cinco, pero prefiero ir con tiempo y poder charlar un ratito para después no ir pillada.

—Hola, Dak, ¿cómo fue con Jack?

—Hola, Mav, bien, ya está todo firmado. ¡Ya soy libre! —le digo con retintín.

—Me alegro. Te paso a Tessa —me dice, ya que esta llamada es para intentar hablar con ella.

—Hola, guapa, ¿cómo vas?

—Hola, Dak, voy bien, todos se empeñan en que estoy enferma, pero estoy bien... —comenta malhumorada.

—Sabes..., ya te conté que yo era igual que tú, siempre decía lo mismo, pero en el fondo, tú y yo sabemos que no es cierto. ¿Por qué no quieres admitir que tienes un problema y que de verdad necesitas ayuda? Nadie va a juzgarte, nadie va a criticarte y nadie te reprochará por qué lo has hecho o por qué has tardado tanto en hablar con nosotros. Hay personas que tardan más y otras que tardan menos en pedir ayuda, pero cuanto más tiempo tardan, más daño se hacen a sí mismas, Tessa. Te lo digo por propia experiencia, y lo sabes perfectamente.

—Estoy bien, ¡joder! —suelta, enfadada.

—Si no lo haces por mí, hazlo por tu madre y por tu tío, ellos te quieren con locura y les estás haciendo mucho daño. En el fondo, a mí apenas me conoces y, aunque yo sé por lo que estás pasando mejor que ellos, no sabes lo que puedes hacer que sufran. Créeme...

Por un momento, un silencio se apodera de la llamada, y de repente escucho cómo se pone a llorar y es entonces cuando dice con la voz quebrada:

—No sé cómo parar...

—Tranquila, yo te ayudaré, todos te ayudaremos... No estás sola —le digo yo también bastante emocionada.

—Gracias —concluye.

—Dak, ¿estás ahí? —pregunta Maverick.

—Claro —le respondo aún un poco trastocada por lo sucedido.

—No sé qué le has dicho, pero se ha retirado de nosotros mientras hablaba contigo. Creo que ha funcionado —me indica él también con una mezcla de emociones.

—Sí, creo que sí. Solo he sido sincera. Nadie mejor que alguien que ha pasado por lo mismo puede entenderla.

—Me lo imagino, ¿te encuentras bien?

—Un poco emocionada, esto me toca de pleno el corazón.

—¿Quieres que hablemos más tarde?

—Será lo mejor. Voy a descansar. Yo te llamo, ¿de acuerdo? —le digo.

—Vale, sí, descansa, te quiero.

—Y yo —le respondo, aunque no sé siquiera cómo me han salido las palabras.

Ambos colgamos y justo llego al aeropuerto. Ahora además tengo la coartada perfecta para

no estar disponible durante diez horas. Simplemente mi excusa es que estaba descansando, ¿no?

Es cierto que, cuando llegue a Aspen, tendré que llamarlo. No sé si seguirá allí o si habrá regresado a Leadville, pero al menos tengo un tiempo para pensar y descansar.

\\

El vuelo se me hace eterno. Había pensado que podría dormir un rato, sin embargo, contra todo pronóstico no pego ojo y, cuando por fin aterrizamos, estoy todavía más agotada.

Enciendo el teléfono móvil y tengo un par de llamadas de Maverick. Me lo imaginaba. También tengo un mensaje. Lo escucho y, en cuanto recojo el equipaje, decido llamarlo.

—Hola, Mav, disculpa, apagué el teléfono para poder descansar.

—Hola, Dak, me tenías preocupado.

—Lo siento —le digo con sinceridad—. ¿Sigues en Aspen con Diane?

—Sí, bueno, estoy en el hotel, ¿por?

—¿Te importaría venir a recogerme al aeropuerto? He tenido un vuelo horrible.

—¿Qué?! ¿Estás aquí?!

—Sí, no podía esperar más días sin verte, así es que esta mañana he reservado el vuelo y, aunque solo quedaba en clase *business*, no me ha importado pagarlo con tal de estar contigo y poder ayudaros a ti y a Diane con Tessa.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —me pregunta, y yo sonrío—. Estoy ahí en diez minutos, no te muevas.

—Sí que me lo has dicho y, aunque me tienes que dar tiempo, porque yo soy menos expresiva que tú para estas cosas, sabes que el sentimiento es mutuo.

—Tranquila... Sé que te tengo en el bote desde que me conociste —me dice con chulería.

—¡Oye, vaquero!, no te me pongas chulito, a ver si me vuelvo a Nueva York —le suelto.

—¡Ja! No hay vuelos hasta dentro de dos días, guapita —responde y me cuelga.

Miro el teléfono y me quedo como una idiota. ¿En serio me ha colgado? No me lo puedo creer. Cuando estoy a punto de volver a llamarlo, alguien me coge de la cintura. Me vuelvo y... ¿Cómo es posible? No ha tardado ni cinco minutos.

—¿No decías que diez minutos? —cuestiono.

—Ya, pero he corrido mucho, además era para entretenerte.

Me besa con pasión, pero hago que se retire con rapidez.

—¡Oye! ¡Que me has colgado el teléfono! No puedes besarme, estás castigado sin besos.

—¿En serio? —dice, atrapando de nuevo mis labios.

No puedo negarme, lo he echado de menos.

—En el fondo, me deseas más que yo a ti.

—No seas engreído o te vas a llevar una sorpresa, Maverick Sanders.

Recoge mi equipaje y nos dirigimos al coche para trasladarnos al hotel donde trabaja su hermana. Realmente es muy lujoso. No me extraña que Diane decidiera mudarse y trabajar allí. No hay color.

Capítulo 43

Han pasado cuatro de meses desde que me mudé a Leadville y realmente ha sido muy duro sobrellevar el problema de Tessa, incluso más que cuando yo lo tuve. Eso me ha hecho acudir al médico y pensar más en mí y en mi problema cardíaco. Mi médico ha decidido ponerme en la lista de donantes, ya que mi corazón funciona solo al cuarenta por ciento. Actualmente puedo llevar una vida normal si me cuido y evito el estrés, pero no sé si llegará el día en que mi corazón falle, y prefiero estar preparada si eso llegara a suceder.

También he decidido, junto con Diane, crear esa asociación para ayudar a todas las personas que tengan problemas de anorexia, bulimia y otros trastornos alimentarios. Nos hemos quedado sorprendidas por la cantidad de padres que han acudido pidiendo ayuda.

Tessa, que poco a poco va recuperando las ganas por la comida, y yo hemos charlado con otras chicas que están pasando por lo mismo, y realmente las ayuda y motiva a querer curarse. Creo que verse en la misma situación y comprobar que se puede salir les da el apoyo que necesitan. Sé que es duro admitir que tienes un problema, es como el alcohólico, el drogadicto o cualquier otra adicción. Las adicciones son malas y pueden llegar a matarte. Y lo mismo sucede con los trastornos de la conducta alimentaria.

\\

En cuanto al hotel, hace unas pocas semanas lo pusimos en marcha, aunque aún no lo hemos reabierto oficialmente. Ha costado mucho esfuerzo y trabajo. Lo primero fue saldar las deudas. Inicialmente, Mav se opuso a que yo me hiciera cargo de ellas, pero al final, junto con Diane, que también ayudó, ambas lo convencimos para fundar una sociedad los tres; nosotras aportamos el capital, y él, el hotel y los terrenos, por lo que es también socio mayoritario. Es bastante cabezota, sin embargo, entró en razón y parece que todo marcha bien.

Diane también tomó una decisión importante en su vida. Con todo lo acontecido con su hija y viendo que su marido no la apoyaba en nada, sino que se dedicaba a verse con otras mujeres, decidió separarse definitivamente de él. Para Mav, ese gran paso de su hermana fue como quitarse una gran losa de su espalda. Creo que llevaba mucho tiempo con ella encima. Sabía que su cuñado había estado liado con Sarah, la cual —dicho sea de paso— ya no trabaja en nuestro hotel. ¿Por qué? Es una persona que nunca me llamó bien desde que la conocí y, si soy socia y llevo el marketing de este negocio, debo velar por el bien de la empresa.

Vale, quizás mi decisión esté influida por el resentimiento hacia esa mujer y su pasado, pero qué queréis que os diga, no podía verla rondando por aquí y, mucho menos, encima de mi novio. Así que le pagamos la indemnización y, como diría mi difunta abuela, adiós y a volar con viento fresco.

Verdaderamente, vivo más tranquila sabiendo que hay una furcia menos merodeando por aquí.

Diane también dejó su trabajo y ha regresado al hotel, así que ahora todos vivimos en Leadville. Debo reconocer que Tessa está mucho más feliz con el regreso a su antiguo instituto.

—Nunca debí mudarme —me dijo Diane una tarde mientras estábamos terminando de concretar la apertura del hotel—. Aquí Tessa siempre ha sido feliz. Yo la he hecho pasar por este calvario, todo es culpa mía —se lamentó al ver cómo su hija se divertía con Mav junto a los

establos.

—No es cierto, Diane. No te fustigues. Solo hiciste lo que creíste, lo mejor para tu familia. No sabías lo que iba a pasar. Si tuviéramos una bola mágica para adivinar el futuro, nunca nos equivocaríamos, y a veces es necesario para aprender de nuestros errores, ¿no crees?

—Lo sé, pero no a base de dañar a los demás, sobre todo a nuestros hijos.

—Diane, ser madre es un trabajo muy duro y tú no has tenido ayuda —la consuelo.

—En eso te doy la razón, su padre nunca ha sido un apoyo, sino todo lo contrario. ¡Maldito cabrón! —exclama, enfadada.

Nunca la había escuchado decir una palabrota, pero es que se ha portado fatal con ella y con su hija. Ahora es un cuarentón viviendo la vida mientras ella se desvive por su hija, intentando que mejore, y por su trabajo. Él ha pedido una excedencia en la empresa y se ha marchado de viaje con su nueva novia. ¡Increíble!

—Piensa en el karma, ¿sabes qué? Steven se cayó en un desfile y se partió los dos brazos y una pierna. Ahora mi jefe ha tenido que contratar a una sustituta que no sabe hacer absolutamente nada y muchos de sus clientes se están yendo a la competencia. El karma llega, Diane, más pronto que tarde, quiero pensar.

—Si tú lo dices...

—Es lo que creo y pienso que todo sucede por alguna razón, tanto las cosas malas como las buenas. Las malas nos enseñan a aprender de ellas y las buenas, a que nuestra vida sea mejor, evidentemente.

Observo cómo mira a su hija y a Maverick y sonrío con ternura.

—Tienes toda la razón, nunca lo había pensado así, pero habrá que verlo de esa manera. Gracias, Dakota, por aparecer en nuestras vidas y hacerlas mejores, y también tengo que agradecer no haber quitado el anuncio en la página web, si no, nunca te hubiéramos conocido.

Las dos nos echamos a reír y, en ese momento, Mav y Tessa se acercan para ver qué nos hace tanta gracia.

Nos ponemos los cuatro a charlar y así pasamos el resto del día, ultimando detalles hasta la inauguración del hotel.

Capítulo 44

La gran apertura es todo un éxito, no me lo esperaba, pero es cierto que las redes sociales son muy importantes y evidentemente una buena campaña publicitaria lo es todo.

A Maverick también le ha sorprendido la gran acogida que está teniendo y que ya tengamos un lleno absoluto durante varios meses.

—¡Esto es increíble! —me dice, agarrándome en volandas y besándome—. ¡Tú eres increíble! No podríamos haberlo conseguido sin ti.

—¡Oye, ¿y yo qué?! —cuestiona Diane molesta.

—Tú también te mereces un abrazo —le dice después de soltarme.

Le da un achuchón de esos suyos que parecen romperte en dos, pues a veces no mide la fuerza, y yo sonrío. Tessa también se une y los cuatro irradiamos esa felicidad que pocas veces se tiene cuando de verdad las cosas salen de maravilla.

Aunque, según transcurre el día, aparece una visita que no esperábamos: el marido de Diane con su amiguita.

¡Pero qué poca vergüenza tiene para presentarse aquí en uno de los días más felices de nuestra vida!

Ella al verlo frunce el ceño y Mav aprieta con fuerza las manos, decidido —imagino— a darle un buen derechazo. Yo lo freno porque sé que, si no lo hago, toda la alegría y la fiesta se verán empañadas por ese momento.

—Mav, por favor, deja que hable Diane con él, pero si ella no es capaz de echarlo, prefiero ser yo quien se encargue de hacerlo. Es un día muy bonito para todos, no te ensucies las manos con esa escoria —le aconsejo.

Él lo piensa por unos segundos, me mira y asiente. Sé que no le hace mucha gracia tener que quedarse al margen, sin embargo, es consciente de que, si se lía a puñetazos, la reputación del hotel se verá empañada, y es nuestro primer día.

—Lo sé, Dak, pero me dan unas ganas de partirle la cara... ¿Qué demonios hace aquí?

—Ahora lo averiguaremos —le digo al ver que discute acaloradamente con Diane.

Decido acudir para que la situación no se haga más incómoda.

—Buenas noches, señor McDonald —le digo con educación, acercándome e interrumpiendo la conversación. Me mira con desdén—, si no le importa, esto es una fiesta privada y ni usted ni su acompañante han sido invitados. Les agradeceríamos que se marcharan y nos dejaran celebrar la reinauguración de nuestro hotel con tranquilidad. Cualquier cosa que quiera tratar con su esposa, le ruego lo haga en otro momento —concluyo.

—Exesposa —comenta con chulería.

Sorprendida, miro a Diane, pues no tenía noticias sobre que hubiera firmado el divorcio.

—Como usted diga. Como le decía, los invito amablemente a abandonar nuestras instalaciones. De lo contrario, me veré obligada a pedirle a alguno de nuestros empleados que los eche de una manera menos gentil.

—Ya me marchó de esta mierda de hotel. Y tú, firma de una vez esos papeles, ¡estúpida! —le dice a Diane.

Y toda mi sutileza se borra de un plumazo. Si hay una cosa que no soporto es que un hombre trate mal a una mujer.

—Caballero, el único estúpido aquí es usted, que no sabe el pedazo de mujer que deja escapar. Aunque está claro que ella es la que sale ganando, ya que se libra de un desecho de hombre, y tú —me dirijo a su acompañante—, más te valdría abandonarlo antes de que comience a tratarte como a Diane. Espabila y sé un poco lista, un hombre como él nunca cambia.

Robert tira del brazo de su acompañante con muy malos modales y ambos se marchan rápidamente al ver que he dado indicaciones a dos hombres de seguridad que hemos contratado. La mujer se queja, pero él suelta un improperio. Y yo sonrío maliciosa.

—¿Te encuentras bien, Diane?

—¡Nunca pensé que una mujer le daría un buen repaso a Robert! ¡Eres increíble, Dak!

—Odio a los hombres como tu ex.

—No es aún mi ex, porque no pienso firmar esos papeles hasta que no le saque todo lo que yo quiero.

—Pues si no tienes un abogado, tranquila, conozco a uno muy bueno. Mi amigo Jack, mañana mismo lo llamo y seguro que estará encantado de tomarse unas vacaciones pagadas —le digo.

—Me vendría muy bien.

Hace unas semanas regresé a Nueva York para recoger todas mis pertenencias personales y quedé con Jack. Estaba bastante estresado y, al comentarle la próxima apertura del hotel, bromeó con que tenía que invitarlo.

—Además, no te digo yo que no hicierais buena pareja —bromeo.

—¡Quita, quita! Dakota, no me lées que no quiero más hombres en mi vida. Con mi hermano me conformo.

Suelto una carcajada y en ese momento el mencionado aparece como si lo hubiéramos invocado.

—¿Todo bien? —pregunta.

—De maravilla, tienes una novia que le ha puesto las pilas a Robert. Estoy segura de que lo que le ha dicho le ha dolido más que si le hubieras dado un par de puñetazos.

—Me he quedado con ganas, hermanita, no te lo voy a negar.

—Lo sé, te conozco demasiado bien —responde Diane.

—Algún día se los daré, no te quepa duda.

Los tres sonreímos. Maverick es así, no tiene remedio, y aunque tiene un gran corazón, también es de hacer las cosas a la vieja usanza y arreglar los problemas con golpes, ¡qué le vamos a hacer! A veces no digo yo que la gente no se lo merezca, pero un buen diálogo y unas buenas palabras bien dichas duelen más, como ha dicho Diane, que un derechazo.

Capítulo 45

Jack apareció una semana después de mi llamada, tan servicial como siempre, y... ¡conectó con Diane en muchos sentidos! Mi instinto no se equivocó y además de encargarse de su divorcio, creo que también le está gestionando otras necesidades, aunque por el momento no lo puedo confirmar ni desmentir, ya que solo es una intuición de las mías.

Mi relación con Maverick va cada día mejor y Tessa, tras más de un año en terapia, está casi recuperada, y digo casi, porque evidentemente, cuando una persona pasa por este tipo de enfermedades, siempre tiene alguna secuela.

Nuestro hotel y la escuela de equitación van a las mil maravillas, y soy feliz. Ahora mismo esto sentada en la mecedora de la tatarabuela de los hermanos Sanders —Diane ha vuelto a usar su apellido de soltera tras el divorcio— y una llamada inesperada me rompe los esquemas.

—¿Dakota Montgomery? —preguntan desde un número que no conozco.

—Sí, soy yo. ¿Quién pregunta?

—La llamamos del hospital Denver Health, de Denver, tenemos un corazón compatible con usted. ¿Cuándo cree que podría estar aquí?

—Estoy en Leadville, no sé... —le digo dubitativa.

—Sí, somos consciente de ello. Por esa razón, nos hemos puesto en contacto con usted. Usted es la receptora más cercana y debe saber que hay un plazo máximo de veinticuatro horas para llevar a cabo el trasplante.

Cierro los ojos, Denver está aproximadamente a unas dos horas en coche.

—Dos horas y media —le digo sin mucho pensar. Soy consciente de que no puedo malgastar esta oportunidad, quizás no tenga otra.

Tengo que avisar a Diane y a Jack —porque sí, tras pasar un tiempo aquí en Leadville, se ha instalado de manera definitiva en Aspen—, y a Mav, y prepararme la maleta.

—Perfecto, la esperamos.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y me preparo para lo que está por venir. Voy a recibir un corazón, estoy aterrada y emocionada a partes iguales.

Busco a Mav, pero no lo localizo, así que lo llamo por teléfono. Me lo coge al cuarto tono.

—Dak, estoy un poco liado, ¿te ocurre algo?

—Me han llamado del hospital de Denver, tienen un corazón disponible —le digo en un hilo de voz. Estoy tan nerviosa que apenas logro hablar.

—¿Qué?! ¿Cuándo?

—En dos horas y media —le comento.

—Enseguida estoy contigo.

Cuelga el teléfono y no sé ni dónde estaba ni lo que hacía, pero no ha corrido, ha volado.

—Cariño, ¿estás nerviosa? —me pregunta, aterrado.

—Mucho —le confieso—, sin embargo, sé que es una gran oportunidad.

—¿Me da tiempo de una ducha de un minuto? —pregunta, inquieto.

—Sí, voy a preparar una pequeña maleta.

—Perfecto.

Efectivamente, no tarda más de cinco minutos y ya está duchado y vestido. Yo he preparado

una mochila con algunas prendas de ropa interior, el neceser y un libro. No sé cuánto tiempo permaneceré allí, quiero estar ocupada.

—Cariño, si necesitas más cosas, Diane o yo mismo te las llevaremos, no nos entretengamos más o llegaremos tarde —me indica, atacado de los nervios.

Creo que incluso está más nervioso que yo.

Sé que no le gusta conducir, pero en esta ocasión, no opone resistencia y me sorprende.

—Mav, tranquilo, conduce despacio, no hay prisa —le digo al ver lo alterado que está.

—Tenemos que llegar a tiempo, ¿has avisado a Jack?

—No, ahora los llamo, pero, en serio, despacio —reitero—. Y cálmate, todo va a salir bien —concluyo, acariciando su pierna para tranquilizarlo.

—Tienes razón —me dice, dibujando una leve sonrisa.

Sé que está nervioso, y yo lo estoy más, pero hay que confiar en que todo saldrá bien.

Por el camino, telefono a Jack, aunque Diane ya se ha encargado de comentárselo, y me dice que está de camino. La verdad es que es un buen amigo. Diane gestionará unas cosas en el hotel y también irá en breve. Todos quieren acompañarme en esta intervención. Necesito a Jack, porque durante este trayecto, una loca idea se me ha pasado por la cabeza, él es mi abogado y no he hecho testamento. Y sí realmente algo me sucediera. Mi madre vive, pero quiero que todo lo que tengo sea para Mav, ya que ella no necesita nada.

Al llegar al hospital, tras casi dos horas de un viaje que ha transcurrido sin apenas hablar, pues Mav iba muy concentrado en la carretera y no quería distraerlo, en la recepción doy mis datos y rápidamente gestionan mi ingreso.

—Señorita Montgomery, están preparando el quirófano y el cirujano está terminando otra intervención, no creo que la espera sea muy larga —me comenta una enfermera amablemente.

En esos momentos, tanto Diane como Jack aparecen, y justo entonces les pido estar un minuto a solas con Jack.

—¿Qué ocurre? —me pregunta él, asustado.

—Quiero que redactes mi testamento. En el caso de que me pase algo, todos mis bienes serán para Mav. No obstante, voy a hacer una locura, Jack, nunca pensé que haría esto..., pero voy a pedirle que se case conmigo.

Jack me mira asombrado.

—Joder, amiga, estás loca, pero sabes que no te va a pasar nada, ¿cierto? Todo va a salir bien.

—Eso espero... Hazlos entrar y prepara eso. Te doy pleno derecho para que lo firmes en mi poder. Eres mi abogado, te cedo mis poderes —le digo por si no da tiempo. Y vete a buscar al párroco del hospital.

Me hace un gesto con la mano, una señal muy militar, y sale como una exhalación de la habitación, haciendo que tanto Maverick como su hermana entren en la habitación.

—¿Qué ocurre, Dak? —me pregunta él, contrariado.

—Maverick Sanders, ¿quieres casarte conmigo? —le propongo y él me mira asombrado sin saber muy bien qué decir—. Sé que es algo precipitado, pero te quiero, creo que te he querido desde que te conocí, aunque me negaba a sentir algo por ti. Quiero ser tu esposa, sentir que soy tuya al menos unos minutos y si algo sale mal.

—¡Shhh! Todo va a salir bien y sí, quiero casarme contigo, nos casaremos cuando concluya la operación.

—Mav, ahora..., por favor. Concédeme ese deseo. Necesito saber que si algo sale mal, al menos fui tuya. Jack ha ido a por el párroco.

Él cierra los ojos, suspira profundamente y asiente.

—No te desharás de mí tan fácilmente —suelta, agarrándome la mano.

En ese momento, la puerta se abre y aparece Jack. Todo es muy rápido y atípico. Una boda nada convencional. Diane llora y, al final, allí en una habitación de hospital, me convierto en la señora Sanders y, unos minutos después, tras un largo beso, me llevan al quirófano y tengo que despedirme de mi reciente esposo.

Nunca pensé que me casaría, no entraba en mis planes, y menos de la forma en que lo he hecho. Si alguien me lo llega a decir, lo habría tomado por loco. Sin embargo, tampoco me hubiera creído todo lo que ha pasado durante este último año, y aquí estoy, preparada para recibir un corazón nuevo. Si muero, juro que lo hago muy feliz, tengo veintiocho años, pero estos últimos meses han sido los mejores de toda mi vida, porque en Leadville junto a Maverick he encontrado mi verdadero hogar.

Epílogo

Dos años más tarde

La operación transcurrió muy bien y, al despertar, me vi rodeada de mi esposo —aún me cuesta decirlo—, mi cuñada, mi sobrina y mi ahora también cuñado, Jack.

La verdad es que la recuperación fue lenta, pero ha merecido mucho la pena, porque gracias a este corazón ahora puedo encontrarme en el estado en el que me encuentro: embarazada. Otra etapa que jamás pensé que podría experimentar.

Solo estoy de tres meses y no lo estoy pasando nada bien, todo me da náuseas, incluso el olor corporal de Mav —y eso a él lo mata—, pues apenas se puede acercar a mí.

—Doctora —le dice mientras estamos en nuestra siguiente ecografía—, ¿cuándo se le pasarán a mi esposa las náuseas?

—Suelen desaparecer durante el primer y el segundo trimestre.

Él la mira contrariado, aunque no dice nada porque le agarro la mano. Sé que quiere añadir algo más.

—El regaliz suele ser bueno —le dice ella—, no siempre funciona, pero alivia.

Creo que, en cuanto salgamos de aquí, va a comprarme un camión entero.

—Todavía no podemos determinar el sexo del bebe, no nos deja verlo, pero por lo demás todo está bien. Dakota, sabes que tienes que cuidarte mucho y evitar todos los esfuerzos.

Mi embarazo, aunque no es de riesgo, no deja de ser un poquito más complicado. El doctor me dijo que podía llevar una vida normal, no obstante, todo el mundo parece tratarme como si fuera de cristal y yo me encuentro como si fuera una inútil.

—¿Hay algo que deba saber? —inquiero algo inquieta.

—No, por supuesto que no, está todo normal. Sin embargo, las personas que se han sometido a un trasplante deben seguir una dieta saludable, supongo que tu cardiólogo ya te lo habrá mencionado, así como adoptar un estilo de vida diferente. —Concluye—: Simplemente cuidarse más.

—Lo sé —le digo resignada.

He tenido que renunciar a muchas cosas y tengo una dieta muy estricta. No obstante, en cuanto me enteré de que estaba embarazada, algo que no habíamos buscado, supe que este bebé que Maverick tanto deseaba, pues adora a Tessa y también a Evans, su nuevo sobrino, era un regalo para nosotros. No voy a poner en peligro la vida de ninguno de los dos.

—Solo es un consejo, Dakota, por tu bien y el de tu bebé.

—Gracias —le respondo secamente.

En cuanto salimos de la consulta, Mav suelta:

—No me gusta nada esta ginecóloga, nos vamos a cambiar de inmediato.

—Me la recomendó mi cardiólogo, es la mejor.

—¡Es una estúpida! Es muy seca.

—Lo sé, a mí tampoco me ha gustado el comentario de que debo cuidarme, me ha parecido que me ve infantil. Sé lo que tengo que hacer y no voy a poner en peligro la vida de mi bebé ni la mía.

—¡Nos cambiamos! —asevera, y yo sonrío.

No creo que lo haga, pero de momento no le llevaré la contraria. Dentro de una semana

tengo revisión en Denver con el cardiólogo y se lo comentaré.

\\

Los meses han ido pasando muy rápido, doy gracias a que las náuseas remitieron al quinto mes. De lo contrario, estoy casi segura de que Maverick se habría marchado de casa, ya que estaba durmiendo en la otra habitación. No soportaba su olor y tenía frito al pobre. Ahora que por fin estoy en la recta final, adora tocar mi pequeña barriguita, pues apenas he cogido peso, y habla con nuestra pequeña. Sí, será una niña, Zoey. Le dejamos a Tessa, su futura madrina, elegir el nombre, y se emocionó mucho cuando le dijimos que tendríamos una niña. Estaba un poco cansada de su hermanito de un año; Evans, del que dice que es un bruto, habría preferido una hermana. Para nosotros fue una alegría verla tan feliz, especialmente después de todo por lo que ha pasado. Ahora es una adolescente preciosa, totalmente recuperada, y dentro de un año comenzará la universidad. Aunque aún no ha decidido qué estudiar, pero le atrae Bellas Artes y, quizás solo quizás, se marche a Europa: Italia, Roma... Diane no está demasiado contenta con esa idea, aunque todavía le queda un año para tomar la decisión. Entiende su deseo de probar nuevas experiencias, pero también le preocupa que vuelva a recaer y se encuentre sola. Sin embargo, yo veo muy centrada a Tessa. Tanto ella como yo hemos aprendido a reconducir nuestras vidas, y, aunque sabemos que siempre existe el riesgo de caer en viejos hábitos, creemos firmemente que, si te enfocas en lo que realmente te gusta, puedes evitarlo.

A las ocho de la mañana, me levanto sintiendo molestias. Estoy a punto de salir de cuentas, solo me queda una semana, no obstante, llevo una semana muy revuelta, por lo que decido avisar a Maverick para ir al hospital. Dado mi estado, no puedo correr riesgos.

De nuevo y como ocurrió cuando me llamaron para el trasplante, sus nervios están ahí, puedo notarlo.

Nos dirigimos rápidamente a Denver, puesto que mi cardiólogo decidió que sería lo mejor. No estamos tan lejos y, en caso de cualquier complicación, él está allí.

—Mav, todo va a salir bien, ¿lo sabes?

—Lo sé —me dice muy serio.

—Pues pon algo de música y tranquilízate. No sabes lo nerviosa que me pone verte tan serio mientras conduces.

Parece calmarse un poco, sintoniza la radio y al final ambos nos relajamos. Creo que tengo contracciones, no son muy fuertes, así que, con tranquilidad, llegamos al hospital.

En cuanto lo hacemos, me llevan a un box donde me monitorizan y confirman que estoy de parto y bastante dilatada. Rápidamente me administran la epidural y me trasladan al paritorio.

—Señora Sanders, un poco más y lo tiene en el coche —comenta la matrona.

Yo sonrío, tenía dolores, pero, si le llego a decir algo a Mav, hubiera corrido más y no quería que lo hiciera. Él, que ha entrado al poco rato, me mira contrariado.

Y al cabo de media hora, se le pasa ese enfado en cuanto coge en brazos a su pequeña Zoey. La mira totalmente perplejo y yo, un poco cansada, los observo también feliz.

Ahora sí que puedo decir que tengo todo lo que necesito en la vida: un marido, una hija y una familia, ahora sí que he encontrado mi verdadero hogar.

FIN

Notas de la autora

Esta novela no está basada en hechos reales y ninguno de los personajes tiene que ver con gente que conozca. Aunque no he experimentado personalmente la anorexia, quería hacer hincapié en este gran problema porque está muy latente, al igual que otros tantos trastornos alimenticios, entre l@s adolescentes de hoy en día. En realidad, siempre han existido y han sido una preocupación constante, pero con el surgimiento de las redes sociales, los estereotipos de belleza y la presión social se han intensificado, lo que puede incrementar los casos de jóvenes afectad@s por estas enfermedades.

Como madre, intento defender y estar atenta ante cualquier situación que pueda surgir en cualquiera de las dos posiciones, ¡ojo!, por eso he querido tratar este problema y darle importancia en la historia. No es una tontería, la anorexia y otros trastornos alimenticios son condiciones graves que requieren atención y tratamientos adecuados, ya que pueden tener consecuencias devastadoras, incluso mortales.

Y sin más, espero que hayas disfrutado de esta historia, y quién sabe, quizás algún día decida continuar con la historia de Tessa durante sus estudios por Europa, ya que algo hay en mi mente, pero también tengo otras historias... Todo se verá.

Books By This Author

[Quiero ser la última](#)

Mia, una joven recién graduada en marketing en Nueva York, nunca ha sido del tipo de mujer que se siente atraída por los hombres que solo piensan en fiestas, mujeres y sustancias prohibidas, pero cuando conoce a Donovan, el típico niño rico, algo en él la atrae de manera irresistible. A pesar de su mala reputación, Mia sucumbe a los encantos de Donovan y comienza una relación tumultuosa llena de altibajos. Sin embargo, cuando descubre que él le ha estado mintiendo y engañando todo el tiempo, decide dejarlo y regresar a su ciudad natal, Seattle.

Donovan, desesperado por recuperar a Mia, busca por todas partes, sin embargo, solo consigue perderse aún más en su mundo de excesos. Pero un incidente inesperado le proporcionará una segunda oportunidad y comenzará a darse cuenta de que a veces las personas adecuadas pueden guiar tu camino hacia la redención.

¿Podrá Mia olvidar el pasado y perdonar al chico que una vez le rompió el corazón? ¿Será Donovan capaz de demostrarle que ha cambiado y merece su amor? Acompaña a Mia y Donovan en su camino hacia la felicidad y descubre si las segundas oportunidades son realmente posibles en el amor. Pasarás horas emocionantes desconectada de la rutina sumergida en esta historia romántica y cautivadora.

[¿Y si te toco yo? \(Contemporánea\)](#)

Berta es una joven sevillana graduada en Química que se traslada a Madrid con la intención de «comerse el mundo», pero lo único que consigue zamparse son los dónuts, a poder ser de chocolate, que son sus preferidos...

Su impuntualidad y su falta de tacto cada vez que abre la boca han provocado que la despidan de varios trabajos que nada tienen que ver con su carrera. Su única opción es que le toque la lotería, en la que suele gastarse el poco dinero que tiene pretendiendo ser una de las grandes afortunadas del día.

Cuando piensa que todo está perdido, el destino hace de las suyas para que su suerte cambie y aparezca Roberto, la última esperanza para poder encauzar su vida.

¿Te apetece conocer a Berta? Te invito a que te adentres en esta historia y la descubras. Te garantizo que pasaremos unas horas divertidas y disparatadas en las que, sin duda, te haré desconectar de la rutina.

[La princesa des-trozada](#)

Cuando un día te encuentras con que tu maravilloso castillo de cuento de hadas ya no te

pertenece y que, ahora, a lo único que puedes aspirar es a ser una simple moza de cuadras en el que era tu hogar, solo tienes dos opciones:

a) Rendirte sin luchar y dejar que el destino te convierta en la princesa des-trozada cada día, dejándote los cuernos, limpiando los establos de los caballos que un día fueron tuyos y que montabas como si fueras una dulce gacela con tu melena al viento.

b) Demostrar al cretino engreído inglés, que ha comprado tu maravilloso castillo de ensueño irlandés, que con una guapa y, aunque sin blanca, noble irlandesa no se juega.

¿Creéis que Alana conseguirá su objetivo? ¿Y que ese hombre inglés, que se ha hecho con su majestuoso castillo y hecho que su magnífica vida de princesa sea un verdadero infierno, no se salga con la suya?

Para saberlo, tendrás que averiguarlo adentrándote en esta historia. Te invito a descubrirla. Si quieres pasar unas horas divertidas y desconectar de la rutina, esta novela es para ti.

Ahora yo pongo las reglas

Pili es una joven cocinera que, tras terminar sus estudios en la academia Le Cordon Bleu, decide presentarse al casting de MasterChef, con tan buena suerte que una vez superadas todas las pruebas, es admitida en el concurso. A punto de grabar el primer programa recibe una oferta de una prestigiosa empresa de catering de Madrid. Sin mucho tiempo de reacción, tomará una radical decisión que marcará el resto de su vida. Varios años después, acomodada en su trabajo, se da cuenta de que su vida es bastante monótona y asfixiante, lo único que se salva es tener unas amigas maravillosas. En la despedida de soltera de una de ellas conocerá a Gonzalo, un hombre que lleva mucho tiempo replanteándose un profundo cambio de vida, que comenzará tras ayudar a un amigo. Ambos tendrán que tomar decisiones drásticas para hacer que su «solo dos desconocidos» se convierta en algo más. Si quieres pasar unas horas divertidas y desconectar de la rutina, te invito a descubrir esta historia. No puedo ofrecerte un plato digno de un chef de cinco estrellas Michelin pero sí alguna que otra risa y averiguar si disfrutarás de un rico postre romántico.

Navidades... ¿sobre ruedas?

Los maravillosos planes no navideños de Susan Stone se ven arruinados cuando su insistente padre le pide un pequeño favor para una campaña especial de Navidad de su negocio. A partir de ahí todo va de mal en peor cuando empieza a encontrarse una y otra vez con el señor Banks, un intrigante pero guapísimo cliente con el que no hará más que chocar debido a la incompatibilidad de sus fuertes caracteres.

Si te apetece pasar un buen rato estas Navidades conociendo a Susan y Derek y disfrutar de todos sus encontronazos, no lo dudes, esta es tu historia. Si es sobre ruedas o no, ya lo descubrirás.